Ensayos
391
2

JEAN GUITTON

Mi testamento filosófico

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-535-9
3
Título original
Mon testament philosophique
© 1997
Presses de la Renaissance
© 2009
Ediciones Encuentro, Madrid
Traducción
Beatriz Gerez Kraemer
Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier form de reproducción, distribución, comunicación pública y transformac de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.
Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuesta publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es
4

Al Rector Magnífico de la Universidad Lateranense,
Angelo Scola, en reconocimiento a su visita.

Jean G.
5
ÍNDICE
PRIMERA PARTE: MI MUERTE
De cómo un extraño visitante vino a sembrar la turbación en mi esp
De cómo Blaise Pascal vino a mi lecho de enfermo a preguntarme s
razones para creer en Dios
Donde, al volver a encontrarme con Bergson después de sesenta añ
examino con él lo que valen mis razones para ser cristiano
Donde vemos cómo Pablo VI intenta hacerme confesar mis buenas
razones para ser católico
SEGUNDA PARTE: MI ENTIERRO
Mi último viaje a Toledo y mi encuentro con el Greco
Cómo me instalo en la tribuna de los Inválidos, a fin de seguir más
cómodamente la ceremonia de mi funeral
Donde Senghor se reúne conmigo en la tribuna de los Inválidos y d
continúa mi asombro
Cómo De Gaulle y yo meditamos sobre el mal y otros cuantos tema
Donde se pronuncia mi oración fúnebre y los comentarios que tuvie
lugar durante la misma
Donde descubro que en la Sorbona enseñé muchas tonterías y dond
embargo, me deleito con la conversación de Sócrates
Donde Sócrates me habla del filósofo Maurice Blondel y me fuerza
conversar con él sobre el hombre y sobre su alma
Donde, al haber ridiculizado dos individuos mis amores, mi mujer
expresamente a devolverme la serenidad
Donde hablo con Dante sobre el amor y la poesía
Cómo el extraño visitante hace un último intento y donde ya no sé
soy
TERCERA PARTE: MI JUICIO
Cómo dos huéspedes del infierno vienen en el momento preciso a
6
representar una escena de exposición
Donde se me ve en gran peligro y donde santa Teresa de Lisieux ba

mi favor
Donde se produce la sorpresa de ver citado a François Mitterrand c
testigo de descargo
Donde se cuenta cómo conversé con el presidente Mitterrand de los
más importantes referentes al destino del hombre
Donde nuestra conversación toma un nuevo rumbo y donde se pue
lo que significa la comunión de los santos
Donde soy juzgado
7
PRIMERA PARTE
MI MUERTE
8
DE CÓMO UN EXTRAÑO VISITANTE VINO A SEMBRAR LA
TURBACIÓN EN MI ESPÍRITU
La noche de mi muerte ocurrieron cosas extrañas en mi apartament
Todo empezó cuando yo agonizaba tranquilamente. Era centenario
faltaba. No sufría ni me angustiaba nada y, mientras me apagaba, p
también esperaba.
Debían de ser las nueve de la noche. En esos momentos estaba solo
Del otro lado del tabique, mi sobrino Théophile conversaba con Ma
secretaria, mi enfermera, indispensable y polaca. Lo que decían no
interesante. Oía sin escuchar. Mi sobrino estaba preocupado.
—¡Qué resistencia!
—Parece como si esperara algo o a alguien.
—Quién lo diría. A él que le horroriza esperar. ¿Y qué dice?
—Nada. No dice nada. Pero cada vez que alguien entra en su habit
estremece, entreabre los labios. Y luego, de nuevo, el entorpecimie
—Y así lleva desde hace once días. Anda, llaman a la puerta. Perdó
abrir. A lo mejor es el médico.
La oí abrir. Un silencio sobrevino y comprendí que acababa de entr
esperaba. Tenían delante de ellos un hombre elegante, vestido con
chaqueta negro, de unos cincuenta años, bigotes cortados en punta
visto, pero lo había sentido muchas veces. En estos mismos momen

cómo paseaba su mirada sobre mi desorden familiar: penumbra, vi
telas revueltas, libros apilados, papeles por todas partes. De pronto
habló.
—¿No es usted el médico?
—El señor Jean Guitton, por favor —respondió el visitante.
9
—El señor Guitton no está en situación de recibirle —dijo Marzena
usted?
—Aquel a quien espera.
—El señor Guitton no espera a nadie.
—Sin embargo, hace apenas un minuto ha dicho usted lo contrario
—¿Cómo sabe usted que he dicho eso?
—Porque soy quien él espera. Vaya a decirle que estoy aquí.
—Pero ¿a quién tengo que anunciar?
—Dígale que su visita ha llegado
Marzena, estupefacta, empujó la puerta del dormitorio. Yo había ce
para que me diera tiempo a reflexionar. Mientras se acercaba a mí
escuchaba a mi sobrino, que se había quedado a solas con el descon
—¿Hace mucho tiempo que conoce a Jean Guitton, caballero?
—Desde el año de su nacimiento.
—¡El año de su nacimiento! ¡Pero si tiene cien años! ¿Qué edad tie
pues?
—De donde vengo los años no cuentan.
—Ah. Eh... Yo soy su sobrino Théophile.
—Lo sé.
—¿Lo sabe usted? Sin duda habremos coincidido en alguna entrega
—No. Usted no me ha visto nunca. Nunca.
—Ah. Nunca nos hemos encontrado. Es evidente. Le habría reconoc
inmediatamente, qué se imagina usted. Y más sabiendo que usted s
soy el sobrino de mi tío y que lo conoce usted desde mi nacimiento
desde el vuestro. O entonces el suyo, ya no lo sé. En fin, perdónem
marcharme. Adiós, señor.
10
—Nos volveremos a ver el viernes en los Inválidos. Allí le entierran

—¿Que le entierran? ¿A quién? ¿A Guitton?
—¿A quién si no? ¿A Napoleón?
—Perdóneme, hace ya diez días que no duermo. Pero, en fin... no h
—Mañana. Mañana ya habrá ocurrido. Hasta entonces, él y yo tene
hablar.
Mientras mi sobrino salía, descompuesto, entró mi secretaria, para
mis órdenes.
—El señor Guitton va a recibirle, señor.
—Ya se lo había dicho yo. ¿Por qué me mira usted así?
—¿Quién es usted?
Sonrió, se inclinó hacia ella y le susurró una palabra al oído. Cayó
sobre el sofá, y el desconocido, sin mirarla apenas más tiempo, entr
cuarto.
El visitante se sentó con familiaridad en el borde de mi cama. Yo es
con el cuerpo ligeramente incorporado y la cabeza apoyada sobre l
Ahora tenía los ojos bien abiertos. Hablaba con cierta dificultad, co
—¿Me esperaba usted, maestro? —me preguntó.
—Desde hace once días.
—No me andaré con rodeos. Usted sabe la razón de mi visita.
—Claro que sí —le respondí—. Se trata de hacerme perder la fe. ¿C
estoy en condiciones de sostener una discusión?
—Maestro, hasta hoy su cerebro ha sobrevivido a la ruina de su org
¿Tiene usted miedo de hablar conmigo?
—Hablar me cansa. Déjeme.
—Limítese a pensar. Leeré en el fondo de su alma.
11
—Eso no es posible y usted lo sabe. Soy un santuario donde usted n
entrar.
—Sea. Si las fuerzas le fallan, no se canse usted en articular. Contén
murmurar. Leeré sus pensamientos más sutiles en el más ligero mov
sus labios. Ya que eso sí puedo hacerlo. ¿Qué me dice usted a esto?
—Acepto el procedimiento. De pronto me siento mejor, a lo mejor
antes del final. Aprovechemos para debatir a fondo, por última vez
cuestiones que nos interesan. Por favor, ¿podría usted llamar a mi

para que me arregle la almohada?
—Lo haré yo mismo —dijo.
Lo hizo y luego me miró fijamente y me preguntó:
—Tenía usted ganas de hablar conmigo, ¿no es así?
—No —le respondí—. Nunca he sentido ninguna simpatía hacia ust
—Sin embargo, me esperaba.
—Sabía que vendría, eso es todo.
—En su opinión, ¿por qué su ángel de la guarda no me ha impedid
—No tengo ni idea. Pregúnteselo.
—A lo mejor es que no existe, así de simple.
—Si él no existe, usted tampoco existe.
—Buena respuesta. Pero a lo mejor, en efecto, no existo. Suponga q
desapareciera ahora y que le dejase con mis pensamientos. ¡Ya verí
insidiosos que son! Se creería usted que son los suyos y le costaría r
resistirse a ellos.
Y desapareció. Por primera vez en mi vida, la soledad me dio mied
—¿Dónde está usted? ¿Dónde está?
Nadie. El silencio. ¿Era realmente él? ¿Estaba realmente aquí? Quiz
soñado. ¿Y si fuese una alucinación? ¿Y si a lo mejor todo esto no e
12
sueño y una alucinación? No, no, lo reconozco, éstos son sus pensa
qué sé yo si... Me siento lleno de pensamientos que no son los míos
embargo, tienen toda la pinta de serlo. ¡Mis pensamientos! Decidm
en paz, que dentro de unas cuantas horas el velo se rasgará, que po
que se dará a mí, que será el final de este combate, la victoria, la vi
¡Pensamientos verdaderos y cristianos! ¿Quién tiene, pues, el poder
de haceros sonar a vacío? ¿Quién os aturulla? Pobre Guitton, viejo
jugado y has perdido. Te creíste igual de inteligente que ese jugado
te encuentras ahora con los bolsillos vacíos, como él. Dentro de alg
no existirás. Sólo una bella estatua de filósofo en cera, toda endure
dura una ceremonia. Fotografiarán, para la portada de Match, el ro
dedos helados, índice de tus ilusiones, residuo de tu miedo a la nad
mentira de lo que llamabas tu fe. Se oxidará en el jugo de tu descon
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Temblé de horror ante esa risa que parecía venir de mí y que, sin e
venía de mí. Pregunté:
—¿Quién ríe así?
—Tú mismo —parecí responderme—. Te ríes de mentirte toda la vi
demasiado inteligente para no darte cuenta, pero ya no tienes la fu
continuar representando la farsa. Te habían estructurado así, mi po
Entonces has defendido tu estructura de niño pequeño, de pequeño
pequeño esclavo. No tuviste nunca el poder de osar. Habías aprend
demasiado bien a no morder la fruta, a no ver resplandecer la belle
no cerrar la boca al Señor y a no escupir hacia el silencio del cielo.
en todo, lo has perdido todo, estás desnudo y mañana estarás podri
—Se está usted pasando, querido amigo. Ahora estoy seguro que es
aquí, porque imita mal mis pensamientos. A lo largo de mi vida he
veces que podía equivocarme, pero nunca he puesto en ello tanto é
realmente estuviese convencido de lo que usted dice, no armaría ta
porque ya no tendría ninguna importancia y en cualquier caso nun
tenido. Y, además, es empezar la casa por el tejado el discutir antes
cuestión sobre la inmortalidad del alma. Si quiere usted que conver
de comportarse como un adolescente nietzscheano o el vampiro bu
compórtese como un individuo racional, se lo ruego.
Una vez dicho esto, el desconocido reapareció.
13
—¿Cómo puede ser usted tan inhumanamente cerebral? —me preg
está usted hecho de carne?
—¿Es usted, el puro espíritu, quien me pregunta eso?
—Nunca he tenido mucha influencia sobre usted en ese aspecto. Si
he intentado algunas veces. No se dio usted ni cuenta. Un perfecto
—A lo mejor hacía como si no me diera cuenta.
—¿Tenía usted tanta virtud?
—No tengo la impresión de tener virtud, más bien un natural sobri
lo necesité, una ayuda divina.
Se sobresaltó y prosiguió:
—Guitton, ¿por qué acepta usted dialogar conmigo? ¿No soy yo su
enemigo?

—Mi peor enemigo es mi mejor amigo. Nada me es más útil que un
—Sin embargo, me opongo a sus ideas. Quiero desestabilizarle. Y v
hacerlo en el peor momento para usted, cuando más necesitaría afe
certezas, agarrarse a su fe. Si está convencido de su cristianismo, ve
adversario de su salvación eterna, no puede usted escucharme sin c
—Perdóneme, pero no me parece que las cosas sean así. No consigo
resentido con usted. Para mí, un enemigo es siempre un aliado. No
entenderme. Tener opiniones no me interesa. Está al alcance de cua
tener ideas verdaderas, eso es lo difícil y eso es lo que es bello.
—¡Qué arrogancia! —exclamó.
—Llámelo como quiera. Su opinión no es la que me preocupa. Mañ
muerto. Pero hace un siglo que pienso en este momento. Desde hac
años me vengo diciendo: Guitton, tienes que saber con certeza ante
que hay después de la muerte. Así que he buscado la verdad sobre
pregunta. La he buscado durante toda mi vida.
—¿Y la ha encontrado?
—Sólo tengo el sentimiento de encontrar algo si continúo buscando

única razón por lo que no le he echado de casa.
—Si sigue buscando, es que aún no ha encontrado.
—En el momento en que dejamos de buscar perdemos lo que había
encontrado. Y, por el contrario, cuanto más encontramos, más busc
—No comprendo.
—Quizás es que usted ni ha buscado ni ha encontrado.
—Uno a cero a su favor —dijo riendo—. Pero mucha gente no busc
mirándome fijamente por el rabillo del ojo—. Es usted un caso únic
—¿Qué sabe usted? Pregúnteles.
—Admitamos que usted busca. ¿Cómo diablos quiere usted encontr
—Diablos, si no busco, ¿cómo quiere usted que encuentre?
—En fin, ¿ha encontrado usted, sí o no?
—Me parece que sí, pero aún me lo pregunto. Vea usted, siempre te
de haber sido demasiado poco exigente, demasiado parcial, demasi
acomodadizo; y por eso me gusta tener un enemigo. ¡Refútame, Ca
decir Sócrates.

—En resumidas cuentas, lo que quiere es que le impida morir idiot
—Es más fuerte que yo —le dije—. Necesito pruebas. La prueba de
se da sin ser verificada. La verificación es más concluyente si es im
adversario.
—Soy su adversario —dijo, mirándome directamente a los ojos—.
esencial. Hablemos de buena fe. Cuando emprendió la búsqueda de
sobre el cristianismo, usted era ya cristiano. Estaba usted ligado al
por su educación, su tradición, sus costumbres. Tenía usted ganas d
verdad. ¿Cómo puede usted pretender haber sido objetivo? Sólo bu
razones que le permitían creer e intentar refutar aquellas que auto
Procedió usted a la racionalización de una decisión tomada a priori
—No soy insensible a su argumento —le respondí con tranquilidad
concierne tanto como a mí. Si usted quiere que el cristianismo sea
15
usted las razones para no creer en él.
—Eso significa, Guitton, que ni usted ni yo podremos nunca llegar
certeza sobre estos temas. Es justamente lo que yo digo.
—Va usted demasiado rápido. Nuestros objetos de estudio suelen e
relacionados con nuestros intereses. Es una dificultad en nuestra bú
es un estímulo para ella. ¿Cómo quiere usted buscar aquello que no
Temo que esté usted confundiendo la objetividad con la indiferenci
de la investigación no está la indiferencia, está el interés, el amor p
—Pero usted no busca la verdad —cortó con voz sibilante—. Usted
demostrarme que su cristianismo es la verdad.
—Está usted equivocado. Mi primera intención no es la de demostr
nada. Busco en mí mismo y para mí mismo saber lo que hay en el f
único escéptico que quiero convencer es a mí. Usted me interesa, q
enemigo —perdone mi egoísmo—, porque me es útil en mi investig
personal de lo verdadero. Y usted lo es al permitirme ser más objet
materializar la resistencia del escéptico que siento en mí. Pero la ú
vencer a ese escéptico interior es convenciéndole.
Sonrió y dejó caer con suave voz:
—Quiere usted decir: persuadiéndole.
—Persuadiendo realmente, es decir, sin manipular, convenciendo a

que ha encontrado el verdadero bien.
—¡El verdadero bien! Otra cosa más. ¿Qué significa eso?
—Es lo que he querido saber toda mi vida.
—¿Y qué es ese verdadero bien?
—Eso no le interesa, déjeme morir.
—Aún no está usted muerto. ¿En dos palabras?
—El amor universal.
—¡Bahh!
16
—Verdad sublime.
—¡La verdad! Mi pobre Guitton, ¿qué es la verdad?
—Hubo un tiempo en que esa palabra no significaba nada para mí
embargo, sabía que debía significar algo. Cuando pienso en esa épo
vida, parece como si hubiese vivido en una especie de niebla. Pero
aclaró.
Se puso a andar de un lado a otro al pie de mi cama. Estaba rabios
—Habla usted siempre de verdad. Pero es usted un impostor. La ún
es esa verdad que le llena la boca... Me vuelve usted loco. Ya no sé
¡Ah, sí! Guitton, ha tergiversado usted el debate. El fondo de la cue
usted no duda. ¿Cómo quiere usted ser honesto si no duda?
—Pero usted, que pretende dudar, ¿cómo quiere ser honesto si no d
su duda?
—Porque dudar forma parte del método racional para llegar a la ve
duda hace tabla rasa. Así nace la libertad de espíritu. Y esta liberta
excluye su fe.
—Hay que dudar, pero dudar bien. ¿Está usted seguro de dudar bie
usted dudar de todo, pero no duda usted de esa duda misma. La du
realmente universal incluiría una duda misma sobre la duda. El esp
realmente crítico incluiría una crítica de la crítica. Vea usted, queri
enemigo, así es como soy crítico o intento serlo. Ésta me parece rac
superior. Y esa duda no hace tabla rasa y presenta una libertad más
que no está reñida con mi fe.
—Renuncia usted a la razón.
—No mucho más de lo que se renuncia a la República cuando se gu

guillotina.
—Tiene usted respuesta para todo.
—Desgraciadamente no. Pero estoy contento de buscar la verdad re
crítica. Si nunca he perdido la fe es porque me parecía que traicion
crítica al abandonar la fe. En resumidas cuentas, he mantenido la fe
crítico. Como si fuera un creyente racionalista y librepensador. ¿Me
17
usted mejor ahora?
—Guitton, es usted diabólico.
—Es usted un ángel, Lucifer.
Y el visitante desapareció.
18
DE CÓMO BLAISE PASCAL VINO A MI LECHO DE ENFERMO
PREGUNTARME SOBRE MIS RAZONES PARA CREER EN DI
Suavemente, de puntillas, entró un hombre, vestido de burgués de l
de Luis XIII, con un pequeño sombrero con pluma en la mano.
—Anda —me dije—, aquí está de nuevo. A fe mía que no es él; real
alguien, pero no es él. ¿Quién es usted? —le pregunté al desconocid
—¿No me reconoce usted? —se extrañó—. Hizo usted mi retrato. L
veinte años colgado en su despacho.
—¿Cómo? ¡Acérquese! Más cerca, distingo mal sus rasgos. ¡Cielos!
Estoy soñando. Tengo alucinaciones. Es el final.
—No, no sueña usted. Soy realmente yo.
—¡Pero no le esperaba!
—Soy el Inesperado. Dicho de otra manera, vengo de parte de Dios
—¡Si supiera usted, Pascal, cuánto me he alimentado con sus pensa
durante mi vida!
—He venido a estimular su última reflexión.
—Soy indigno de tal honor.
—Felicitaciones, Guitton. Acaba usted de derrotar a nuestro querid
—Sin embargo, no quise hacerle daño.
—De todas maneras no le habéis debido hacer gracia. Huele a azufr
Sevres-Babilonia. Irrespirable. Un policía que dirigía el tráfico en la
cayó enfermo. Han tenido que hospitalizarle.

—Todo el mundo dice que estoy a las puertas de la muerte, pero el
19
me siento cada vez mejor. ¡Marzena! ¡Marzena!
Marzena entró. Había recobrado el sentido. Pascal estaba en un áng
no lo vio.
—Por favor, Marzena, ayúdeme a levantarme un poco.
—Señor, no debería usted.
—Le digo que me siento mejor. Marzena, no me obligue a luchar, v
usted mi muerte.
Me ayudó entonces a sentarme sobre la cama y me puso unas almo
suplementarias, detrás de la cabeza y de las orejas. Pero no se aplic
aplica y, además, pretende que no estoy nunca contento. La cantida
tortícolis que me han dado a causa de su negligencia. Aun cuando n
punto de morir, estoy las dos terceras partes del día en la cama. Es
vida. Así es cómo me he hecho centenario. De ahí la importancia d
almohadas.
—Pero no, veamos, detrás de la cabeza. No, aún no está. Tampoco.
No, así no, no estoy cómodo.
—Ya está, señor.
—No, no está bien.
Levantó la mirada al cielo. No pude ver su rostro, pero sabía bien q
mirada al cielo.
—¿Así, señor?
—No, pero da igual. Déjenos.
—¿Cómo que déjenos? —soltó—. ¿Ha vuelto?
Lanzó una mirada alrededor suyo, vio a Pascal, se sobresaltó y solt
grito.
—¿Y qué? ¡Es Pascal! ¿No lo ha visto usted nunca? Lleva veinte añ
despacho. ¡Acérquele una silla!
Le acercó una silla, mecánicamente, y se marchó sin decir palabra,
20
Cuando ya hubo salido, Pascal tiró su sombrero sobre un sillón, em
hacia mi cama y se sentó.
Y después de un momento:

—Me siento realmente mejor. Me pregunto si no voy a interpretar
comedia testamentaria.
—¿Qué comedia es ésa?
—Desde el momento en que cumplí los noventa años, me he sentid
como el pájaro sobre la rama. Así que, cada vez que escribía un lib
una especie de prólogo en que explicaba que este libro era el últim
mensaje, mi testamento. He hecho más de una docena. Al final, tod
se reía. Pensaban que me estaba volviendo chocho. Pero yo me sen
más cansado por el esfuerzo y creía que iba a pasar a mejor vida.
—Guitton, ha tenido usted la suerte de vivir cien años. Ha dispuest
tiempo para terminar su obra.
—Usted tuvo más suerte que yo, Pascal. Usted sólo tuvo tiempo de
Los esbozos son siempre más bellos. Pero mejor dígame por qué ha
noche.
—Quería interrogarle.
—¿Cómo? Pero si tendría que interrogarle yo.
—Por el contrario, la que me ha enviado quiere que sea usted el qu
—¿La que le ha enviado? ¿Qué quiere usted decir?
—No puedo decir nada más.
—Entonces, le escucho.
—Ésta es mi primera pregunta. Guitton, ¿cómo explica usted la ind
religiosa?
—Hace noventa años que me hago la misma pregunta.
—Entonces, ¿la respuesta es?
21
—No me gusta dar respuestas, Pascal, Y voy a decirle por qué. Hoy
a la gente se le da respuestas, tiene la impresión de que se la toma
que se usurpa su libertad.
—Guitton: mañana estará usted muerto. No se preocupe usted de la
respóndame. Habla para usted solo. Estoy aquí nada más que para
pelota.
—Ha olvidado usted cómo es el mundo. Créame, Pascal, siempre ha
para contar nuestra conversación a los periódicos. Tengo que conse
una buena salida. Si caigo en lo edificante, dirán que morí chocho.

—Esas mentalidades cambiarán. Ya están cambiando. Hable para su
escriba para la eternidad, así será usted actual. ¿Cómo explica usted
indiferencia religiosa?
—El hombre es al mismo tiempo un animal religioso y un animal m
Es naturalmente religioso y naturalmente materialista. Por lo que ti
a fabricar materialismos religiosos y religiones materialistas.
—¿Este animal religioso se ve conducido, pues, a materializar su re
—Exactamente. Y a sacralizar sus materialismos. Curación de una e
éxito de una empresa, éxito en los exámenes, etc. Sólo le pide a Dio
Dios beneficios materiales.
—A veces se da el caso.
—Mejor diga usted, Pascal, que el caso se da a menudo y hasta muy
frecuentemente. Poco a poco, el hombre limita su religión a esta pr
materialista e interesada. Vea, en tiempo de guerra, las iglesias llen
que olvidan el camino una vez la paz está de vuelta.
—Hay verdad en lo que usted dice, Guitton. ¿Pero no cree usted qu
matizar?
—Con cien años, Pascal, ya no tengo edad para matizar. Hay que a
mis exageraciones y equilibrar las unas con las otras.
—Años atrás recé por la curación de mi hermana. Era algo más que
necesidad médica o psicológica. Dios es un Padre y le gusta dar. ¿P
usted impedirnos pedirle cosas?
22
—No impido nada. No es la práctica lo que critico, sino el abuso.
—Hasta para los abusos le encuentro severo. Aun material en su co
interesada en sus motivos, la oración de petición puede todavía ten
más espiritual de lo que piensa usted. Y además, Guitton, la caridad
todo.
—La caridad. Hoy, para la gente, significa limosna.
—Para mí, siempre ha querido decir amor divino.
—Las palabras se devalúan aún más rápido que la moneda. A fuerz
ser caritativos, perdemos el sentido crítico.
—Es menos grave que perder la caridad.
—Se nota que ha pasado usted por el purgatorio. No pensaba usted

momento en que escribió las Provinciales.
—Guitton, no imite usted las maldades de los hombres. Imite usted
de Dios.
—Reconozco en sus palabras, mi querido Pascal, toda la indulgenci
Iglesia. Pero, en fin, reconozca usted que la religión no sabría, sin l
degenerar, reducirse a un conjunto de peticiones materiales.
—Estoy de acuerdo.
—Según creo, esto se produce aún con frecuencia, y se daba todaví
en la edad pretécnica. Se formaba en la mente del hombre una idea
como un gran distribuidor sobrenatural de ventajas materiales.
—Está visto —dijo— que está empeñado con la idea.
—Richelieu tenía migrañas. Rezaba a Dios para que le liberara del
usted que rezaría por otra cosa?
—Lo espero por su bien.
—Yo también, Pascal. Pero supongamos, como hipótesis, que sólo h
rezado por eso. ¿Qué idea podría tener sobre Dios?
—Supongo que la de una aspirina celestial. ¿Qué tiene que ver esto
23
indiferencia religiosa?
—Invente la aspirina y Richelieu dejará de rezar.
—Ya veo. ¿Dejaría, por lo tanto, de ser un animal religioso?
—No, pero su Dios estaría ocioso, un Dios ocioso, Pascal, como los
tantas religiones, un Dios que se sabe que está allí, pero al que no s
o papel alguno en nuestra vida. Un Dios al que ya no se reza nada
—Si le comprendo bien, Guitton, el progreso técnico es la causa de
indiferencia religiosa.
—Desde que ha aumentado sus medios técnicos, el hombre pide a l
muchas cosas que hasta entonces le pedía a Dios. De resultas, ya no
Dios. Cree que ya no lo necesita para su vida de todos los días.
—La medicina aleja la muerte y a su vez la propia idea.
—La angustia de la muerte está siempre presente, pero el pensamie
muerte es menos consciente. Cuanto menos miedo de morir mañan
hombre, más se instala en la vida como si nunca tuviera que morir.
pequeños quehaceres y se olvida de la gran cuestión del destino. Se

más allá cuando ya tiene un pie en la tumba.
—Me ha respondido usted. Segunda pregunta. Guitton, ¿qué piensa
agresividad antirreligiosa?
—Menor que en mi juventud. Se explica de la misma manera que la
El hombre está resentido con Dios por no estar a la altura de los téc
siente humillado por haberse visto obligado a pedirle antaño lo que
podemos conseguir nosotros mismos. Ya no soporta la idea de un se
en el que ya no ve la utilidad material.
—Pero bueno, Guitton, si Dios nos ha dado la inteligencia y las ma
técnicas son también un don de Dios.
—No lo niego. Le digo cómo piensa la gente. Es usted quien me lo
—¿No se dice que la filosofía interesa de nuevo a la gente?
—Es sin duda el signo de una vuelta al interés por la religión tambi
junto. La filosofía también se interesa en Dios.
24
—En su opinión, Guitton, en un pueblo religiosamente indiferente,
filosofía considerada igual de inútil que la religión?
—Sin duda alguna. La muchedumbre estaría satisfecha con el paraí
la salvación médica y la providencia estatal. A tales sentimientos, c
fenómenos de masas, les corresponde una filosofía: materialismo, e
cientifismo, positivismo, pragmatismo, etc. Y, sin embargo, el homb
siendo religioso.
—Pero, según usted, Guitton, ¿la indiferencia religiosa es realmente
novedad?
—En mi opinión, ésta sólo ha cambiado de forma. Antaño, la religi
materialista y supersticiosa (perdóneme) rezaba a Dios en todo mo
obtener favores materiales, pero en el fondo siempre era indiferente
mística con Dios. Sin duda se podría haber llamado a semejante vid
«indiferencia religiosa», en sentido amplio.
—Pero a la inversa, Guitton, ¿no conllevan los materialismos mode
dimensión religiosa?
—Sí. El hombre es siempre un animal religioso. Hasta sus ateísmos
de religioso. Los dos últimos siglos se han visto sacudidos por las gr
místicas de la Historia, de la Libertad, del Progreso, etc.

—He oído decir que hoy en día ya no tenían tanto éxito.
—Es verdad. La técnica tiene resultados perversos. Las ciencias pla
vez problemas metafísicos. Las políticas místicas están en quiebra.
nuevo para la religión.
—Sí, ¿pero cuál? ¿La auténtica o la materialista?
—Las dos, Pascal, y también las mezclas de las dos.
—Dígame, Guitton, lo que puede ser hoy una religiosidad materiali
—Un producto de lujo que aporta a materialismos satisfechos satisf
suplementarias. Emociones o percepciones extrañas, exquisitas y su
el ámbito de la sensibilidad o de la curiosidad. Resacralización de u
desencantado. Gusto por lo fantástico y el horror, esoterismo y sim
videncia y magia, necesidad de vida en común en tal ambiente: de
25
y así sucesivamente.
—¿No ha existido esto siempre?
—Sin duda, pero prolifera a causa del materialismo a la vez satisfe
insatisfecho. No se lo diga a nadie, Pascal, pero cuando me dejo lle
vez más hostil hacia la religión.
—Bergson pensaba así.
—Es verdad. En Las dos fuentes de la moral y de la religión escribi
de lo que fueron las religiones, y de lo que todavía son algunas, es
humillante para la inteligencia humana».
—La imaginación desborda de curiosidad insana, se abandona a las
de pasiones viciosas y sacralizadas. Así es como prolifera la aberrac
termina por prescribir la inmoralidad.
—En su opinión, Pascal, ¿qué puede curar la imaginación?
—La purificación del intelecto y la del corazón.
—Pascal, ¿qué es la purificación del intelecto?
—Tres cosas: la ciencia estricta, la sabiduría crítica y la fe pura, la
sentir. No oponer nunca estos valores de espíritu, ya que forman un
una se debilita sin la ayuda de las dos otras. Guitton, sois un hombr
Usted tenía que responder y yo preguntar. Vuelva, se lo ruego, a la
religiosa y dígame si la situación está o no perdida para la religión.
—No lo creo. Por dos razones. La primera: todo ser humano es relig

fondo. El materialismo religioso no es más que una desviación. Hab
sitio para la religiosidad más elevada. Y, además, un ser realmente
preocupa menos del tiempo que de la eternidad. Ve el tiempo bajo
eternidad.
—¿El tiempo no le interesa?
—¡Sí, claro! Le interesa igual, Pascal, pero de otra manera, y hasta
que de una manera mejor. Una vida religiosa auténtica no busca en
interés material o el bienestar psicológico. No es una forma de egoí
vida para Dios. Así, rezar a Dios es decirle: «Hágase tu voluntad».
26
—Los bienes supremos, Guitton, son de otra categoría.
—Es evidente.
—La religión, Guitton, ¿es la mística?
—La mística es el centro de la religión. En caso contrario, lo que lla
religión no es más que una mezcla de magia y de espíritu gregario.
místico no se siente amenazado por el progreso de las ciencias y de
Los espíritus místicos lo serán siempre. Siempre habrá santos.
—Guitton, ¿no podrá desaparecer la religión en cuanto fenómeno c
—Experimentará una regresión aún durante un cierto tiempo, no en
materialistas que, al contrario, van a desarrollarse todavía más, per
aspectos más elevados.
—Y, según usted, ¿esta regresión tendrá un final?
—En mi opinión, sí. La evolución técnica de la humanidad la pondr
más en peligro de muerte. Para frenar el peligro, no tendremos más
crecimiento de la santidad.
—¿Pero no será esto una vuelta a la religión materialista e interesa
—Sí y no, Pascal, ya que la paradoja será que tendremos cada vez n
de una religión santa y verdadera, no de una religión materialista.
aunque exigida por la utilidad de la vida práctica, no podrá, sin em
para nada si es auténtica, espiritual y desinteresada. Ya que es así c
fomentar el compromiso, el amor, la amistad. El porvenir pertenece
santidad.
—Es lo que dice todo el tiempo Pablo VI. Es un profeta. Le quiere m
sabe usted?

—Lo sé.
Hubo una pausa. La conversación me había cansado. Cerré los ojos
embargo, el cansancio me había calmado. Mi médico siempre me re
agotamiento. Llamaba a eso la agotaterapia. Agotarme sin parar y e
la mitad del tiempo: es el secreto de mi longevidad. Rousseau quiso
filosofía de la medicina. Spinoza también lo quiso. ¿Qué habrían es
27
abrir los ojos. Pascal me preguntó:
—Guitton, ¿por qué cree en Dios?
—Usted es el gran Pascal. Me darían vergüenza mis pequeñas respu
que ve a Dios, ya no tiene necesidad de creer. Entonces, ¿por qué e
—La hago para usted, no para mí. Aún necesita usted responderla.
—¿Cómo sabe usted que lo necesito?
—Lo vi en Dios.
—¡Habló usted bien del hombre al llamarlo quimera incomprensibl
hablo con usted, no llego a encontrar esto absolutamente anormal.
siguiente pienso en el más allá, en Dios, y tengo dudas, me hacen fa
¿No bastaría mi vida, si supiese verla, para convencerme y para per
—Esta noche no tengo que responder yo. Le toca a usted explicar. C
qué cree en Dios?
—Ya le he dicho que no me gusta responder así. No es mi estilo. Pr
borroso, lo difuminado, el sfumato. A mi edad no me voy a poner a
definiciones, demostraciones, silogismos. Lo que me ha dado el éxit
bajo mundo, sobre todo en estos últimos años, es...
—Guitton, se trata de vuestra salvación. ¿Por qué cree usted en Dio
Solté un largo suspiro. Había que responder a ese diablo de hombre
—¿Por qué?... ¡Porque me cuesta creer en él!
—A ver si le entiendo. ¿Dice usted que cree en Dios porque le cuest
—Sí. Y a esto añadiré, Pascal: si no me costase creer en él, pienso q
en él.
—Es curioso.
—Pero, sin embargo, es así.
—Supongo, Guitton, que ésta no es su única razón.
28

—No, pero sí es una de ellas. Si Dios fuese fácil, estaría al alcance d
No sería trascendente y no sería Dios. Pero si Dios es Dios, hay una
desproporción entre él y nosotros. No es de extrañar que, para verl
que ponernos de puntillas sobre la punta del espíritu.
—Pero, ¿en qué sentido le cuesta creer?
—Me gustaría poder deducir su existencia a partir de mí. Compruel
imposible. En este sentido, me duele. Pero si creyese así, no creería
Dios al que me adheriría no sería Dios. Así, pues, no poder creer de
me ayuda a creer.
—Pero, ¿si pudiese deducir Dios?
—Estaría a mi nivel y no sería Dios.
—Sí, pero todo esto es negativo. ¿Cómo le ayudan estas dificultade
realmente en Dios que es Dios?
—Porque de esta manera, Pascal, creo en el Absoluto. Luego, si no
Absoluto que no es Dios, creo forzosamente en un Absoluto que es
—Para mí, está claro. Es muy original
—Tampoco lo es tanto. Descartes escribió en las Reglas para la dire
espíritu: «Dudo, luego Dios existe». Dubito, ergo Deus est. Le he dic
mi manera.
—Estoy sorprendido de que Descartes pudiese decir algo tan bueno
dice debe ser seguramente cierto. Lo que significa que no es tan inú
como lo escribí. ¿Podría explicarlo un poco más? ¿Qué quiere decir
palabras de «Dios que no sería Dios» y de «Dios que sería Dios»?
—Aquí está todo. Pasemos a responder. Le propongo hacer la distin
dos palabras que uno confunde con frecuencia: Absoluto y Dios.
—¿Cómo? ¿Al Absoluto no se le puede llamar Dios?
—Sí, Claro que sí.
—¿Y Dios no puede ser llamado Absoluto?
—Sí, claro que sí.
29
—Entonces, ¿por qué hacer la distinción?
—Estas dos palabras designan una realidad idéntica; y evocan dos i
diferentes. El término de Absoluto es para nuestro pensamiento el C
radical, el Principio fundamental del ser y del espíritu, el absolutam

Primero, Aquel que permanece eternamente, perdurable y sin el Se
llevan todas las cosas. Nada más, aunque no sea poco. Sin embargo
Dios es aún más rica. Incluye todo lo dicho sobre el Absoluto, y alg
—¿Qué más?
—Cuando uno pronuncia esa palabra enorme, «Dios», uno piensa e
como en Alguien. Este Absoluto es un Ser que piensa, quiere, ama.
alguien a quien se puede rezar.
—La idea de Dios es, pues, la de un Absoluto que es al mismo tiem
—Exacto, Pascal. Dios en sentido amplio, es el Absoluto. En sentido
Dios es más que el Absoluto, es Dios.
—Pero ¿puede uno concebir un Absoluto que no sea Dios?
—¡Muchos han pensado en ello! La pregunta es justamente saber si
es Dios o no. Déjeme contarle lo que pienso en el fondo. Demostrar
del Absoluto no me interesa nada, ya que, según creo, casi todo el
admite la existencia del Absoluto. En este sentido, todo el mundo c
en sentido amplio.
—¿Por qué?
—Es un hecho. Ya hablaremos de ello, si quiere. Pero le repito, Pas
opinión, la existencia del Absoluto no es el gran problema. Al estar
fuera de duda la existencia del Absoluto, la cuestión verdadera es s
en sentido estricto, existe o no.
—Guitton, resumiendo: Dios en sentido amplio está admitido por to
se nos plantea es Dios en sentido estricto.
—Perfecto.
—Admitámoslo, a ver qué pasa. Pero volveremos sobre ello. La elec
pues, según usted, entre creer en Dios y ser ateo, sino entre dos cre
30
en un Absoluto no Personal; la otra en un Absoluto Personal.
—Es exactamente eso: entre, por una parte, el Absoluto Personal y
y, por otra parte, el Absoluto no Personal y no Trascendente. En tér
técnicos, se trata de escoger entre el teísmo y el panteísmo. Reflexi
me ha llevado toda la vida, así, por ejemplo, cuando comparé, en m
relaciones del tiempo y de la eternidad en Plotino y san Agustín, o
de desarrollo en Hegel y Newman. Dos ideas de Dios, dos ideas del

ideas de las relaciones entre la eternidad y el tiempo, es decir, dos
destino.
—Explique mejor los términos de esa elección. ¿Qué entiende usted
panteísmo?
—Deseoso de agruparlo todo en la unidad de una sola representaci
panteísmo encierra en sus redes todo lo que es, todo lo que puede s
esta inmensa masa, esta infinidad de «puede ser», en el único conce
totalidad. El Gran Todo. Para comprender mejor cómo ese Gran To
una unidad inteligible, imagina una Sustancia única o un Sujeto ún
todo se agruparía, se comunicaría y, en definitiva, se fundiría. La T
infinita, al no dejar nada fuera de ella, se apoya en sí misma, basad
Sustancia.
—¿Y nosotros en todo esto?
—Un engranaje insignificante en sí mismo, divino por su fondo y p
Podríamos ser el Absoluto, pero no lo sabemos. Mientras no lo sepa
existimos. Cuando lo sepamos, no existiremos y no habrá más que e
—¿Y qué es el teísmo, Guitton?
—Es la otra concepción. Dios no es la totalidad ni la sustancia de la
el sujeto de la totalidad. No se define en relación a la totalidad. Ad
totalidad no es divina, no tiene derecho a la mayúscula. Dios es tra
personal, libre, creador. Creó libremente, sin que nada lo forzara a
se parece más a Dios que los seres personales. De una materia subli
Dios conoce, Dios quiere, Dios habla, Dios ama.
—¿Este Dios teísta no es una imaginación antropomórfica?
—¿Y el hombre no es una realidad teomórfica?
31
—Hacemos a Dios a nuestra imagen.
—Y Dios nos hace a la suya. Un cierto antropomorfismo, Pascal, est
la realidad del teomorfismo. Un cierto antropomorfismo. No uno cu
—¿Se trata, pues, según usted, Guitton, de escoger entre estas dos i
Absoluto?
—Sí, y también entre dos ideas del hombre y de su salvación. Cómo
en mi opinión el único problema importante. Hude, uno de mis disc
ahondó en la cuestión en un libro, Prolégomènes, donde todo es ex

el título, que es absurdo.
—Pero, ¿es de esta manera como suelen plantear el problema nues
—Creo que es así cómo hay que plantearlo, si queremos estar a la a
mundo presente.
—Tiene usted razón, Guitton. Poner en primer plano la elección en
ateísmo es un punto de vista demasiado occidental. Semejante elec
frente a frente sobre todo al occidental cristiano y al occidental no
—Es evidente. El ateo es un teísta que ha dejado de creer en Dios e
creer ya más en el Absoluto. Si quisiera reflexionar, comprendería
de creer en Dios se ha puesto automáticamente a creer en una de la
Absoluto no Personal. En este sentido, no es ateo en sentido amplio
ateo de Dios en ese mismo sentido amplio, es decir, ateo del Absolu
más que ateo en sentido estricto, es decir, ateo de Dios en ese mism
estricto.
—Pero es ateo de todas maneras.
—Sí, pero no más que otros. Yo también soy ateo y usted también e
usted ateo del Dios de los estoicos, del Dios de Giordano Bruno y d
Pomponazzi como yo lo soy del Dios de Spinoza, del Dios de Hegel
Taine y de Renan.
—Hay que resignarse. Siempre se es ateo de algún Dios.
—Y también incrédulo de alguien. Pero siempre se es demasiado pi
entonces uno no se da cuenta. Lo que más les falta a nuestros cristi
es ser ateos. Yo soy ateo del Dios de Nietzsche, del Dios de Marx, d
32
Freud. Un ateo jubiloso, un ateo impío.
—El Devenir, la Historia, el Inconsciente, son también Absolutos.
—Y la propia Nada es también un Absoluto. Aquí donde me ve, Pas
ateo de remate de la Nada. Y Bergson era como yo.
—Habría que decirles a los sacerdotes de París que predicaran sobr
—Si les dijésemos a los buenos cristianos que son ateos, ya no tend
miedo de decir que creen en Dios.
—Se sentirían bien orgullosos. ¡Imagínese, ateos como las grandes
—Me gusta Voltaire. Además, él lo tomó todo de sus Provinciales y
gracias con un buen puntapié. A pesar de ello, sigue siendo mi mod

escritura —y hasta de pensamiento—. Vea, soy voltariano hasta la
—Pero es usted ateo de los Dioses de Voltaire.
—Naturalmente.
—Guitton, ha distinguido usted el Absoluto que es Dios del Absolut
Dios. Éste ha sido su primer paso. ¿Cuál será el segundo?
—Éste, Pascal: afirmo que todo el mundo admite el Absoluto.
—¿Es seguro?
—Esto se demuestra por una inducción perfecta. Coja una tras otra
escuelas de pensadores que podemos considerar ateos y vea cómo a
Absoluto. Los materialistas conciben la materia como un Absoluto
engendrado e imperecedero o como un Devenir eterno o como una
inmortal o también como una Vida universal o una Naturaleza infi
siempre como un principio primero, radical e irreductible en ningu
el Absoluto. En cuanto a los idealistas, reducen la materia a ser nad
correlato del espíritu y, entonces, para ellos el Espíritu o el Yo o la
como el Absoluto.
—Para terminar, Guitton, ¿qué piensa usted de los escépticos?
—Ellos dudan entre varias ideas del Absoluto. Eso demuestra que n
sobre el Absoluto mismo.
33
—¿Hay otro tipo de candidatos al ateísmo?
—No, Pascal.
—Entonces la inducción es perfecta. Pero me queda una preocupac
escéptico. ¿Y si dudara realmente del Absoluto en vez de simpleme
entre varias ideas del Absoluto?
—En tal caso, Pascal, admitiría por añadidura la hipótesis de que se
subsistir la ilusión del ser y la nada. Esto sería el nihilismo.
—Pero, en este último caso, Guitton, ya no habría Absoluto.
—Al contrario. La nada llevaría inmediatamente una mayúscula y e
presencia de una metafísica nihilista donde el Absoluto estaría cond
Nada. Una Nada que no sería nada y que no sería probablemente lo
entendemos simplemente por esa palabra.
—Y, por consiguiente, todo el mundo admite el Absoluto. Pero, per
querido Guitton, tengo otra duda. ¿Y los que no quieren Absoluto?

con ellos?
—Hay que distinguir. O bien se han rebelado contra el Absoluto y,
lo admiten como real, sin por ello querer amarlo u obedecerlo (prir
bien se imaginan que su rechazo podría impedir ser al Absoluto, y
imaginan su voluntad como un Absoluto que sería la Voluntad con
Con lo cual admiten también como real un Absoluto: la Voluntad (s
caso); o bien (tercer caso) quieren simplemente que no haya Absolu
entonces, o es un deseo ineficaz y estamos de nuevo en el primer ca
que eso y volvemos al segundo caso.
—Bien. Ahora estoy de acuerdo con usted, todo el mundo admite e
Era su segunda parte. Pero, ¿tenemos razón en admitir ese Absolut
admitimos? Ésta será la tercera parte.
—Lo será, Pascal, si Dios me concede más vida
—Esperemos, y más sabiendo que después tendrá que volver a pon
la tierra y demostrar que todo esto nos conduce a creer en Dios. Pe
pues, por qué tendríamos razón en admitir ese Absoluto que todos
—Gustoso. Todos lo admitimos. Así, pues, si estuviésemos todos co

error al admitirlo, estaríamos todos equivocados.
—Bien lo sé, Guitton, ¿pero es algo imposible tener un consentimie
erróneo?
—Espere. Pregunta usted si tenemos razón en admitir todos el Abso
para tener razón, aún haría falta tener una razón que funcione. ¿Se
caso si no lo admitiésemos? Pascal, sin la idea de la verdad, ¿que es
—Un pez fuera del agua, Guitton, un pez fuera del agua. Y veo cóm
sacarle partido a esta idea. Ya que sin la acción profunda y oculta d
del Absoluto, ¿qué sería de la idea de la verdad?
—Más débil, mi querido Pascal, que los relojes de bolsillo en las pi
Salvador Dalí, incapaces de servir de norma al avance del espíritu.
reflexionar un poco para estar convencido.
—Entonces, Guitton, si resumo bien su pensamiento, sin la idea de
hay idea-fuerza de verdad, y sin idea-fuerza de verdad, no hay razó
de manera alguna una idea del Absoluto y funcione gracias a ella. E
podría esa idea del Absoluto no ser más que una estructura de nues

En este caso, ¿lo real y el Absoluto no serían incognoscibles?
—Ilusión. Cuando pensamos así, Pascal, dejamos de lado una cierta
Absoluto, que se convierte en efecto en incognoscible y hasta en ab
más que para plantear inmediatamente otra.
—Es exacto. En este caso, Guitton, lo que llamamos nuestra razón l
inmediatamente una mayúscula y vendría a ser para nosotros el Ab
—Eso es. Basta con reflexionar sobre nuestro propio pensamiento p
cuenta. Pero, ¿cómo hacérselo comprender a aquel que no reflexion
—En resumen, Guitton: o bien tenemos razón en admitir el absolut
estamos equivocados al admitirlo, pero aun en este segundo caso te
también razón al admitirlo. Tenemos, pues, en todos los casos, razó
admitirlo.
—Es exactamente eso.
—¿Pero si a pesar de todo estuviésemos completamente equivocado
admitirlo?
35
—En ese caso, volveríamos a la metafísica nihilista y entonces tend
vez y siempre razón al admitirlo.
—Guitton, ¡es usted diabólico!
—¿Anda? ¿Usted también me dice eso?
—¿Le extraña?
—Oh no... Ya nada me asombra.
Y nos callamos.
Pascal prosiguió:
—¿Me permite usted resumir toda su declaración?
—Por favor.
—En un primer momento define usted los términos de Absoluto y d
un segundo momento establece que, de hecho, todos admitimos el
un tercer momento demuestra usted que todos tenemos razón en ad
que también quiere decir que necesariamente hay en cierta manera
Todo esto está muy claro. Pero si todo el mundo puede admitir ya d
existencia del Absoluto, no todo el mundo admite la existencia de u
que sea Dios. ¿Cómo va usted ahora a pasar a la existencia de Dios?
—Será en un cuarto momento. Se trata de escoger entre el Absoluto

Absoluto Dios. Sin embargo, cuando observo el mundo, me parece
características de contingencia: por ejemplo, las grandes constantes
universales. ¿Por qué esos números y no otros? Encuentro más verc
mundo como éste sea el resultado de una elección, y no el resultad
desarrollo necesario.
—Le dirán que es el azar.
—Todas estas «decisiones» concurren a hacer posible la existencia
de la vida personal. Bastaría con una variación mínima, por ejempl
constante de gravedad, y la vida no existiría. ¿Por qué esto es así?
racional pensar simplemente que la materia está ordenada en funci
que ha de llegar.
—Le responderán que ese ordenamiento de la materia es fruto del a

vida.
—Personalmente, no creo para nada en ello. El concepto de azar co
de no-coordinación de diversas causas. Sin embargo, el mundo vivi
manifiesta sin duda alguna una coordinación entre evoluciones y h
posición del azar obligaría a creer independientes. Mire, por ejemp
instintos de los animales, sobre todo los de los que son más mecáni
insectos. Vea el ejemplo del sphex que da Bergson en La evolución
inyecta un líquido paralizante exactamente en tres centros nervios
donde pondrá sus huevos, y sin haberlo visto anteriormente. Esto s
de una manera u otra, la anatomía de la especie parasitada estaría
gran precisión en los genes del insecto parasitario. ¿Cómo hace ust
ver la coordinación ahí?
—Le dirán a usted, Guitton, que es otra vez y siempre el azar.
—Pues toda la naturaleza es así. Los instintos de los pájaros migrad
estructura de la corteza cerebral, el código genético... Todo esto es
usted gana una vez la lotería dirán: es el azar. Gana usted dos o tre
que tiene una suerte increíble. Si usted gana todos los domingos, na
está usted haciendo trampa y terminará usted en prisión.
—¿Cómo explica usted que haya gente que continúe creyendo en el
—No tengo ni idea. Pregúnteselo a ellos.
—Es a usted a quien se lo pregunto, Guitton.

—Yo diría que son como los antiguos galos. Tienen miedo de que e
caiga sobre la cabeza.
—Quiere usted decir: que Dios entre en sus vidas.
—Supongo que, para ellos, será más o menos lo mismo.
—Ahí está el problema, en efecto.
—Estos mismos hechos excluyen, según creo, la idea de que el mun
Dios por una evolución necesaria y fatal, como si el Absoluto fuese
que crece y se espiga, o una definición que desplegaría sus teorías.
contingente y coordinado del mundo implica en su origen una liber
organizadora y una creación a partir de la nada, ex nihilo.
37
Dicho esto, cerré los ojos una vez más.
A través de las pestañas entreabiertas, veía a Pascal meditar. Esperé
volviera a abrir los ojos para declararme:
—Tengo la impresión de que aún no me ha expuesto el meollo de s
pensamiento. Descúbrase todavía más.
Exageraba. Me ofusqué. «Estoy cansado», le dije entonces, tendiénd
Dudó cogerla, pero, sorprendido, se levantó de forma maquinal y a
sombrero. Sin embargo, en el momento en que iba a apretarme la m
rápidamente la mía aún extendida, lanzando un grito de dolor.
—¡Ay!
—¿Qué le pasa, maestro?
—¡Me ha pegado en los dedos! A mí. Esto es increíble.
—¿Pero quién?
—Mi ángel de la guarda. Así como suena.
—¿Le pega en los dedos?
—Cada vez que voy a hacer una tontería.
—¡Qué suerte tiene usted!
—¡A esto llama usted suerte! Es una alienación. Un atentado a mi l
—Guitton, ¿no respeta usted a su ángel de la guarda?
—Y él me trata de cualquier manera. Aunque no todo son inconven
que me quejé de ello a mis colegas librepensadores de la Academia
me creían un partidario acabado del clericalismo, me miran como u
de la Intolerancia.

—¿Es la verdad?
—Es política.
—¿Y ha informado a los de arriba?
38
—Les he pedido más de cien veces que me den otro, pero no quiere
—Consuélese usted. Un día hablarán del Ángel de Guitton como se
demonio de Sócrates.
—¡Eso sí que no! Sócrates obedecía a su demonio. Yo me niego a es
ángel.
—¿Se niega usted?
—Me niego.
—¡Qué pena!
—Mi dignidad. El demonio de Sócrates se contentaba con retenerle
manga. El mío se atreve a pegarme en los dedos. Que Dios tolere es
inadmisible. Con ángeles como éstos, Pascal, se fabrican anticlerica
—De todas maneras, ¿me deja usted quedarme?
—¿Cómo quiere que haga otra cosa?
Pascal soltó de nuevo su sombrero y se volvió a sentar.
—¿Qué piensa usted de santo Tomás de Aquino?
—Me siento muy tomista. Por desgracia, los tomistas no me consid
tomista. ¿Cómo se explica usted esto, querido amigo?
—Le pasa lo mismo que conmigo. Es usted muy afín a mí, pero los
nunca le considerarán pascaliano.
—Es verdad. ¿Cómo se puede dar eso?
—Demasiado inventivo. No llega usted a limitarse a un pensamient
Tiene usted que repensarlo. Usted «guittoniza» todo.
—No lo puedo remediar.
—Seré el último en reprochárselo, Guitton. Yo era peor que usted.
de usted.
—Soy un viejo platonista cristiano, un agustiniano como lo llaman.
39
siendo más o menos escéptico, como todo el mundo. Luego, me doy
eso no se sostiene y que hay verdades, sobre todo el yo pienso, el y
vivo, y las matemáticas, y la biología, etc. Si hay verdades fundada

criterio absoluto y un fundamento radical de esas verdades. Hay, p
Verdad primera y absoluta. Ser un espíritu es vivir en el seno de es
bajo la luz de esa Verdad, en una vida que es movimiento perpetuo
Verdad. Pero lo que no es verdad no es. La verdad es el ser verdade
esa Verdad primera es el Ser mismo. Y es eterna. Todo esto es evid
desgracia, aunque basta un minuto para decirlo, se necesitan veint
meditación para comprenderlo.
—¿Ha evolucionado usted a lo largo de su vida?
—Hasta se podría decir que he cambiado. En la primera mitad de m
cuando aún dependía demasiado de Bergson, veía en la existencia d
duración la refutación experimental de la concepción panteísta de l
Ya que si admitimos el panteísmo, como lo hacen Zenón o Spinoza,
pasar nada más. La duración se anula en la eternidad y la necesidad
Todo está escrito, todo se deduce. Nada podría ser de otra manera.
el tiempo existe y se manifiesta. Algo ocurre. Así pues, la eternidad
sistema y el panteísmo es falso, el que no consigue justificar el tiem
eternidad verdadera es aquella de la que habla san Agustín, que co
la libertad humana, con la creación y con el tiempo. Éste es el tema
mis dos tesis, en 1935: la grande sobre Le Temps et l'éternité chez l
Augustin, la pequeña sobre L'idée de développement chez Newman
tema de mi pequeño libro Justificación del tiempo.
—Todo esto está muy claro.
—Para usted, Pascal, para usted. Si algún día publicase nuestras ch
que quitar todo esto.
—Eso jamás.
—¡Oh sí! Créame, Pascal. Yo sé cómo se hace un libro.
—¿Por qué piensa usted siempre en el público?
—Vivo para él.
—Sin embargo, habla usted de una manera que hace pensar que no
que para su gloria.

—Si ha venido usted para ser igual de desagradable conmigo que m
guarda...
—Dígame, Guitton, cómo ha cambiado usted.

—Al principio me hice tomista. A lo largo de mi cautividad y despu
guerra acaricié el sueño de renovar el aristotelismo. Salió entonces
L'Existence temporelle. Mi mejor libro. Se puede decir que tuve una
genialidad. Las Editions Universitaires lo reeditaron. Vea usted la ir
mundo. Gané millones y conseguí la fama con un opúsculo de segu
categoría, Dios y la ciencia. Sin embargo, escribí un gran libro, L'Ex
temporelle. Nadie lo leyó cuando fue editado y acaban de renuncia
Es increíble.
—El futuro le hará justicia, Guitton. Dicho sea de paso, Dios y la ci
malo como dicen los envidiosos. Pero continúe con la historia de su
—Más tarde en mi vida, alrededor de la edad de los setenta, me vol
platónico. Se podría decir que me había vuelto más místico, pero n
suficientemente piadoso para ser un verdadero místico. Pensé que l
había descuidado demasiado el tema de la eternidad. A lo mejor la
aproximación de la muerte, las desilusiones... Mi libro Historia y de
marca ese giro de mi pensamiento. Era como si cada vez más la vid
sueño y el tiempo una ilusión. Era como si toda la duración de un s
resumiese en un punto indivisible, cuyo tiempo no fuese más que la
manifestación. Pero la creencia en la libertad me retiene sobre esta
que me conduciría al panteísmo. Sin embargo, a veces dudo de la li
—¿Cómo sale usted de esa duda?
—Dudando. Si no fuese libre, no dudaría. En fin, hacia el término d
razones físicas cosmológicas han adquirido mayor importancia en m
pensamiento.
—¿Cómo resume usted ochenta años de esfuerzos?
—He intentado hacer una síntesis de Bergson, Aristóteles y san Agu
la sensación de no haberlo conseguido.
—Perdone que le haga otra pregunta. ¿Nunca ha tenido dudas sobr
destino?
41
—No, porque siempre las tengo.
—Dubito, ergo Deus est.
—Eso es.
—Hice bien en venir —dijo Pascal.

Y se levantó.
—¿Me deja usted?
—Va siendo hora. Adiós, Guitton.
—Entonces, adiós, Pascal.
Pascal me estrechó la mano y salió con la cabeza descubierta, olvid
sombrero.
Se ha marchado, me dije. Estaba contento. Siempre me pongo cont
la gente se va. Aunque los quiera, es más fuerte que yo. Para medit
soledad. ¿Por qué terminó diciendo que había hecho bien en venir?
me tuvo ocupado unos momentos. Luego vi su sombrero sobre el si
olvidó su sombrero... A lo mejor vuelve por él. No. Sin duda es para
tenga la impresión de que he soñado. ¿Y si he soñado? En todo cas
vez, no habré tenido un sueño idiota.
Fue entonces cuando Marzena entró, aún más descompuesta.
—¡Señor, Señor!
—¿Qué pasa?
—¡Señor, esto continúa!
—¿Qué es lo que continúa?
Rompió a llorar.
—¡Señor, me estoy volviendo loca!
—No es grave. O más bien sí, ya que la necesito para saber si no lo
Dígame. ¿Qué hay sobre esa silla?
42
—Cree usted que estoy loca, ¿verdad?
—En nombre de Dios, Marzena, respóndame. ¿Qué ve usted sobre e
—¡Un sombrero! ¡Horror! ¡Y seguro que no hay un sombrero! ¡Se lo
estoy volviendo loca!
—¡Pero si sí hay un sombrero! ¿De qué época es, en su opinión?
—De la época de los mosqueteros. Es el del señor Pascal. Lo ha olvi
—Entonces, si yo estoy loco, usted también lo está. El problema es
imposible que usted lo esté también y que lo estemos los dos.
—¿Yo, loca? ¡Sería horroroso!
—Oh, no, sería un hecho, nada más. Pero me extrañaría. Coja ese s
démelo.

Palpé la prenda.
—De todas maneras es sorprendente.
—¡Ah sí, sobre todo si esto continúa!
—Es verdad. ¿Qué quería usted decirme cuando entró?
—Que hay otro más.
—¿Otro qué?
—¡Un muerto más, un muerto que vive!
—¿Y qué otra cosa quiere usted que haga?
—Pues que se quede muerto, como todo el mundo.
—Escuche, estas cosas no le caben a usted en la cabeza. ¿Y cómo es
—Con un bombín.
—¿Un bombín? Espere. Traje gris, tres piezas, a rayas, estricto, gafa
con montura de acero, bastón.
43
—¿Cómo lo sabe usted?
—¡Él! ¡Hágalo pasar inmediatamente! No. Espere. Es realmente cur
siento cada vez mejor. Ayúdeme a levantarme, por favor, y a sentar
silla pequeña. Marzena, no se me oponga o me muero delante de us
instante. Aquí. No, así no está bien, pero no pasa nada. Y páseme el
Gracias. Hágale pasar.
Yo llevaba un pijama rojo. No era para nada un moribundo demacr
desnudos y regordetes reposaban sobre una alfombra cálida. Me ap
dos manos sobre el bastón. Nunca hubiera imaginado una muerte t
Y pensar que había tenido miedo de sufrir. Y sobre todo de aburrirn
44
DONDE, AL VOLVER A ENCONTRARME CON BERGSON DE DE SESENTA AÑOS, EXAMINO CON ÉL LO QUE VALEN MIS RAZONES PARA SER CRISTIANO

—¡Bergson! ¡Vivo!
—«Tal como en él mismo por fin la eternidad lo cambia».
—¡Y yo moribundo!
—Es usted «el anciano que se acerca a la Fuente eterna».
—Bergson, ya está citando a Hugo y a Mallarmé... ¿Por qué invita u
poetas al lecho de un filósofo moribundo?

—Extraña circunstancia la de nuestro encuentro. Cuando le conocí, usted joven y yo era ya muy mayor. Prometía usted. Y ha cumplido volvemos a ver tras haber colmado el uno y el otro nuestros años. E en mi eternidad, usted es viejo en su tiempo. Esta paradoja desgarr algo de inmenso y de sublime que me llena el alma de una emoción «Porque el joven es bello, pero el anciano es grande».
—De nuevo Hugo, poeta de las contemplaciones y de las voces inte
—Poeta de la Vida, con sus rayos y sus sombras. Guitton, vengo en
—¿Quién le envía?
—Una santa.
—Juana de Arco, sin duda. Escribí un libro sobre ella que no me pa malo. ¿Lo ha leído usted?
—No puedo decir nada.
—Claro que sí, es seguramente ella. Por eso su hija se llamaba Juan
45
—No puedo decir nada. Pero tengo la misión de interrogarle.
—¿Usted también? ¿Se han puesto ustedes de acuerdo? Pascal acab aquí. Debió de cruzarse con él. Me ha hecho sostener mis tesis sobr respondí lo suficiente?
—Un filósofo nunca responde lo suficiente.
—Entonces, ¿usted también quiere interrogarme? ¡Pero es ridículo! lugar, usted ha sido mi maestro; en segundo lugar, usted ve todo en último, yo no soy nadie. No, no tengo ganas.
—Debe usted hacerlo.
—Pero, ¿cuándo podré descansar?
—Pronto.
—Todo esto me cansa.
—Todo esto os honra, Y además, se trata de su salvación.
—¿Está tan comprometida?
No respondió. Lancé un largo suspiro. Me preguntó:
—En su opinión, ¿el cristianismo es antiguo o moderno?
—Ni antiguo, ni moderno, sino viejo y nuevo, como el pensamiento
—Bien respondido. Guitton, ¿de qué se habla, en el universo, a prin tercer milenario?

—Oigo rumores sobre un único y gran debate. Reúne todas las trad
las filosofías, todas las religiones, todos los pueblos, las lenguas, las
naciones. Y es un debate sobre Dios.
—Y por eso se siente usted cómodo. Lo que me gustó de usted, Gui
desde el principio de nuestros encuentros, es que desde 1925 vive u
tercer milenio. Por eso he querido hacer de usted el más joven de m
entre todo ese grupo de amigos y fieles discípulos a los que había e
defender mi memoria.
46
—Lo hice lo mejor que pude. ¿No se enfadó usted porque permití la
de sus cursos, en contradicción formal con la carta de su testamento
—Guitton, «la letra callada es el espíritu que hace vivir».
—Por eso pensé que, desde el Cielo, me absolvería. Sin embargo, lo
me han atormentado.
—Es un exceso de delicadeza, Guitton. Cincuenta años después de m
ya no era una persona privada o un sujeto jurídico en el seno de su
había convertido en un personaje histórico. Mis escritos, fueran con
me habían escapado de las manos. Ya no eran propiedad mía. Perte
humanidad. ¿La gente se pregunta si a Napoleón le habría gustado
publicadas ciertas cartas ardientes que le había escrito a Josefina?
Siempre fui mojigato. Un poco sorprendido, me contenté con respo
—Nunca le permití a mi mujer leer las cartas de Napoleón.
—Josefina era ninfómana. Si Napoleón no hubiese sido enviado a I
muerto entre las piernas de su mujer.
Me atraganté, tosí durante un buen rato. Marzena vino a ponerme
hacerme beber un vaso de agua. Tuve que carraspear para aclararm
Bergson se sentía molesto por haber estado a punto de provocar mi
Nunca lo había imaginado tan pícaro, sobre todo en el paraíso. Era
cuanto a él, no se imaginaba que yo hubiese sido tan casto y emoti
decirlo claramente, me encontraba gazmoño. Así es. Ya puedo inter
razonarme, es más fuerte que yo. Hasta con sesenta años, cuando p
desnudo —sin modelo claro está— y mi mujer estaba en la sala de
el sentimiento de estar haciendo mal. Mis confesores me habían eti
escrupuloso.

En ese momento tuve un desfallecimiento. Al despertar, Bergson qu
marcharse.
—Quédese —le dije—. Para lo que me queda... ¿De qué hablábamo
—De la edición de mis Cursos.
—Sí —le respondí—, creí que era bueno autorizar la edición. Vario
enfadaron.
47
—Me lo imagino, sobre todo los que hicieron tesis sobre mí: tuvier
rehacerlas. Habrían preferido embargarme hasta la amortización de
—Es lo que en el mundo se llama respetar la voluntad de los difunt
—Guitton, ¿por dónde íbamos?
—Me hacía usted ruborizarme, Bergson.
—¡Mi enhorabuena! Y para terminar, le digo que, a fin de cuentas,
usted más moderno que aquellos contemporáneos suyos mucho má
que usted en su época. O más bien en su momento.
—Quería pensar ya en el mundo universalizado que veía venir. Ello
el inmediato sobre una escena más reducida: el Occidente de su ge
—Tal popularidad huele ya a viejo mientras que usted, Guitton, rej
envejecer.
—No me halague demasiado, dirán que soy yo quien me adulo.
—¿Porque quiere publicar? Entonces les dirá que fui yo quien lo di
bastará.
—Pero no se lo creerán nunca.
—Sobre todo será verdad si lo publica usted en vida.
—¡Pero si lo publico en vida, significará que usted no vino!
—O que no estará usted muerto. O entonces es cosa de Borges.
—Bergson, quiero una filosofía planetaria o nada. Pero la complejid
desafiar en lo sucesivo a cualquier síntesis.
—Guitton, ¿podemos entender el mundo actual en su totalidad?
—Habría que poner juntos a Oriente y a Occidente, a la Antigüedad
Modernidad, y dentro de todo ello al cristianismo.
—Inténtelo.
—Oriente y nuestra Antigüedad se parecen mucho. Su punto comú
48

panteísmo cósmico: el Absoluto no es el Dios de la Biblia; es el Ser,
la Naturaleza y la Sustancia del Mundo.
—¿Y la Modernidad?
—Es el Occidente del humanismo ateo, Bergson, el panteísmo mod
—¿Es decir que el Hombre es el Absoluto?
—Sí, y que decide el bien y el mal, que es la medida de todas las co
—La mayoría de los occidentales que se dicen modernos son más b
escépticos, ateos o agnósticos..
—Son ateos del Dios cristiano, pero no están libres de toda metafísi
toda dependencia es poner al hombre en la cima del Ser.
—En el sitio del Absoluto.
—Evidentemente. El Absoluto, para ellos, es el hombre.
—Guitton, ¿es éste el Occidente?
—El Occidente sin cristianismo. El cristianismo es otra cosa. Fractu
Totalidad cerrada, incluyendo la Totalidad humana, lo Social. Rom
El hombre ya no es una parte del Todo, ni Dios la piedra angular d
Vea Kierkegaard. El hombre es una persona y todo da al infinito
—Guitton, ¿el cristianismo es occidental?
—El Occidente moderno es una mezcla ambigua de cristianismo y
antropológico. Tenemos un ejemplo de ello cuando hablamos de lo
del hombre. Discutí varias veces sobre el asunto con Pablo VI. ¿Qui
hombre de los derechos del hombre? —me preguntaba—. ¿En qué
dignidad? ¿Tiene los derechos que ha recibido de Dios o tiene en p
derechos del Absoluto mismo? Occidente es la ambigüedad sobre e
—¿No hay una relación privilegiada entre Occidente y el cristianis
—El cristianismo ha introducido las ideas de persona y de libertad.
ley de hierro del destino antiguo. Ha abierto la totalidad cósmica y
entonces cerrada sobre sí misma. Ha abierto el Destino a la trascen
Dios, Él mismo libre de todo destino.
49
—Guitton, ¿qué me dice usted de la Ilustración?
—Querer la libertad sin el cristianismo, empresa difícil. Las ideas d
de libertad forman un todo con la idea de Dios personal.
—¿La Ilustración es, pues, una contradicción?

—Está en tensión entre su polo metafísico panteísta, que inspira ra
totalitarios, y su polo ético-político, que aspira a la libertad.
—Guitton, ¿podemos decir que la Ilustración parasitaría el cristiani
—Digamos que habita en él. Y si lo hiciera morir, se apagaría muy
Es lo que decía a mis maestros en filosofía, a Brunschwicg, a Bréhie
aquel que escribió una Historia de la filosofía.
—¿Bréhier no fue católico?
—Lo fue, al principio de su carrera, después cambió. Pero me querí
invitaba a comer. Su hija era una buena cocinera. Creo que me la q
—A pesar de su mala filosofía. O a causa de ella. Como ve, Guitton
ambigüedad. Como la Ilustración. El cristianismo es el nicho ecológ
Ilustración. ¿Y qué piensa usted de esa desviación hacia Oriente, en
en California?
—La Ilustración querría unirse al panteísmo oriental.
—¿Qué puede salir de tal unión?
—La síntesis del nihilismo y de la actividad.
—¿No es inquietante?
—Extremadamente. El nihilismo sólo es civilizado si está hecho de
de piedad, de dulzura y de indiferencia. Véase el budismo. Pero el
activo...
—¿Cuál es su nombre?
—El fascismo, Bergson, el fascismo.
—Guitton, ¿el fascismo es el porvenir del mundo?

—Quizás. Estoy muy contento de morir. Pablo VI me decía que, sin
derechos del hombre desaparecerían.
—¿Lo creerá la gente antes de que sea realidad?
Y se detuvo, pensativo. Prosiguió:
—Guitton, ¿no es usted demasiado severo con la Ilustración?
—No. Hay que darle a cada uno lo que se merece. Sin duda alguna,
cristianos solos, sin la Ilustración, no habrían desarrollado la teoría
derechos del hombre. La Iglesia en Europa estaba demasiado aferra
Antiguo Régimen.. Por ese motivo, la Revolución fue providencial.
—El mundo habrá aportado a veces claridad en contra del cristiani

la Iglesia le aportaba.
—Sí. Es paradójico, pero verdadero. No soy injusto con la Ilustració
cristianismo tiene ahora que olvidar las ofensas y salvar la Ilustraci
salvó la civilización antigua, que lo echó a los leones. Pero la sangr
cristianos es una semilla.
—Guitton, ¿cómo salvar la Ilustración?
—Espíritus inventivos y libres se entregarán totalmente a Dios. Su g
investirá de genio. De ahí saldrá un mundo nuevo.
—Guitton, ¿cómo explica usted que el panteísmo sea una tendencia
espíritu humano?
—Tendencia equívoca. Primero, la esencia del pecado de orgullo es
nada por encima de él. Una conciencia orgullosa es desgraciada has
consigue hacerse a la idea de Dios. Segundo, tal vez hay en el homb
oscuro de encarnación en Dios. Dios hace al hombre. Si el hombre a
en el fondo de su alma, podemos comprender que la trascendencia
aunque sea verdadera.
—No es la grandeza lo que le molesta, es la lejanía lo que le desesp
—¡Es verdad! El panteísmo es la encarnación soñada por el hombre
encarnación permite adorar la trascendencia sin indiferencia ni des
aspirar a la unión mística fuera de todo error y de todo pecado.
51
Y Bergson se calló. Aproveché ese silencio para hacerle una pregun
deseaba ardientemente que me respondiera.
—Bergson, lo que su hija contaba sobre usted, sobre ella y usted, ¿e
—Sí. Cuando escribía La evolución creadora, en 1905, experimenta
extraordinario sentimiento de plenitud y hasta de exaltación. Lo qu
buscado desde hacía veinte años, por fin lo poseía. Mi vida estaba c
Cuando terminé de escribir, caí en un estado de melancolía.
—¿Depresión nerviosa?
—Algo por el estilo. Tensión baja, cansancio, migrañas, inmensa las
sentimiento de absoluta vacuidad de todo lo que había hecho.
—¿Entonces?
—Estaba en ello. Quería empezar un gran libro sobre la estética, pe
andaba bien. Me retiré a mi despacho y me puse a pensar. Un día q

inmerso en una gran agitación de espíritu, mi hija empujó la puert
entró gritando: «¡Papá! ¡Papá!». Me vi obligado a sonreírla y a escu
«¡Papá! —me dijo—, estaba en mi habitación, he visto una luz, alg
Papá, nunca he visto nada tan bello».
—¿Vaya! ¿Y qué hizo usted?
—Lancé un larguísimo suspiro de alivio. Y, pausadamente, le respo
no digas nada de esto a tu madre, no lo comprendería. Pero que se
creo porque... porque acabo de ver lo mismo».
—Era, pues, verdad. Su hija me lo dijo, pero estuve dudando, a cau
Gouhier.
—Le hablé de ello a Tresmontant. Se encontró con Gouhier y le co
Gouhier rió ligeramente y le dio su interpretación: «Claro que sí, cl
pequeña. No le hables de ello a tu madre (se sobreentiende: es inút
preocupe por tu salud). Acabo de ver lo mismo (se sobreentiende: s
que está loca, tendrá menos posibilidades de serlo)».
—Gouhier es un gran historiador de la filosofía. Un hombre excesiv
servicial.
52
—¡Lo sé! Escribió uno de los pocos libros sobre mí que vale la pena
tengo nada en contra de él. Un historiador ha de ser desconfiado. P
caso, se equivocó, exceso de prudencia. Yo mismo era muy racional
de llegar mi hija, ese famoso día, estaba aterrorizado. Me veía term
días en el manicomio de Charenton. Cuando me contó su visión, m
poco. A pesar de todo, me interesé entonces por los trastornos de p
por las alucinaciones, etc. Fue después cuando, ante la imposibilida
a la psicopatología los fenómenos auténticamente místicos, los estu
fervor y precisión.
—Y escribió usted Las dos fuentes de la moral y de la religión.
—Pero el desencadenamiento se produjo el día en que Jeanne vino
despacho.
—¿Habló usted alguna vez de esta experiencia?
—Mucho más tarde, cuando escribí mi último libro, una vez llegad
capítulo, en su última página, hablé del tema de forma solapada.
—Conozco esas líneas de memoria. Permítame citárselas: «Suponga

llega un resplandor desconocido en este mundo, visible a los ojos d
transformación en esta humanidad generalmente acostumbrada, di
aceptar como existente más que lo que ve y toca! La información q
concernirá, a lo mejor, más que a lo que hay de inferior en las alma
espiritualidad. Pero haría falta para convertir en realidad viviente y
en el más allá que parece existir en la mayoría de los hombres, pero
las veces verbal, abstracta, ineficaz. Para saber...». Me falla la mem
—«Para saber hasta qué punto cuenta...».
—Eso es. «Para saber hasta qué punto cuenta, basta con mirar cómo
el placer: no nos interesaría tanto si viésemos lo que se saca de la n
mofarse de la muerte. Realmente, si estuviésemos seguros, absoluta
sobrevivir, no podríamos pensar en otra cosa. El placer estaría eclip
—El tono de su voz me conmueve. Gracias, Guitton.
—Guitton, ¿por qué cree usted en Cristo?
—¡Maestro, qué podría yo decirle a usted que no sepa ya y proveni
luz más alta!
53
—Respóndame, Guitton. No es para mí, es para usted. La santa me
dicho que tenía que ser usted el que respondiera. Guitton, ¿por qué
en Cristo?
—Porque me es siempre difícil creer en él.
—Explíqueme eso.
—Nada más fácil. Soy un hombre religioso. Estudié mucho a Plotin
tesis sobre él. Plotino es, en mi opinión, el paradigma del homo nat
religiosus, y hasta del homo naturaliter mysticus.
—Estoy de acuerdo con usted.
—La religión natural es una ascensión del hombre hacia Dios. Prop
autorrealización del hombre. Dios es una meta, como la cima de la
una meta para el alpinista.
—¿No se encuentra eso también en el cristianismo? ¿No habla san
Cruz de La subida al monte Carmelo?
—Es verdad, Bergson. Aunque en el cristianismo Dios se impone. N
que nos tiranice, pero sí entra en nuestra vida sin pedirnos permiso
organizar tranquilamente nuestra subida al cielo. Dios se permite b
a la Tierra.

—Es mejor, ¿no?
—Nada de eso. Estoy muy enfadado con la conducta de Dios. No le
tanto. Hace demasiado. No se queda en su sitio. No juega su papel.
—Anda, usted piensa así. Mi naturaleza es diferente.
—Su naturaleza no, Bergson, pero sí su cultura. Es usted hebreo e i
de Dios desde los cuatro mil años hasta la médula de los huesos. Ha
por encontrar normal que el Absoluto se meta sin cesar en sus asun
de vieja raza pagana y le digo a usted que me cuesta mucho admiti
que no se queda en su sitio.
—¿Y me puede explicar por qué esa dificultad en creer le es motivo
—Porque para mí es evidente que yo nunca hubiera inventado sem
religión. Claro está, usted, que lleva eso en los genes, por así decirl
54
natural situarse de nuevo en la intuición y el dinamismo de esta vi
entonces, le basta con prolongar el movimiento para anticipar, en
la revelación plenaria del Amor divino en el Mesías. Pero yo, que n
de judío, le aseguro que esta religión es totalmente inverosímil. Pe
puedo creer en lo inverosímil. Ya que lo verosímil no sería, según t
probabilidad, más que un producto humano.
—Se parece usted terriblemente al Sócrates descrito por Boutroux:
y religioso. Explíqueme otra vez su dificultad en creer en Dios.
—Veamos, Bergson, un hombre que nace de una virgen, un Dios qu
hombre, ¿es tan fácil de creer? La costumbre puede hacernos encon
afirmaciones extrañas, pero la reflexión nos saca del entorpecimien
tales anuncios, la primera reacción es la incredulidad. Es una reacc
persona normal, equilibrada, razonable, sana. De lo contrario creer
cualquier cosa.
—No estoy del todo de acuerdo con usted, señor Filósofo Católico y
Librepensador. Porque sus afirmaciones, a las que concedo la apari
rareza, no son cualquier rareza. A través de ellas filtra inmediatam
claridad o no sé qué perfume que nos inclinan a creer en ello y has
la parte más pura, serena y razonable de nuestro ser intelectual. Y
pasa por muy raras que puedan parecer estas afirmaciones. Hay aq
singular.

—Debo de tener la sensibilidad más seca y el sentido espiritual me
usted.
—¿Qué piensa usted de estos anuncios?
—Que no son verdaderos. Pero la dificultad empieza para mí cuan
pregunto en qué categoría de error conviene clasificar esos falsos a
digo: es una leyenda; o si no: es un mito. No hay otra solución seria
impostura, la ligereza, la locura colectiva, o incluso la ilusión diabó
sostienen. Desproporción completa entre los efectos y la causa. No,
leyenda o mito.
—Una leyenda, Guitton, no es un mito.
—Precisamente. Pero es verdad que el anuncio cristiano, si fuera fa
ser más que lo uno o lo otro: o un mito, o una leyenda.
55
—Eso está claro. ¿Entonces?
—Bergson, una leyenda es el resultado de un proceso que parte de
que se le somete a una elaboración fabulosa. La constitución de una
requiere antes que nada tiempo. Sin embargo, no paramos de ir ma
el tiempo de datación de los Evangelios. Tampoco está del todo exc
haya habido ciertas estenografías mientras Jesús hablaba. La resurr
el hecho central, aquel del que todo depende, es enteramente origi
predicación cristiana. Así, pues, y sea lo que sea de lo que discuten
sabios, ocurre que el tiempo es demasiado corto. Los Evangelios no
una leyenda. Esto me parece de ahora en adelante un punto definit
fuera de duda.
—Quedaría el mito.
—El mito, Bergson, es algo totalmente opuesto a la leyenda. El mit
idea y por un proceso de figuración simbólica, acaba en un relato i
expresivo del significado que la idea presente en el espíritu.
—¿Qué piensa usted?
—¡Si supiera lo que me molesta responder a alguien que sabe! Teng
impresión de pasar mis exámenes de licenciatura o los de cátedra. ¿
contado cuando tuve que pasar los exámenes en la Sorbona con Ba
—No se desvíe usted. Además ya contó eso en Un siècle, une vie. M
se repita usted. Háblenos del mito.

—A eso voy. La principal característica de la literatura bíblica, com
las otras de la misma época, es que es signo de una mentalidad refr
mito. Se pueden encontrar ficciones, novelas, parábolas, pero mitos
de desmitologización para la Biblia es un contrasentido. El mito en
forma de pensamiento que elimina la duración: los relatos místicos
simplemente figurativos de una realidad eterna, que es su verdader
significado. Y la salvación se da, dentro de esta perspectiva, cuando
la comprensión intemporal del significado de los mitos, cuando se a
conceptos más allá de los símbolos. Pero el significado de los acont
bíblicos, por el contrario, es inseparable de su realidad histórica. «Y
Abraham». La cosa comienza así. Dios dice. El significado no está p
en lo que se va a decir, sino en el hecho de que Dios diga. El signifi
tampoco en la idea de un Dios que habla, sino en el hecho de que e
Dios habla. Y la salvación no consiste en convencerse de la idea (au
56
verdadera) de un Dios que habla, sino en escuchar la Palabra efecti
Dios que efectivamente ha hablado.
—¿Pero al expresarse así, Guitton, no se está condenando a usted m
que es tan puramente intelectual, usted que se contenta tan a menu
comprender, sin llegar a rezar?
—Eso demuestra que soy un cristiano malo que no tiene ni la excus
ignorancia.
—Es usted humilde.
—No, soy descriptivo. Bergson, Dios dice. Y si Dios no dice, la Bibli
nada que decirnos. No es ni un mito. Es una ficción que habremos c
histórica. Es una no verdad. Eso pasa con el anuncio evangélico, qu
punto de vista participa absolutamente de este mismo pensamiento
Imagine, pues, que la historia bíblica o evangélica no sea verdadera
un mito. Es un error creído. La Biblia es entonces un texto religioso
montón, muy por debajo de todo texto místico. Su superioridad no
sabiduría general, de las ideas, de los conceptos, de las leyes, de las
Biblia está muy por encima de todos los mitos porque es signo de la
acontecimiento.
—Así, pues, el anuncio evangélico no puede ser, según usted, ni ley

mito. Entonces, ¿qué podría ser si fuese falso?
—Un error histórico, como si dijéramos que Napoleón nació en Cer
ejemplo. La verdad del anuncio evangélico debe abordarse primero
punto de vista racional, como la verdad de un hecho histórico. Porq
verdad religiosa si no tiene verdad histórica. El sentido religioso es
fundado sobre la verdad del sentido histórico. A condición, claro es
bastante abierta, pero siempre de modo realista, la definición del té
histórico.
—Pero, Guitton, ¿no es usted muy propenso a creer en este anuncio
descuidar los indicios de verdad histórica y a abrazar la verdad eva
causa de su simple belleza moral, de su dulzura afectiva?
—Sólo hay belleza moral efectiva en el Evangelio si usted supone, a
implícitamente, que se trata de una realidad histórica. Coja el ejem
perdón de Jesús a sus verdugos. Si se trata de un perdón histórico n
conmovedor milagro moral; si se tratase de un relato edificante, no
57
que una sosa letanía.
—¿Pero el amor, Guitton, el amor no es su propia prueba? ¿No tien
de que el amor sea verdadero?
—Quizá le escandalice, pero le respondo: no. Bergson, nací con un
Dejado a mi naturaleza, soy un egoísta estricto. El amor me molesta
perturba. Me trastorna. Tengo que hacer un esfuerzo para pensar en
mucho mayor para creer en él.
—Es usted un fenómeno afectivo. ¿Es usted insensible?
—Me gusta la gloria, a falta de fama. El resto me es indiferente.
—¿Es una buena constitución para un crítico religioso?
—La mejor existente. Convertirme en cristiano va contra mi temper
Me miró con un interés que nunca le había visto. Buscaba encontra
expresiones del anciano la continuidad que las unía a lo que conoci
vivacidad juvenil. Prosiguió:
—Entonces, ¿qué dice usted sobre la verdad histórica del anuncio e
—A una verdad histórica, sea cual sea, no se puede llegar más que
los testimonios. La fe es, pues, algo más sencillo de lo que imaginan
oigo proclamar los Evangelios; supongamos que encuentro testimon

y verídicos de lo que pasó en Palestina en tiempos del gobernador P
Pilatos; además, recibo al mismo tiempo el misterio de la fe y las ra
que creer. Los milagros de Cristo revelan su divinidad y la atestigua
enseña el propio Jesús en el discurso sobre los testimonios[1].
—Decididamente, somos muy diferentes. Yo soy todo lo contrario. L
me han molestado muchísimo y he tenido que creer, por así decirlo
los milagros. ¿Podrían nuestros puntos de vista conciliarse?
—Bergson, a partir del momento en que el milagro es un hecho, no
fe, sino un argumento de credibilidad. No me gustaría exagerar la p
razón en la creencia, ni perderme en el detalle de una discusión sob
milagros. Pero, en fin, ¿alguien me puede decir lo que puede reemp
razón de creer, el espectáculo grandioso de todos los milagros, ya s
persona, ya sea de Jesús continuado en todos sus santos: curaciones

conversión moral y espiritual, santidad, etc.?
—Para mí, el milagro verdadero es la aparición del amor y del perd
mundo frío.
—La aparición del amor se da también en el milagro y no se daría n
él. Así, pues, acaba de decirme usted mismo que la aparición del am
era creíble porque esta aparición tenía el carácter de un milagro m
verdadero, teniendo en cuenta toda nuestra experiencia sobre el est
la humanidad.
—De esta manera comprendo mejor y nuestras perspectivas tienden
converger.
—Nada me puede alegrar más. En mi libro sobre Jesús, me interrog
objeto de mi fe: tome, por ejemplo y antes que nada, a Jesús resuci
resurrección es la única casilla sobre la cual vale la pena jugar. Si e
todo el resto es verdad.
Y si es falsa, todo se viene abajo. Tome, pues, la resurrección. Hay
misterio que es un hecho; no digo un hecho que habría que admitir
racionalmente, unido a un misterio en el que se creería o no, sin ra
bien un misterio que es un hecho y un hecho que es un misterio.
—Guitton, algunos dirán que esto es contrario a los principios.
—Les responderé, Bergson, que los principios son, aquí, contrarios

experiencia, siempre superior a todos los principios. Sin embargo, ¿
la experiencia? Un misterio que, en su naturaleza misma de misteri
como hecho, sin por ello dejar de ser misterioso. Y un hecho que, e
factualidad misma, se revela como misterio, sin por ello dejar de se
mis obras de crítica religiosa analicé este hecho cristiano, que es m
hay que tratar a la vez como uno y otro, si no queremos desfigurar
tanto que hecho. Rechazo el positivismo en nombre de la positivida
nada más bergsoniano, ¿verdad?
—En efecto.
—No hay que ceder al espectáculo de lo maravilloso, pero los que t
de los milagros, lejos de hacer la fe respetable, en realidad la rebaja
de razonamiento, fuera ya del milagro, podría permitir creer en la
hecho como el hecho de un Dios hecho hombre? Ya que, a fin de cu
59
encuentro un hombre que se dice ser Dios, ¿no estoy tentado, en un
con razón), de tomarle por loco, por borracho, por poseso, a menos
fuertes razones para pensar lo contrario y que —¡prodigio!— el hec
milagro es entonces la cara visible del misterio. En esta cara visible
elemento invisible, que es forma real e inaudita del Amor. Este últi
milagro más profundo, como dice usted y yo le reconozco.
—Pero, para pensar así, hay que recibir los Evangelios como «palab
Evangelio». Es ingenuo.
—Bergson, una cosa es segura. Si leemos los Evangelios como «pala
Evangelio», tenemos todas las razones para creer en Cristo y nuestr
para no creer no valen nada. O, más bien, son las de los fariseos qu
con severidad en los Evangelios, justamente porque su increencia e
ojos, desprovista de justificación razonable[2]. En cambio, desde el p
juicio recto se expresa por boca de Nicodemo: «Rabbí, sabemos que
de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que
Dios no está con él»[3].
—Volvemos, pues, mi querido Guitton, al crédito que conviene otor
sentido que conviene dar, al testimonio evangélico.
—Es evidente. Las razones para no creer, sean buenas o malas, no s
razones para no creer en estas simples razones para creer que se en

Evangelio y del que no se separan nunca. Los filósofos del siglo XV
arruinar esta credibilidad de la fe. Y lo consiguieron en un número
despreciable de personas, cristianos incluidos. Mi obra es una crític
que no se ha realizado con un espíritu reactivo, sino a partir de un
crítico más perfecto, más evolucionado, más maduro.
—Por eso llama usted crítica religiosa a lo que antaño llamábamos
—Muchos cristianos viven su fe en el sufrimiento, ya que sienten q
su estructura profunda, requiere una cierta credibilidad racional. P
crédito exagerado a la crítica filosófica del XVIII, mientras que ésta
según un concepto de la razón o de la duda que creo insuficientem
—¿Qué pasa con la vida espiritual de esos cristianos?
—Su vida de fe se separa de su razón. La fe, convertida en irracion
entre dos extremos. O se mantiene fuerte, profunda, y se tornará en
60
afectiva o existirá el riesgo de que se vuelva hacia el iluminismo fa
los defectos, pero se debilita, como aquello que no se puede tomar
Entre los dos, una fe viva y personalmente fuerte, pero que no se a
testimonio de sí misma.
—Estos creyentes reaccionan ante el racionalismo de la Ilustración.
—Sí, pero exaltando más de lo debido el aspecto subjetivo y volunt
—No habría que reaccionar ante esta reacción presentando la fe co
conclusión de un razonamiento.
—Un razonamiento, Bergson, puede tener un carácter poco formali
reflexivo y estar incluido en un movimiento existencial. No obstant
su estructura propia de razonamiento. Es lo que me gustó de Newm
Grammar of Assent. Pero semejante razonamiento no se apoya sobr
generalidades. Se apoya principalmente, a mi entender, sobre el mi
fundamental.
—Es evidente que habla usted de la resurrección de Jesús.
—Sí. Siempre vuelvo sobre ella. La resurrección de Cristo, que es p
nuestra, es a la vez el misterio central de la revelación del Amor, ob
nuestra esperanza y el principal motivo de credibilidad de la fe. To
cuando nos situamos desde el punto de vista del testimonio dado p
apóstoles de Cristo en su resurrección. Encierra en potencia toda la

toda la apologética. ¿Los Apóstoles son o no son falsos testigos o ilu
plena ilusión? Tal es la cuestión.
—De hecho, Guitton, el concepto de falso testigo o de iluminado ap
san Pablo[4]. El pasaje polémico al final del evangelio de Mateo[5] se i
del problema planteado.
—Si los Apóstoles dijeron la verdad, Cristo resucitó realmente; ento
qué necesitamos más razones?
—Si dijeron la verdad estamos satisfechos, es cierto. Pero, ¿cómo sa
Guitton, volvemos siempre sobre la pregunta del testimonio. ¿Por q
difícil?
—Lo que hace que la fe sea difícil, Bergson, es que es muy pobre y
Es como vuestra filosofía. Vivimos en una época rica y técnica. Ya

más que lo que es complicado.
—Lo más difícil de comprender, Guitton, es lo sencillo. Por eso la f
de ese nombre es tan difícil y tan rara.
—En La pensée et le mouvant lo llama usted el espíritu de la simpli
—Sí, pero con frecuencia lo sencillo se toma por simplismo. El hom
condenado a la complejidad, erra entre los sistemas y los mecanism
encuentra ya en ningún lugar la vida y su alimento. Hacen falta cie
volverse sencillo.
—Bergson, ésta es mi fe: un hombre era Amor. Nadie había hablad
él. Por fin se oía hablar en el mundo de Amor. Pero el mundo no qu
El mundo está helado. Entonces se excluyó el Amor. Fue rechazado
el instrumento de suplicio. La Cruz. Miramos el Amor sobre la Cruz
vida? ¿Qué es Dios? ¿Qué esperanza nos queda, en estas condicione
Divirtámonos, mañana moriremos. Así habla san Pablo, así pensaba
apóstoles de Cristo después de su muerte. Ellos, que fueron testigos
aparición del Amor, estaban sumidos en el desconcierto. Ya no espe
de la vida, excepto la fuerza de encontrar la sabiduría de recogimie
desesperación apaciguada. Y los Apóstoles me dicen que vieron a C
de la tumba. No es una leyenda, no hay tiempo, los Apóstoles habla
desde los primeros días. Tampoco entra dentro del orden del mito,
dijéramos: después de la lluvia llega el buen tiempo, después del in

primavera. Creo que es un hecho histórico, milagroso y misterioso.
—En sus libros, Guitton, no dice usted suficientemente que se trata
coherente con muchos otros hechos históricos anteriores. No es un
extraño, aislado, que no se podría relacionar con nada. Cristo resuc
Escrituras y el hecho forma el sistema con todo el cuerpo de las Esc
bíblicas y toda la trama de la historia de los hebreos.
—Tiene usted razón, Bergson, no lo digo suficientemente.
—Y además, no se trata tampoco de un hecho bruto, curioso e inco
hecho, Guitton, tiene un significado: quiere decir que el Amor ha v
muerte y que a todo ser humano, de ahora en adelante, se le ofrece
participación en esta vida eterna del Amor vencedor de la muerte.
—Estamos de acuerdo, mi querido Bergson. El hecho es poco creíbl
reconozco, cuando no se comprende el sentido, porque sólo se ve lo
62
ver el vínculo esencial de la realidad de la historia de los hebreos y
filosófico de la existencia humana. Pero convendrá en que, sin el he
tendría sentido comprender, o más bien habría que comprender lo
porque la muerte habría engullido al Amor.
—Es exacto, Guitton. Así, pues, ni mito, ni leyenda, sino un hecho
sentido pleno, y cuyo sentido surge a partir de la realidad misma d
—El sentido de la fe está por entero en un solo hecho. Es en él, Ber
se apuesta todo, para ganar o perder. San Pablo decía: Si Cristo no
vana es nuestra fe y nosotros, los apóstoles, somos falsos testigos. E
testigos. Y esto es lo que me dicen. ¿Les voy a creer? ¡Pues no! Mi p
impulso es el de responder como los atenienses a san Pablo: «Claro,
hablarás de ello en otro momento».
—¿Pero no tiene usted ganas de resucitar?
—Ninguna. El cuerpo siempre me ha incomodado ligeramente. Se m
extraño volver a ver a mi esposa Marie Louise en carne y hueso.
—¿Y la inmortalidad, Guitton?
—Me fastidia.
—¿Cree en ello?
—Sí creo, respeto a Dios, así que pienso que será bueno. Pero, en m
natural, sólo tengo ganas de vivir viejo y de morir saciado de días.

que no esté saciado o tenga miedo, prefiero durar indefinidamente
además, el asco acaba por atraparme y siento el placer de terminar
frecuencia aspiro a la nada. O a renacer en el tiempo. Pero la inmo
Dios y la resurrección están demasiado altas. Comprendo si acaso l
de un alma intelectiva e impersonal, ocupada en la contemplación
de Ideas eternas. Pero la inmortalidad del alma personal... Es porqu
quiere.
—¿Pero por qué cree en ello si no tiene ganas de creer en ello?
—Pues porque pienso que es verdad. Entonces me veo forzado a cr
voy a negar a creer que los elefantes son grandes sólo porque yo lo
hecho pequeños.
63
—Es usted horrorosamente racional.
—Soy como soy.
—Es extraño, Guitton. No tiene usted un alma naturalmente cristia
—No. Desprecio por instinto a los predicadores y, tal vez, el cristia
¡He visto de todo en mi vida! Llegan los Apóstoles. Son unos locos,
muchos locos en el mundo. ¿Qué tipo de locos son éstos? Un tipo d
apariencia bastante suaves, pero sin duda un poco peligrosos, como
los locos. O son unos impostores, como los muchos que hay, que es
la credulidad de las masas para enriquecerse y hacerse los interesa
lo que pienso espontáneamente.
—¿Por qué no dejarlo y no pensar más en ello?
—Como escribió usted, «hasta aquellos que vayan a negar la existe
impedirán que figure el Sermón de la montaña en el Evangelio». Es
amor. Es la creación del amor. Es la revelación del Amor. Una inve
que la humanidad en su conjunto está aún muy lejos de adoptar. A
ocurre que esta invención genial responde esencialmente a una me
mística, sino histórica, en sentido amplio, y a la afirmación de un h
central: la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Los Apóstole
Supongo que estoy frente a unos locos o impostores, o unos pobres
Me gustaría echarlos a sus delirios, pero no hay delirios. Hay un m
La única cosa propia del delirio es la resurrección pero, sin ella, lo
sería; ahora bien, lo es. Cuando uno no está ni frente a un mito ni f

leyenda, está frente a un hecho histórico; o entonces estamos en pr
fruto de lo que el espíritu humano tiene de más inferior o de más e
credulidad, falta de seriedad, exceso de subjetividad, impostura,
psicopatologías, alucinaciones, etc.
Bergson reflexionó, y luego me preguntó, casi solemnemente:
—¿Le comprendo a usted bien, Guitton? Quiere usted decir: si el cr
es verdadero en el sentido de la verdad histórica, no puede usted ex
que rebajándolo más allá de lo razonable. Y si se le reconoce su ver
standing intelectual y moral, se vuelve extremadamente difícil expl
manera que por la simple realidad factual de la resurrección de Jes
—Me ha comprendido perfectamente. Mi idea, Bergson, es que sin
los hechos evangélicos no hubiéramos podido tener los Evangelios.
64
los poseemos. El hecho increíble responde, pues, esencialmente a u
de genio espiritual y a una creación de vida nueva. Y toda mi perpl
de ahí, ya que tengo que coger en bloque el genio del mensaje y el
cuento de hadas, sin el cual ya no hay genio ni sentido en un mens
evidentemente lleno de sentido y rebosante de genio. O acepto el m
lo contrario tengo que volverme hacia un absurdo más oscuro que t
misterios y que ni da cuenta de los hechos normales. Imagine doce
hasta quinientos, que, sabiendo que su maestro no ha resucitado, d
todos a convencer al mundo de lo contrario. ¿Y la mayoría termina
cortar el cuello por fidelidad a lo que saben que es una broma, sin
ellos se vaya de la lengua y termine con ella? Comprenda por qué s
hablaba a Mitterrand de lo absurdo y del misterio. La resurrección
misterioso, ¿quién lo negará? Pero si no admito razonablemente es
estoy obligado a transformar en un cuento de locos toda la realidad
empírica que haya.
—Al escucharle, Guitton, uno tiene la impresión de que todo se der
—Ciertas cosas sí se demuestran. Pero haber demostrado no es toda
como creer no es todavía amar.
—¿Está seguro de tener razón?
—He aceptado mis responsabilidades. Que cada cual acepte las suy
—¿No tiene usted dudas?

—Como tuvieron los Apóstoles, Bergson, hasta en presencia del mis
resucitado. Si los Apóstoles no las hubiesen tenido, no serían para n
testigos dignos de fe.
—El Evangelio, Guitton, está dentro del orden del bien como Ausch
dentro del orden del mal. Que nos cueste creer en ello forma parte
recepción normal del testimonio. Además, una indiferencia ante el
ligada a las causas y a la razón de ser más profunda del hecho. Gui
concluiría usted?
—Al compartir las dudas de los Apóstoles puedo compartir su fe.
—¿Qué le falta a la fuerza de su fe?
—Más experiencia del amor. No soy un buen cristiano.
65
—Se expresa usted con una sangre fría que me deja helado. ¿No ter
hablar así crear dudas en los que no tenían?
—Si tienen las mismas dudas que yo, terminarán con la misma fe q
—Habla usted de una fe profunda, que tiene por objeto el aconteci
sobrenatural, no de un creer modernista, reducido a las dimensione
filosofía religiosa.
—Eso es evidente. ¿No se ha dado usted cuenta, Bergson, cómo el c
una vez quitado lo sobrenatural real, se vuelve anodino? ¿Qué queda
moralismo respetable y bastante constriñente; un humanitarismo q
busca excusar a Dios de no haber suprimido las miserias humanas;
«solidarismo» simpático; una esperanza vaga en la mejora de los as
siglo. Todo esto no es sólido, todo esto no es profundo. ¿Hay que de
Dios en persona para enseñar esas banalidades virtuosas? Quite lo s
el cristianismo es vacuidad.
—Estoy de acuerdo con usted, Guitton. Cuando el clero se vuelve ra
vacía las iglesias y enriquece las sectas.
—Si uno ya no tiene fe, hay que despedirse de una creencia difunta
resucitó, dejemos de lloriquear en las sacristías rebajando el mister
—¿Qué aconseja usted?
—¿Si no tuviese fe en lo sobrenatural? Escupir hacia el cielo impot
nuestros esfuerzos a vivir a la escala humana.
—Continúe, Guitton.

—Antes que nada, no soy un creyente afectivo. Respeto a los que lo
acepten como soy. Después de todo, les puede ser útil. Soy creyente
—Con frecuencia los incrédulos son muy tolerantes. Respetan los va
cristianismo sin compartir la fe.
—Los comprendo, pero pienso que están equivocados. Hay que ser
librepensador, Bergson, y hasta antirreligioso; si no, uno acaba ente
proliferación de lo irrazonable.
—¿Ésta es, pues, su fe?

—Éste es al menos mi razonamiento sobre la fe.
—Una fe muy crítica. Una crítica afilada en su máximo grado. ¿Ent
—El crístico convence a la crítica.
—Hay una crítica más satisfecha de ella misma que la vuestra.
—Sí, la de Renan, Loisy y otros más recientes. Duda, pero nunca de
quiere crítica, pero jamás hasta el punto de criticar la crítica. De ah
hacia el testimonio vivo y el dejar de lado sin crítica al sobrenatura
incredulidad no es resultado aquí del examen del objeto, es un prej
forma a priori reemplaza el examen. La razón humana se plantea co
absoluto, se aplica al objeto de fe, y se corta lo que sobra. Uno pien
crítico, y es archidogmático. Dogmático de la razón, y de una razón
archiingenua, archipasada de moda.
—Si las razones para creer son sencillas, Guitton, el problema está
ser capaz de las cosas sencillas. Me parece que esto es lo que Cristo
«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocu
sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pu
beneplácito»6.
—Porque las razones para creer son sencillas, las razones para no c
la complicación: complicación de la razón, que la separa de lo que
Masa de erudición, lujo del detalle, refinamiento de tecnicismo, per
unidad, ausencia de inteligibilidad sencilla del ser, ausencia de intu
intelectiva, etc.
—Racionalismo artificial y pensamiento sin vida.
—Mis razones para creer son mis razones para no creer en las razon
Se detuvo, sonrió y añadió:

—¿No le he matado?
—Casi, a causa de Josefina. Las mujeres...
—No diga usted nada malo sobre ellas. Son ellas las que le abrirán
—¿Qué quiere usted decir?
67
—¡Chist! Adiós, Guitton.
—Adiós —le dije, al tiempo que le estrechaba maquinalmente la m
Salió mientras yo pensaba en otra cosa. Lo vi sólo cuando me hizo
pequeño saludo, al volverse, una vez traspasada la puerta. Pero mi
retenía mi interés y no respondí. Despareció.
Me preguntaba si había sido bueno y si todo esto podría ponerse po
Siempre me decepcionan mis aportaciones. Por eso me gustan los h
que soy orgulloso, es todo lo contrario. O es otra forma de orgullo.
—Anda —me dije—, otro que ha olvidado su sombrero.
Marzena entró en el cuarto. Estaba sentado en mi silla, contemplan
de Bergson.
—Señor, esto continúa.
—Cállese, Marzena. Estoy pensando.
—Pero, Señor... Hay...
—¡Silencio, le he dicho! O, más bien, respóndame. Marzena, ¿ve us
sombrero?
—Claro, Señor, hay...
—¡Chist! ¿Es realmente un bombín?
—Es evidente, es un bombín. Señor...
—Cállese. Es un bombín. Bien. Ponga usted ese preciado bombín de
lado del sombrero con pluma de Pascal, allí, sobre el velador. Bien.
montando una colección.
Marzena no estaba de humor para bromear. Estaba que ardía.
—¿Qué quería usted decirme, Marzena?
—Esto continúa. Otro más.
—¿Quién?
68
—El Papa.
Tuve un sobresalto y casi me muero de susto.

—¡El Papa!
—No, no, no el Papa. El Papa. En fin, el otro. ¡Ya no sé su nombre! su breviario sobre la mesa de despacho...
—¡Pablo VI!
—Eso es.
—¡Pero, bueno!, hágalo entrar, ¿qué espera? ¡Dése prisa, vamos! Ya haberle hecho pasar. Hágalo entrar. Rápido, rápido.
Salió corriendo, al tiempo que rezongaba a media voz.
Convulsivo, hice todos los esfuerzos posibles para levantarme de la apoyándome sobre el bastón, conseguí ponerme de pie, echando pe Pónganse en mi lugar. Esta chica me ha puesto nervioso. Hacer esp papa. Me dio un mareo, casi me caigo. Pero quería recibir al Papa

NOTAS

1
Jn 5,36.
2
Mc 16,16.
3
Jn 3,2.
4
1 Co 15,15.
5
Mt 28,11-15.
6
Mt 11, 25.

69

DONDE VEMOS CÓMO PABLO VI INTENTA HACERME CON MIS BUENAS Y MALAS RAZONES PARA SER CATÓLICO

—¡Su Santidad!
—Guitton, ¡qué alegría volver a veros!
—Su Santidad, es para mí un honor infinito.
—No, Guitton, es justicia. Pero siéntese, no se quede usted de pie e
Le mostré un sillón frente a mi pequeña silla, negándome a sentarm él. Cuando se sentó, le imité.
—Guitton, ¡si supiese usted el bien que me hicieron sus visitas, cua solo ante las responsabilidades de la Iglesia y usted venía a verme t todos los 8 de septiembre! No, sólo digo la verdad. Mi querido ami

siente usted? ¿No sufre? ¡Si supiese lo que rezo por usted! Confío m
usted.
—Sin embargo, un día, en Castel Gandolfo, me dijo usted: «Guitton
voy a hacer el más bello cumplido que un italiano pueda hacer: Gu
furbo, furbo, furbo —furbissimo»[1].
—Me acuerdo. Era hacia el final de la tarde, fuimos a dar de comer
al fondo de la gran avenida. ¿Se acuerda usted de esa conversación
de la existencia de Dios.
—¡Sí me acuerdo! Comenzó usted por lanzarme: «Dígame usted, Gu
en todas esas pruebas de la existencia de Dios?». Entonces, puse toc
empeño en convencerle. Su Santidad, puedo atestiguar que nunca n
encontrado un ateo tan inteligente como el Papa.
—¡Pues bien! El Papa, habiendo adoptado la piel y el alma del ateo
testimoniar ante el universo que un ateo no puede hacer otra cosa
convertirse a la palabra de Jean Guitton.
70
—Saqué mi fuerza de la confianza que usted había puesto en mí. ¿N
Su Santidad, que tenía usted confianza en mí?
—Sí, Guitton, siempre he tenido confianza en usted.
—¿Porque era furbo?
—Furbo, maestro, pero también, idiota —perdóneme. Una mezcla i
astucia y de candidez. (Un silencio, y:) Estoy de misión.
—¿En la tierra?
—No. Junto a usted.
—Vamos, Dios no me quiere tanto como para eso.
—Sí, y todavía más que eso.
—¿Quién le envía? ¿Quién está por encima del Papa? En todo caso
—En el paraíso, el Papa es más que nunca el hermano de todos los
servidor. Me ha enviado una santa que quiere su bien.
—¿Una santa que quiere mi bien? ¿Quién puede ser? Cualquier per
fondo. Todas las santas quieren mi bien. Como el de todo el mundo
definición.
—No. No como el de todo el mundo. Y no cualquier santa.
—¿Pues quién?

—Secreto pontifical.
—Entonces... Santo Padre, ¿puedo conocer el objeto de su misión?
—Sé que vengo tras dos pensadores. A mí me toca hacerle una últi
Guitton, ¿por qué es usted católico?
—Porque quiero ser ecuménico.
—¿Qué significa querer ser ecuménico?
—Querer reunir en sí la totalidad de lo humano. Comprenderlo tod
todo, construirlo todo en la luz y vivir cada vez más unido a todo l

unirse por entero a todo en la luz.
—¿Y el catolicismo?
—Es el eje y la estructura fundamental del movimiento ecuménico.
—Guitton, ¿qué es el movimiento ecuménico?
—El sentido de la historia humana.
—¿Habla usted como filósofo o como creyente?
—En calidad de creyente, creo que Cristo rezó para que todos sean
todos se realicen en la unidad, consummati in unum. En calidad de
también que todo lo que es humano aspira a lo universal. Veo tamb
tiende a acurrucarse en su rinconcito.
—¿También el catolicismo?
—También los católicos. Hay que luchar para tener un alma abierta
amplitud humana, recogida en la profundidad divina. Sólo Dios pu
así a los demás hombres. Nuestra unión en Dios es lo que tenemos
íntimo. Ahí estamos todos más estrechamente unidos a todos de lo
estamos a nuestros amigos más próximos. Este lazo entre cada uno
único que forma el lazo entre todos y todos.
—¿La amistad puede ser, pues, universal?
—La amistad total es universal. Y la única amistad universal puede
amistad total. A todo lazo particular le falta profundidad si no está
amistad universal. El lazo más pleno, que es también el más univer
único que colma el deseo de infinito.
—¿Piensa usted eso? ¿Lo cree usted?
—Comprendo que es imposible estar todo unido al Único, y a todos
realidad, sin darse por entero, más allá de todo egoísmo, ofreciendo

muerte, desapegado de todo.
—No sólo, Guitton. Desapegado, pero amando y exultando de alegr
amor del Único, y de todos, y de todo.
—El desapego, el pensamiento... El amor no es mi fuerte. Pero com

bien el concepto del amor.
—¿Y la experiencia?
—Otros han amado así. Es un hecho. Quedan documentos. Los estu
—Guitton, ¡sea un hombre de deseos!
—Soy un viejo jansenista. Me da vergüenza amar. Sin embargo, pie
hubiera sido bueno que amase. Y busqué un Maestro que me enseñ
así. En todo el universo y en toda la historia, sólo encuentro a Jesu
—Pero todos los cristianos piensan así. Y no todos son católicos. M
que decir por qué es católico.
—Amar realmente es estar unido a Cristo siempre vivo y llamamos
enjambre de abejas espirituales ávidas de la miel del amor divino.
—El cuerpo de Cristo. Usted y yo siempre hemos amado a san Fran
Sales. Guitton, dígame por qué es católico.
—Pero, Santo Padre, acabo de decírselo.
—No ha revelado usted el fondo de su pensamiento. Lo sabe usted.
dio sus razones para creer en Dios: son excelentes. A Bergson le dio
para ser cristiano: hubiera preferido otras, pero, en fin, las que dio
suficientes. Las razones que me ha dado a mí para ser católico no v
Son razones suplementarias para ser discípulo de Cristo, no para se
de la Unam Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam. ¿Sería u
católico sin razón?
—No, Santo Padre.
—¿Por qué disimula usted?
—...
Nunca antes habían osado hablarme así. Pero, en fin, era el Papa. E
hay nada por encima del Papa. Salvo Dios, claro está. El Papa prosi
—La santa que me envía me ha encargado que le transmita este me
dijo: «Santo Padre, conténtese usted con repetirle a mi amigo Jean
palabras de Nuestro Señor: Aquel que se avergüence de mí ante los

73
avergonzaré de él ante mi Padre celeste. El que me haya reconocid
reconoceré ante mi Padre que está en los cielos». Y añadió: «Pregú
qué es católico. Comprenderá». Es por lo que, cumpliendo ante uste
querido y muy estimado amigo, este ministerio de salvación, le he
hago de nuevo, por última vez, esta pregunta suprema: «¿Por qué e
católico?».
—¿Es usted católico por rutina, pereza, costumbre, comodidad?
—No.
—¿Por pasión política o social?
—No.
—¿Por nacionalismo?
—¡Pero bueno!
—¿Es capricho o vanidad?
—Tampoco.
—¿Ser católico es un añadido innecesario a su ser cristiano?
—No.
—¿Es, pues, para usted una cosa esencial y una adhesión reflexiona
por motivos espirituales, intelectuales y morales? —Sí.
—¿Conoce usted esos motivos?
—Sí.
—¿Cuáles son?
—Tengo miedo de confesarlos.
—¿Por qué?
—Me da vergüenza delante de los demás, delante de la gente.
—Dígamelos. Los recibiré como secreto de confesión. Nunca nadie
74
—Santo Padre, lo confieso... Soy católico... porque... porque... No,
—Pero bueno, Guitton, ¿confía usted en mí?
—Sí. Santo Padre, pero yo no tengo confianza en mí mismo. Nunca
confianza en mí. Todo el mundo se imagina que desbordo de confia
Pero no es verdad. No tengo ninguna confianza en mí.
—¿Cuáles son esos motivos?
—No puedo confesarlos.

—Pero bueno...
—No, es peor que tener que confesarle desviaciones sexuales.
—¿Incluso si lo fueran? Crea en la misericordia y libere su corazón
—No, es peor que tener que contarle trapicheos o malversaciones. I
insista, mi respuesta es no.
Pablo VI no respondió nada. Tras un rato, dijo simplemente:
—Amigo, está usted agotado, descanse, volveré.
Di un brinco:
—Por desgracia ya no habrá tiempo. Quédese, Santo Padre. Y sobre
quédese hasta el final. ¿Tengo que beber el cáliz si quiero ir al cielo
—Sí.
—Entonces prométame quedarse hasta el final. Prométalo. Tengo d
bautizado como usted. Poco importa que sea usted Papa, es usted a
sacerdote, y yo soy un moribundo, soy un pobre tipo medio conden
es usted mío, me pertenece usted como el pan sobre la mesa, me ha
su vida. ¡Prométalo, Montini, prométalo!
—Lo prometo.
—Aunque le eche con insultos.
—Lo prometo.

—Aunque blasfeme.
—Lo prometo.
—¡Ah! Santo Padre, es peor que si tuviera que confesar traiciones y
—Recemos.
Rezó. Yo pensaba.
—Pero bueno, Guitton, en lo que usted me va a decir no puede hab
malo.
—Sé que a los ojos de Dios no hay nada de malo, pero a los ojos de
¡es lo peor de todo!
—¿Va a morir dentro de tan poco tiempo y aún se preocupa usted d
piensan los hombres?
—¿Cree usted que tendría miedo al juicio de Dios si no me preocup
los hombres?
—Atrévase a hablar. Para entrar en el Cielo hay que vencer ese mie

—Santísimo Padre... soy católico... porque... es la única religión... e
dijeron... que había... ¡Oh!
—¿Qué le pasa?
—El corazón...
—¿Quiere usted descansar?
—Voy a tener toda la eternidad para descansar. Así que, ¿para qué
este soplo de vida?... No es nada. Estoy mejor. No me deje usted. M
usted... Sí, estoy mejor... ¿Qué le decía a usted?
—Que el catolicismo es la única religión en la que le han dicho que
—Sí. Que había que... ¡Oh!...
—¡Por favor, acabe!
—Obedecer.
76
Roto por el esfuerzo, estuve a punto de caerme de la silla. Pablo VI
rápidamente y me sostuvo. Le dije al oído, en un susurro:
—Sólo a usted podía confesarle esto.
—Porque soy Papa.
—Sí, porque es usted Papa. ¿Cómo sabía usted que sólo lo podía co
Papa?
—El Papa comprende el misterio del papado.
—Montini, al convertirse usted en Pablo VI, Dios constituyó su ser
en testigo del misterio de la obediencia. No sólo una obediencia int
Sino una obediencia exterior a un hombre como nosotros, a un hon
usted, Montini. Y no a una autoridad instituida por nuestros conver
una autoridad establecida por Dios, depositada en hombres no eleg
nosotros, sino llamados por Dios.
—Y frágiles, y pobres, Guitton.
—Fue usted detestado, Santo Padre, a causa de esta obediencia. Un
reconocerán que sirvió usted a la vida humana.
—La vida humana. Sí, el Papa debe anunciar la buena nueva de la
es buena. Obedecer, no como esclavo, sino como hijo de Dios. Para
de estos tiempos ésta es la cruz que crucifica. La cruz que salva. La
libertad.
—La puerta de la libertad absoluta.

—Guitton, ¿por qué detestamos obedecer?
—Le responderé como Spinoza. Los hombres son felices cuando se
superiores o tienen la impresión de convertirse en ello. El que obed
imagina lo contrario. Está por definición por debajo y tiene la impr
a menos. Por tanto, está triste. Por tanto, detesta la causa de su tris
destruirla.
—Es matemático.
—Geométrico.
77
—Sin embargo, hay que obedecer cuando queremos vivir en socied
—Los hombres, Santísimo Padre, inventaron la solución para conci
propio con la obediencia. Les basta imaginar que obedeciendo a los
obedecerían a sí mismos.
—¿Y cómo se opera tan bello milagro?
—Se les dice a todos y a cada uno de ellos que son el jefe, el rey, el
actores de las leyes que los otros hacen y que los dirigentes no son
ministros de la voluntad del pueblo.
—¿Y todos creen eso?
—Un cierto número. Son como los cornudos que no quieren ver na
sufrir delante de la verdad, más vale creer en una ilusión.
—Ya no obedecerán más.
—Al contrario, obedecen mucho más. ¿Cómo quiere usted que un h
Estado responsable no sea demócrata hoy día? La democracia es la
máquina que hace obedecer a los hombres. Sin ella, es la anarquía.
—O la dictadura. Guitton, soy más demócrata que usted.
—Sé que era usted democristiano. Su padre lo era, mis padres tamb
Santo Padre, todo eso ya no existe.
—Eso existirá.
—Tal vez, pero sin mí, aunque me da igual. Lo que sé es que el mu
nunca ha sido tan oligárquico. Cuanto más se unifica, más tiene qu
ahí que tenga que ser cada vez más democrático, para estar aún má
—¿Es usted autoritarista?
—Al contrario. Me horroriza estar gobernado como todo el mundo,
también me horroriza que me tomen por un ingenuo, salvo si eso m

engañar.
—Furbo, furbissimo. Parece que fuera Maquiavelo.
—Con sesenta años, Santo Padre, creía conocer la política. Me enco
78
presidente Mitterrand y comprendí que era un ingenuo. Él rehízo m
—Y parece que lo consiguió por encima de todo pronóstico. Pero si
Pedro no le preguntará sobre sus opiniones políticas. Dígame más b
obedecer es para usted una razón para ser católico.
—Supongo que soy una persona correctamente informada de lo que
catolicismo. Ésta es una religión que declara dirigirse a hombres lib
llamarlos al más elevado grado de la libertad. Pero en el momento
desarrolla en ellos el amor por la libertad, hela aquí que se pone a l
obediencia a Dios. En el momento en que hace crecer en ellos la est
humano, les habla de renuncia y de sacrificios. En el momento en q
poder de la razón, les pide la obediencia de la fe. Desarrolla la cond
dignidad y les predica la humildad. Los aficiona a la alegría y los ll
felicidad más alta. Rehabilita la mujer, el amor humano, el cuerpo,
mismo, y les enseña a ser puros. Le dice al hombre que es grande y
rodillas ante Dios. ¿Es realmente esto el catolicismo?
—Es esto, en efecto.
—¡Pues vaya! Yo que he enseñado veinte años en la Escuela Superi
he formado a todos nuestros generales y escrito La Pensée et la gue
que semejante mensaje, Santísimo Padre, es contrario a todos los pr
—Explíqueme.
—Si quiere que la gente obedezca a Dios, no le hable nunca de libe
que se dominen, dígales que el placer es un pecado, y que además t
pecado, luego que lo esencial está en otra parte y que ya no vuelva
cerca. Si es que les habla de libertad, aprenda a soltar un poco las r
manipular por debajo. En una palabra, ¡sea usted político, lea a Ma
no, le repito que su mensaje, tomado en su integridad, contradice to
reglas de la retórica, todos los principios de la estrategia, todas las
táctica, todas las recetas/fórmulas del márketing, todas las leyes de
comunicación eficaz.
—Tengo que dar testimonio del amor.

—Lo sé. ¡Pero qué ausencia total de estrategia! Santo Padre, ¿se da
de lo difícil que es lo que usted dice?
—Jesús no es fácil.
79
—La gente ya no quiere hacer sacrificios.
—Es lo mismo que decir que ya no quieren la felicidad.
—Dicen que están igual de felices así.
—Si se trata de ser felices sin Dios, los hombres no me necesitan. E
servicio de Jesucristo y de su felicidad.
—Sigue siendo usted el mismo. Por otra parte, no lo es usted. Es el
es siempre el mismo. También Dios es siempre el mismo. Incorregil
mismo. ¡Bueno! Vea usted, por eso soy católico. Su Santidad me pe
tan directo. Y vea usted que no hablo desde el punto de vista de un
convencido. No. Me pongo en el lugar de un observador externo. C
muchos, ya lo sabe usted, les cuesta comprender esta u otra toma d
que no les impide mostrarse imparciales y objetivos. Hablo aquí de
de vista de esta gente. Pues bien, digo que, para todo espíritu de es
razona fríamente, sólo hay tres hipótesis posibles: o el Papa es idiot
o hay en él algo inexplicable y, en sentido propio, misterioso.
—¿Por qué?
—Lo repito, Santo Padre: analice este mensaje católico, en todos su
Exalta la razón, la libertad, la crítica, y le pide la fe, el sacrificio de
aceptación de misterios impenetrables. Su moral es sublime pero di
marcha una dinámica general de liberación, pero mantiene su disci
donde la autoridad viene de arriba. Predica la felicidad y el desarro
a la vez que muestra a Cristo en la cruz. Esta sarta de imprudencias
contradicciones es única en el mundo. Es como si quisiera conducir
pisando a la vez y a fondo sobre el acelerador y el freno.
Pablo VI sonrió.
—Lo que llama usted el freno, Guitton, es la palanca de mando. Ha
ella para despegar. Y las contradicciones que usted señala se resuel
amor de Cristo.
—Bien lo sé. Y por eso volvemos otra vez al único milagro, que es e
—Habla usted como filósofo. Personalmente, tendría otras razones,

Sagrada Escritura. Y le escucharía durante largo tiempo aún. Pero e
apremia. Le ruego que resuma y concluya, aún tengo algo que deci
80
—Sea. Santo Padre, su historia no puede funcionar. El éxito sería co
leyes de la naturaleza humana. Ahora bien, funciona a trompicones
perdura. Cada siglo se oye decir que va a caer y se mantiene. Es inc
cada siglo dicen que no es como en siglos anteriores, que esta vez e
y que la Iglesia no saldrá de ésta. Y se sale siempre con la suya. Ech
al siglo XX. El comunismo iba a enterrarla. Todo el mundo lo decía
materialismo era imposible de superar. Recordará usted que todo e
decía eso. Yo también me esperaba lo peor, en Europa y fuera. ¿Qu
Iglesia enterró al comunismo. Y pasará lo mismo, ya verá, con el lib
se cree eterno. Desde el punto de vista humano, nadie sensato inve
cuarto en las acciones «catolicismo». Hoy día uno dice: el consumo
a barrer a la Iglesia. Pues bien, yo no creo nada de eso. Pasará otra
qué. Se lo digo: inverosímil. Toda esta historia es increíble. La únic
comparable por su inverosimilitud es la historia de Israel. Y las dos
confirman.
—Le encuentro triunfalista, Guitton.
—¡Es todo lo contrario, Santo Padre! Veo crecer indefinidamente u
en circunstancias normales tendría que caer a cada instante. Tiemb
instante. A cada instante respiro.
—Serénese. Jesús está aquí.
—Sin hablar de los pequeños aspectos. Cuando uno vive un tiempo
Santo Padre, o se vuelve ateo o se ve forzado a creer, duro como el
catolicismo.
—Pasemos y terminemos ya con ello. ¿En una palabra, Guitton?
—El catolicismo es un enchufado. No tengo nada más que decir.
—Aquí nos quedamos.
—Santo Padre, ¡si supiese usted lo que me cuesta aceptar pasar por
para llegar a Dios!
—La fe es esta aceptación de la mediación humana. Ahí está la clav
de amor.
—¿En una palabra?

81
—Lo que hay de menos perfecto en el orden del conocimiento hum
lo que hay de menos noble en el orden de la acción libre: obedecer
camino de la perfección del amor.
—La humildad, camino de verdad que lleva a la vida.
—È così.
Me puse a llorar.
—Bendito sea Dios —dijo Pablo VI—, por las lágrimas del pecador
convierte.
—Se está equivocando —le dije rápidamente—. No lloro mis pecad
rabia.
Me miró con una mirada que decía: ¿Y ahora qué es esto?
Le apostrofé.
—Cuando hayan leído lo que acabamos de decirnos, ya nadie quer
libros. Mi obra ya no servirá para nada. Mi nombre caerá en el olvi
—¿Cómo sabe usted que esta conversación será escrita y leída?
—Lo sé. Todo se sabe. Y además todo es tan extraordinario esta no
no seré yo profeta?
—Y yo también, yo lo soy.
Entonces Pablo VI alargó las manos en un gesto sacerdotal y dijo:
—En nombre de Dios, te lo declaro. Jean, porque has testimoniado
se ha vuelto penetrable al amor divino y tu nombre no será borrad
memoria de los hombres.
Y me puse de nuevo a llorar. No me preguntó por qué.
Cuando terminé de sonarme, Pablo VI prosiguió:
—Maestro, sin duda he venido a saludar en sus últimos momentos
gran mente y servidor de la fe. También he venido para asistir a un
doloroso paso. Pero antes que nada soy sacerdote. Usted mismo me
82
amor de Dios me fuerza a abrir para su salvación mi alma sacerdot
respóndame, ¿su vida ha sido un éxito?
—Su Santidad, es Dios quien me lo va a decir.
—Guitton, no hable como si ya estuviese muerto. Su tiempo no est
Hasta el último momento la balanza no se inclina ni de un lado ni

—He trabajado cien años para Dios. Le he dedicado todos mis esfue
conseguido saber y creer. He escrito cincuenta libros para explicar
que he conocido.
—¿Pero ha dado usted fruto?
—Le digo que he publicado cincuenta libros.
—Lo sé, los he leído. Pero, en nombre de Dios, ya no se trata de fe,
—Muy Santo Padre, ¿para mí es aún tiempo de amar?
—Siempre es tiempo para el que está en el tiempo.
—¡Desgraciadamente! Si he perdido cien años, ¿cómo puedo espera
últimos segundos?
—¿Cómo? Déjeme que le cuente. Un joven se había suicidado. Su m
dolor, hizo un viaje hasta el pueblo de Ars, donde por entonces esta
párroco Jean Marie Vianney, el cura de Ars. Confesaba desde la ma
noche. La Iglesia estaba llena de gente que esperaba su turno. La m
y se puso a llorar. Pasaron seis horas. Le llegó el turno. Se acercó al
confesionario, se arrodilló en el compartimento del penitente. La re
través de la vidriera pasó un rayo de luz. Vio el azul de los ojos del
azul. No tuvo tiempo de decir nada. El santo le susurró en el corazó
salvado». «¿Cómo es eso posible?». «Entre el muro del puente y la s
agua, hay un sitio para el arrepentimiento».
—Muy Santo Padre, ¿qué es el arrepentimiento?
—En una palabra: amar.
—Casi nunca he tenido tiempo de amar. Tenía que pensar, creer y s
Reflexionar. Saber siempre mejor, creer siempre más sólidamente. N
vida. Siempre posponía el amor al día siguiente. Y la oración.
83
—Hoy es cuando hay que amar.
—¿A Dios le gustan los restos?
—Dios ama lo último.
—Estoy tan lejos del amor divino.
—Es usted el san Jean del Último Extremo. Vengo del Cielo para pl
—He luchado, he estudiado, he creído y he sabido. ¡Ah! ¡Montini!
—¿Qué le pasa?
—El corazón... Ya estoy mejor... Santo Padre, creo que ya no le ten

amor.
—Diga: «¡Dios mío, te amo!».
—Dios mío, sé que tu santa religión es verdadera.
—No se trata de eso, Guitton. Diga: «¡Dios mío, te amo!».
—«Dios mío, creo firmemente en ti».
—Por Dios, Guitton, repita detrás de mí: «¡Dios mío, te amo!».
—No lo conseguiré jamás.
—Jean, ¡ábrete!
—Estoy cerrado.
Pablo VI alzó las manos al cielo y gritó con fuerte voz:
—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!
—El nombre de mi Salvador ha sido pronunciado sobre mí por su s
y de pronto mi alma se ha licuado. Hablaré a Dios en este último in
—¿Y qué le dirá?
—¡Dios mío, te a... Ah...!
84
Así morí, en los brazos de Pablo VI. Cuando sintió que me caía, am
caída y me tumbó, con bondad y respeto, sobre la bella alfombra vi
los ojos, y luego se arrodilló a mi lado. Rezaba. Marzena entró y lan
NOTAS
1
«Astuto, astuto, astuto —muy astuto».
85
SEGUNDA PARTE
MI ENTIERRO
86
MI ÚLTIMO VIAJE A TOLEDO Y MI ENCUENTRO CON EL G
Había entrado en una sala amplia, que parecía un gran corredor. Se
todo un gran muro, recubierto por un velo. Sobre una consola, un t
derecho hacia el muro, me detuve ante el velo, silencioso, alargué l
quitarlo, dudé. Me puse a hablar a media voz, completamente solo.
—Me encuentro más que nunca suspendido entre el tiempo y la ete
curioso es este momento que corre entre la muerte y el juicio!
Pensaba. Pero resulta que me puse de nuevo a mascullar.

—El ángel de la guarda me ha dicho que prepare mi defensa. Pero
muere con cien años ya no tiene nada que preparar. Sé muy bien lo
dentro de un rato. También me aconsejó rezar. Siempre hay gente
que tienes que hacer, no dicen nunca cómo. No he rezado nunca m
pensar, pensar en Dios. Me han dicho cien veces que no era lo misn
para ellos no es lo mismo, no piensan, o lo hacen poco. Pero yo no
sin pensar. Cuando empiezo a pensar, siempre termino rezando. Pe
empiezo por rezar a secas, ya no pienso y me duermo. Nunca he co
saber si yo era demasiado místico o no lo suficiente. ¿Soy místico o
poder de contentarme con el pensamiento único de las cosas de Dio
poco tendré la respuesta, sobre eso y muchas otras cosas. Anda, a n
no se rehace. Además, como estoy libre de los lazos del cuerpo, he
venir aquí en un abrir y cerrar de ojos sobre las alas del alma, con
de pensar de nuevo sobre la cosa más sublime del mundo. Pero me
atontado delante de un velo e intimidado como siempre para poder
¿Quién podría ayudarme?
Entró un hombre con ropas castellanas del siglo XVI. Lo llamé.
—Caballero, me gustaría mirar detrás de este velo.
Sin pronunciar palabra, el hombre se acercó, quitó el velo, que cub
cuadro, y dio dos pasos hacia atrás. Me encontraba realmente en To
87
la obra maestra del Greco, El entierro del conde de Orgaz. Contemp
palabra. Mis miradas iban de la tierra al cielo y del cielo a la tierra
que había corrido el velo rompió el primero el silencio.
—¿Es la primera vez que viene a Toledo, señor?
—¡Oh no! La primera vez fue en 1924. Tenía veintitrés años. Ya vi
entierro del conde de Orgaz. En esa época la sala no estaba ilumina
día. El cuadro estaba inmerso en la oscuridad. Para verlo, había qu
una pequeña lámpara. Me veo de nuevo entonces. A la luz de la lla
humo luminoso, entre los reflejos de latón, descubrí la tierra y los
cielo y los ángeles, y el alma del conde que subía de la tierra al ciel
del tiempo a la eternidad y de la eternidad al tiempo, como los áng
de Jacob, que suben y bajan por una escalera tendida de la tierra a
la Virgen me acogía. Abajo, había un extático en oración. La armad

era tan fría como su rostro de piedra. Un obispo con casulla de oro.
tenían la gravedad de los misterios más augustos.
—¿Por qué evocar ese recuerdo?
—En aquellos tiempos nadie podía abrazar con una sola mirada toc
Teníamos que ir de un sitio a otro y a veces razonar para recompor
gracias a la imaginación. Hoy se me ofrece todo entero y de un solo
imagen de la diferencia entre nuestro conocimiento de aquí arriba y
tiene allí abajo.
—Guitton, ¿le gusta ver?
—Cuando vivía en el tiempo, no me gustaba ver. Prefería haber vis
prefiero ver. (Pausa.) Es curioso, le hablo desde el más allá y le par
Además, está usted vestido extrañamente. Estamos en el siglo XXI.
¿Quién es usted?
—Soy el Greco.
—¡Es usted el Greco!
—Tan real como usted es Jean Guitton. Le entierran en París y está
juicio. Me cae simpático. Y como vino usted a Toledo, he vuelto pa
compañía. ¿Qué hace usted aquí?
—Greco, he venido a Toledo con un solo objetivo: contemplar su ob
88
En el momento en que me entierran en mi país, he venido a España
mística y espiritual, a contemplar la verdad eterna de ese instante d
Sólo usted supo expresar el misterio de ese momento que transcurr
muerte y la hora del juicio.
—También usted, Guitton, es pintor de la eternidad.
—¡Oh! Greco, no hay punto de comparación.
—Sin embargo, pintó usted y me gusta lo que hizo. ¿Por qué pintab
—He pintado y he escrito. Cuando había escrito mis páginas tenía l
de que no había dicho nada y hubiera hecho mejor callándome. En
el pincel y le encomendaba la tarea de ir allí donde la pluma no ha
llegar.
—Y a mí, cuando mi pincel temblaba por haber conseguido llegar a
del misterio, me hubiera gustado poder filosofar. Qué felicidad hub
para mí adquirir la inteligencia de lo que yo hacía tan sólo por trab

instinto.
—Por genio.
—Por gracia, Guitton, por gracia.
—Tenía usted el genio de dejar al Espíritu de Dios reposar como Se
Todopoderoso sobre la fecundidad de la naturaleza de usted. Conse
sus propósitos. Seguía usted sus inspiraciones. Y se quedaba usted c
esa belleza admirada por todos, salida de sus ojos y de sus manos, c
Virgen Madre en la adoración de los Magos.
—Guitton, ¿qué es el dibujo?
—La derrota del tiempo, el honor del espacio.
—Veo que entiende de estas cosas y que nuestros pensamientos son
La pintura, en el siglo XX, ha olvidado el dibujo y desprecia el espa
renacimiento lo había absolutizado demasiado. Bastaba con relativi
también, Guitton, ha relativizado el espacio, sin anularlo.
—No he hecho más que imitarle, y es tal la diferencia que toda idea
ofende. El espacio ideal y puro, en su estabilidad estática, es una ci
89
de la eternidad. La forma de las cosas es el símbolo de la verdad et
forma y el espacio no son la sustancia y no son divinas. No son más
imágenes. Sin embargo, sin ellas no podemos pensar en lo que las s
—Así, pues, nuestro arte, Guitton, respeta la dignidad de las formas
sacralizar la perspectiva, sin ser esclavo de las medidas, sin idolatra
geometría.
—Greco, ¿qué es el color?
—Mire la armadura del conde, el manto de la Virgen, la casulla del
mundo sensible es la luz cristalizada, su sustancia es irradiación. El
gloria de la luz.
—Palabras misteriosas. Yo las he pronunciado alguna vez, como fór
sacramentales. Pero, ¿qué significan?
—Tendrá que comprenderlas antes de poder entrar en el paraíso. P
enviará un ángel y comprenderá.
En esos momento sonó el teléfono. El Greco descolgó.
—¿Diga? Aquí el Greco. ... Sí, aquí está. ... ¿Inmediatamente? ... Co
Hasta pronto.

Colgó. Se dirigió a mí:
—Le llaman a París.
—¿Ya? Bueno. Estaré allí en un segundo. Adiós, maestro. Siento mu
que dejarle tan rápidamente. En todo caso, gracias por haber venid
sostenerme en estas circunstancias.
—Todo el placer fue mío. Cuando esté en el cielo, venga a hacerme
Vivo en un pequeño monasterio que bordea el barrio de los artistas
Continuaremos con la conversación.
90
CÓMO ME INSTALO EN LA TRIBUNA DE LOS INVÁLIDOS, A DE SEGUIR MÁS CÓMODAMENTE LA CEREMONIA DE MI FUNERAL
Ya en París, me fui corriendo a los Inválidos, donde tenían lugar m
Me instalé en el fondo, arriba, en la galería, a una cierta distancia d
Desde allí podía ver todo el espectáculo de la nave central. Mi ánge
allí. Me trató con frialdad.
—Fui yo el que le llamó urgentemente. Le estábamos buscando por
El reglamento prevé que los grandes de este mundo tienen que asis
funeral, antes de ser juzgados. No, sin excepción. Forma parte del e
faltado poco para llegar tarde. Por fin está usted aquí. El coche fún
entrar en el patio de los Inválidos.
—¿El general gobernador de los Inválidos?
—Está aquí.
—Bueno. ¿Y el aparato militar?
—Un destacamento del XII de cazadores venidos de Clermont-Ferra
rendirle honores.
—¿Un destacamento? ¿Cuántos?
—Veinte hombres.
—¿Nada más?
—Puede que menos.
—Es increíble. ¡Me tratan de cualquier manera! ¿Y la Mariscala de
aquí?
—Fiel a su puesto.
91

—Bien. Naturalmente, será el cardenal Lustiger el que celebre la m
—No, no. Es el obispo auxiliar, mons. Vingt-Trois, un amigo suyo,
—Un amigo, es evidente, un amigo. ¿Pero dónde está el cardenal?
—En Roma. En el sínodo.
—¡No me diga! ¿Y qué sínodo, si no le importa?
—El sínodo mundial de los obispos, sobre la economía política y su
con la moral y la espiritualidad cristianas.
—¿Quién le habrá mandado meterse en ese lío? No tiene ni idea de
política. (Yo tampoco, dicho sea de paso.) No, tiene que haber otra
France está seguramente en huelga.
—Nada de eso.
—Entonces, es inaudito. ¿Y los políticos? Chirac me prometió venir
—Está en Yakarta. Ha enviado a su mujer:
—Rezará más que él. ¿Y el Primer Ministro?
—En Ottawa.
—¿Y el antiguo ministro del Interior? Ésta me la debe, estuve a pun
morirme de frío en las exequias de su padre.
—No lo veo.
—Al menos habrá enviado a su mujer.
—Me parece que no.
—¡Qué ingratitud! Ni su mujer. Es inaudito. ¿Qué escribe usted?
—Nada. Mis impresiones. Al menos tiene usted al antiguo secretari
de Sanidad.
—¡Bah! ¿Quién es?
—Gaymard.
92
—No lo conozco.
—Archicatólico. Un tipo excelente.
—Sin duda, pero, ¿qué edad tiene?
—Treinta y cinco años.
—¡Un jovenzuelo! Un antiguo ministro. Un obispo auxiliar. Menos
rezagados. Es increíble. Decididamente, lo habré sufrido todo. Todo
—Acaba de llegar el secretario perpetuo de la Academia Francesa,
reemplazado a Druon.

—¿Qué escribe de nuevo?
—Nada, nada. Mis impresiones. La Academia parece estar al compl
—Sería el colmo. ¿Ve usted a Green?
—Sí, está en la primera fila a la izquierda.
—¿Dormita?
—No. Está castañeteando los dientes.
—Siempre se ha portado muy bien conmigo. ¿Y Senghor? —No lo v
Ahora cállese. Su féretro sube por la nave central. Y deje de poner
Aunque haya huecos abajo, arriba no le faltará la alta sociedad. An
quién viene.
93
DONDE SENGHOR SE REÚNE CONMIGO EN LA TRIBUNA D
INVÁLIDOS Y DONDE CONTINÚA MI ASOMBRO
—¡Cómo, Senghor! ¿También ha muerto usted? ¡Qué desgracia, qu
amigo!, ¿de dónde viene?
—Estoy vivo. He subido por las escaleras.
—¿Y cómo puede ser que podamos conversar?
—Sea sencillo, Guitton, tome las cosas como vienen. —Vayamos a
¿Quién me sucede?
—¿En la Academia? ¿Le interesa?
La pregunta me chocó. Me trataba como si estuviera muerto, cuand
estaba enterrado. Le respondí, picado:
—Es normal, ¿no? Antes que nada, tranquilíceme. ¿No irán a elegir
católico?
—Sería lo lógico. Piensan en un filósofo católico.
—Ridículo. No se reemplaza a Guitton, con lo cual no se le sucede.
cosa. Sobre todo, Senghor, vote a un ateo.
—Guitton, siempre me ha gustado su sentido del humor.
—Hablo muy en serio.
Senghor estaba risueño. Me dijo, secándose los ojos:
—Cuénteme más bien lo que es estar muerto.
—Es mucho menos interesante que estar con vida.
—¿Y el paraíso?
94

—Ya veremos, ya veremos. De momento, no pienso en ello.
—Bueno, el clero entra, tengo que bajar.
—¡Oh no! Quédese un poco más, Senghor. Me empieza a sentar bie
usted en este momento?
—Estoy preocupado.
—¿Por su salud?
—No, por África.
—¿Se preocupa usted por ella?
—Es una pasión de amor. Guitton, ¿qué piensa usted de África?
—África es el continente del futuro.
—¿Del próximo siglo?
—Nunca hay que dar una fecha. Del futuro.
—¿Por qué lo cree usted?
—Es mi maestro en política el que me lo ha dicho.
—¿Su maestro en política? ¿Quién es?
—Secreto de Estado, Senghor, secreto de Estado.
—¡Demonios! ¿Y qué decía ese gran Desconocido?
—Así hablaba: «Mire la Galia después de la descolonización roman
político. Regresión económica. Situación sanitaria difícil. Ausencia
Pero, en el orden de las cosas invisibles, la cristianización hace cre
del pueblo unas raíces que llegan a lo más profundo del ser. La cult
de los grecorromanos está en vías de asimilación. Una renovación
prepara, traída por el flujo creciente de la barbarie. Naturaleza pod
sólida, vida familiar, evangelización en profundidad: precioso abon
los árboles grandes. Las circunstancias conducirán un día a la estab
política. Entonces África entera será una fuente creadora de imprev
novedad».
95
—¿Dijo eso?
—Me lo dijo hace ya varios años.
—Y usted, Guitton, ¿lo piensa o me refiere estas declaraciones para
—Señor presidente, aun suponiendo que alguna vez me hubiera ser
inclinado a ello, ¿cree usted que esté en situación de contar pampli
—En efecto. Adiós, Guitton. Nos volveremos a ver en el Cielo.

—Sí, sí, es posible.
—Ahora usted cree en la vida eterna.
—No me queda más remedio.
—¿Le tiene miedo al infierno?
—No. Tengo miedo a ser olvidado.
—Todos los santos piensan en usted. Mire, todos sus verdaderos am
por usted.
Me incliné para mirar la nave central.
—Es verdad, todo el mundo parece estar pensando en mí. ¿Pero qu
periódicos?
—El Papa ha enviado un mensaje de pésame a su familia y otro al p
la República.
—Eso está muy bien.
—Ha tenido usted la gloria, Guitton.
—No, Senghor, la gloria no, sólo la celebridad. Créame, no tiene na
La gloria, por definición, se tiene cuando uno está muerto y ya no p
por teléfono. Cuando uno ya no da miedo, cuando uno ya no puede
nuevo al ascensor. En esos momentos, su obra debe arreglárselas el
sobrevive, entonces sí, es la gloria. Nadie puede saber al estar en vi
la gloria. ¡Es lo que siempre me ha hecho sufrir!
96
—De todas maneras, Guitton, ya no es en esa gloria en la que hay q
—Es evidente. ¿Sabe por qué, en el fondo, me ha gustado tanto la f
—Porque dudaba merecer la gloria.
—¿Quién se lo ha dicho?
—La sabiduría africana.
—Así que tal vez el gran Desconocido tenía razón.
—¿Lo duda, pues? Adiós, Guitton.
—Le saludo, señor presidente.
Y bajó a helarse en la nave central.
97
CÓMO DE GAULLE Y YO MEDITAMOS SOBRE EL MAL Y OT CUANTOS TEMAS
En ese momento entró De Gaulle, de uniforme, la aureola alrededo

que sujetaba bajo el codo izquierdo.
—Pero bueno, Guitton, ¿así que también ha muerto usted?
—Sí, mi general, y me siento muy honrado de verle en mis exequia
—Siempre me ha gustado el barrio de los Inválidos.
Lanzó hacia abajo una mirada apagada.
—¡Vaya, lo que le inciensan!
Y luego:
—En qué circunstancias nos volvemos a ver.
—Sí, mi general. Y fíjese usted en que nos volvemos a ver. Cuando
despedimos, la última vez, no estaba usted seguro de ello.
—Me acuerdo de esa conversación. Hace ya más de treinta años, u
de que dejara el poder por última vez.
—No estaba usted seguro de sobrevivir, salvo en la memoria de los
—¡Y ni eso!
—¿Por qué dudaba usted de la inmortalidad?
—Es que, si yo hubiera sido Dios, no hubiera hecho al hombre inm
—Dios no está obligado a pensar como usted.
—Me decía a mí mismo que el hombre no valía la pena.
98
—En su opinión, ¿por qué no fue usted al infierno?
—Por el mismo motivo. Dios no piensa como yo.
—¿Le habla usted a veces de ello?
—Ya no. He terminado por acostumbrarme. ¿Y usted, Guitton? ¿Ti
ir al infierno?
—No lo pienso.
—No irá porque es usted un gran político. Dios ama ese tipo de ho
—¿Por qué los ama?
—Porque nadie los ama. A fuerza de no ser amados por nadie, llega
que no tienen quien les ame, excepto Dios.
—¿Qué se reprocha a los grandes políticos? ¿Ser políticos?
—No. Ser grandes.
—Mi general, ¿por qué dice usted que soy un gran político?
—Porque fue partidario del mariscal Pétain y ha conseguido hacerl
un gran arte. Y, sin embargo, le degradaron en la Liberación, le pro

enseñar filosofía, como un colaborador de los nazis.
—Fue una injusticia monstruosa, mi general, y además un absurdo.
—Lo mismo cabe decir del día a día de la humanidad.
—¡Pasé la guerra en un campo de prisioneros dando conferencias d
las repetí después en la Sorbona durante veinte años!
—Lo sé, pero hablaba usted bajo un retrato del mariscal Pétain.
—Bajo un retrato del mariscal, lo reconozco.
—Que se negó usted a descolgar.
—Sí, hasta el final.
—¿Hasta el final?
99
—Hasta el final.
—Comprendo que le pusieran de patitas en la calle.
—No quise ceder. Soy fiel. Odio bailar al son que tocan. El Consejo
rehabilitó menos de un año después.
—Fue Pompidou quien instruyó el caso en su momento. Me lo cont
—Entonces lo sabe usted todo.
—No. Usted, que tenía tantos amigos en Vichy, ¿cómo es que no ob
alemanes su liberación anticipada?
—¿Es usted, mi general, quien me pregunta eso? La respuesta está
pregunta. Tenía amigos en Vichy.
—Perdóneme, Guitton, desde que estoy en el paraíso, estoy oxidad
Otra palabra más. Usted no era fascista, ¿pero no era usted ligeram
antisemita?
—No más que usted, mi general. Recuerdo una célebre conferencia
1967, en la que abordaba usted el tema.
—Ya que sabe usted lo que pienso de los judíos, dígame lo que pien
—Empecé a aprender hebreo en 1933. En 1935 estuve en Jerusalén
—Es verdad, allí conoció usted al famoso biblista...
—Al padre Lagrange, cuya vida escribí, cincuenta años después, a p
papa Juan Pablo II.
—Al menos responda a la pregunta.
—Siempre me han gustado los hebreos, mi general. Por desgracia, s
mayoría judíos. ¿Qué otra cosa quiere que le diga?

—En resumidas cuentas, Guitton: le gustan los hebreos, no le gusta
—No, también me gustan los judíos, porque hago un esfuerzo para
son hebreos.
100
—¿Y cuando no hace ese esfuerzo?
—Intento hacerlo siempre, mi general. O casi siempre.
—¿Y cuando no consigue usted hacerlo?
—Como usted, mi general. Una mezcla de irritación, de estima invo
parentesco difícil.
—En resumidas cuentas, el sentimiento que siempre he experiment
aquellos que no menospreciaba.
Observó el desarrollo del servicio religioso. Tras lo cual me lanzó:
—Guitton, ¿qué es la cobardía?
Le respondí:
—Buscar la aprobación, no la verdad; la conformidad, no la comun
—Podríamos continuar: la condecoración más que el honor, la carr
el servicio, la moral más que la mística, el establecerse más que la s
innoble.
—Cobardes, mi general, hay de todas las calañas, y de todos los tie
todos los países. De todas las opiniones.
—Yo era conservador, por eso era revolucionario. Era autoritario, p
a la libertad. Los únicos hombres verdaderos de izquierdas vienen d
y recíprocamente. Uno no hace las cosas buenas más que a contrap
—Yo, igual. En la Sorbona era el herético porque era ortodoxo; los
decían librepensadores, eran bienpensantes. Yo soy librepensador,
católico.
—Estábamos hechos para entendernos, Guitton. ¿Pero cree usted qu
comprenderían, abajo? ¿No van a pasar todo esto por alto?
—Mi general, no soy como usted y me pone usted muy por encima
Usted nunca ha halagado a los hombres, prueba de que no los men
tanto como dicen. Yo no he tenido ese valor. En la tierra he adulad
miedo y despreciaba. Y además, he pasado demasiado tiempo justif
ante los hombres.
101

—No lo lamente usted. Yo he escrito cinco libros de Mémoires para
me importaba un rábano su juicio y que De Gaulle no tenía por qué
ante ellos. En el purgatorio comprendí que eso era otra forma de ju
—Quizás mis enemigos tienen razón al decir que sólo hablo de mí.
—Uno puede pensar en sí como siendo todo, y pensar en sí como fo
parte de un todo, un todo más grande que nos supera y al que uno
en cuerpo y alma.
—Mi general, dicen que no he servido más que a mi propia gloria.
—La gloria personal no vale nada. Lo que es bello es ser la cabeza d
cuerpo glorioso, concentrar los rayos y reenviarlos hacia el Rey de
—Sí, habla usted así porque ha estado quince años en el purgatorio
Mientras el general escuchaba la lectura de la epístola, divisé una p
encantadora, cerca de una columna en mitad de la nave. Era Julie d
Hablaba con un anciano de por lo menos noventa y cinco años que
haber visto en algún lugar. Hice un vuelo relámpago y reconocí a J
antiguo alumno de antes de la guerra. Al verlo me quedé.
—Fui su contacto —decía Julie.
—¿Perdón? —se sobresaltó el otro.
—Con la Editorial.
—¡Ah! Me tranquiliza usted.
Ella se rió. Soy extremadamente sensible a la belleza de las mujeres
muy tímido. Cuando comprendo que la relación es realmente platón
relajo y me vuelvo amable, encantador, divertido, irresistible, es de
mismo. Además, escúchenla.
—¡Era encantador y tan espiritual! Los momentos con él eran una v
delicia.
—Siempre le gustó la compañía de mujeres bellas.
—En todo caso, conmigo estaba a gusto. Creo que apreciaba mi cul
usted, caballero, ¿cómo lo conoció?

—Fui alumno suyo, en Khâgne[1], en Lyon. Después de mis estudios
me hice profesor. En el 39 fui movilizado, hecho prisionero en el 4
encontré con Guitton en el Oflag IV-D.
—¿IV-D?

—En Sajonia, a cincuenta kilómetros de Leipzig.
—Debía de ser pintoresco.
—Sobre todo cómodo. No se imagina usted.
—¿Y entonces?
—Le ayudé a escribir su obra de arte.
—Une mère en sa vallée.
—No. L'existence temporelle.
—¿Cómo le ayudó usted? ¿Un diálogo socrático? Debió de ser apas
—No podíamos escribir en los barracones. Demasiado ruido, demas
de cigarillos, continuas molestias... No había más que una solución
—¿Perdón?
—A la turca. Había dos hileras de doce en una sola caseta. Guitton
hacíamos cola el tiempo necesario para poder ocupar dos contiguas
colocaba mi bloc de papel sobre mis rodillas y él me dictaba vocife
el otro lado del tabique.
—Apasionante.
—Cual el tiempo tal el tiento, querida señora. ¡Si supiera todo el pa
emborroné para él!
—Por lo que le conozco, debe de estarle a usted bien agradecido.
—Y pensar que estuvieron a punto de confiscarle el manuscrito poc
liberación.
—¡Qué horror!

—Hubiera sido una pena.
—¡Qué pérdida para la historia del pensamiento! Una problemática
Probablemente el único neoaristotelismo que continúa desde santo
¿Conoce usted Aristóteles?
—Lo he visto una vez. ¿Es el que ha ganado el premio Nobel?
—¡Eh!... No sabría decirle. Sabe usted, la cultura es el recuerdo de
un frasco vacío.
—Pues sí, es lo que queda después de haberlo olvidado todo.
—...
—¡Ah! ¡Guitton!
—¡Pobre, pobre Guitton!

Suspiraron.
Subí volando a la tribuna. El general me esperaba.
—¿Corteja usted a las mujeres bellas?
—En absoluto, mi general. Fui a ver a Janissar, mi antiguo alumno.
—¿Cómo está?
—Envejece mal.
—Vine para hacerle una pregunta y nos hemos desviado. Guitton, ¿
—Es la prueba más fuerte de la existencia de Dios.
—Paradoja. Sea. Explique.
—Un día, Leibniz se prendó de una viuda guapa, joven, rica. La pid
matrimonio. La dama le pidió tiempo para reflexionar. Eso permitió
también a Leibniz y no se casó con ella. Pero, a veces, la echaba de
soltaba una lágrima. Tres años después, se la volvió a encontrar, ya
charló con el marido, comprendió. Se libró de una buena. Ya no llo
—¿Moraleja?

—Espere el final de la historia.
—¿El mal no existe? ¿Ha leído usted Cándido?
—¿Qué quiere que le diga? Espere el final de la historia. Todo está
del más allá.
—El problema, Guitton, es que la gente no quiere creer en Dios a ca
y que no creen en el más allá porque a causa del mal no creen en D
—Es razonar como un tambor.
—Yo no digo que razonen bien. Le digo cómo razonan.
—Por una vez, mi general, es usted el intelectual. Sea práctico. Pen
mal cuando estamos mal. Luego el problema del mal se plantea sien
Para ser racional, hay que tomar distancias. Pero cuando uno puede
todo va bien y ya no pensamos en el mal. De ahí que, en la práctica
mal en el mal, o no pensamos nada en él.
—Buen argumento. ¿Qué hacer?
—No pensar en ello cuando estamos mal y pensar en ello cuando n
mal.
—Lógico. ¿Lo que nos permite esperar el final de la historia?
—Exactamente.

—Pero entonces no pensamos, esperamos.
—Nada de eso. Pensamos mientras esperamos. El problema del mal
plantearse con el del destino. No por separado.
—Dice usted eso porque es católico, no piensa usted de manera aut
—¡Mi general, usted también no! Usted sabe bien que soy católico
librepensador.
—Le estaba pinchando. Continúe.
—Entonces, una de dos. O es el más allá o es la nada.

—De acuerdo.
—Y si es la nada para el hombre, de nuevo una de dos sobre Dios.
dios, o no lo hay.
—Le sigo. Y le adelanto. Si es el más allá para el hombre, entonces
de dos sobre Dios. O existe o no existe. En resumidas cuentas, cuatr
combinaciones posibles. Dios y el más allá, Dios sin el más allá, el
Dios, ni Dios ni el más allá. Hacen realmente cuatro.
—Sócrates no tuvo mi suerte. Sus interlocutores eran buena gente,
Sólo sabían decir: «Sí, Sócrates», «Bravo, Sócrates», «Tienes razón,
menos Calícrates, que se enfurruñaba y no abría el pico. El pobre v
estaba obligado a hacerlo todo. Por eso uno se aburre con Platón.
—Tendría que haber vivido en el siglo XX. Hoy día, cuando uno ab
público, se muere de hambre. Se necesita cambio e interactividad.
—En su época pasaba lo mismo, pero tenía esclavos para alimentar
admiradores dispuestos a aburrirse.
—Volvamos al mal. Vamos, Guitton.
—Caso nº 1. El más allá sin Dios: se admite al mismo tiempo el atei
supervivencia de la individualidad personal.
—Es bastante original. ¿Conoce usted a muchos ateos de ese tipo?
—Depende de lo que entienda usted por ateo, mi general. Primero,
aquellos que no creen en un Dios personal. Pero en conjunto no cre
en el más allá.
—Se puede decir, Guitton, que a ninguno le concierne realmente el
—Es lo que me parece, mi general. Después, están aquellos que adm
Absoluto impersonal y que podemos llamar ateos, en el sentido de

en un Dios personal. Pero éstos no admiten la supervivencia de la p
bien imaginan en nosotros mismos una parte impersonal de nuestro
podría fundirse después de la muerte en el Absoluto impersonal.
—Mientras tanto, creen de todas maneras en la transmigración de l
—No es creer en el más allá. Si usted renaciera en una ballena, mi g

estaría usted en el más allá, que yo sepa.
—Es incontestable. Con lo cual, tampoco se sienten concernidos po
Vamos a encontrárnoslos en uno de los otros tres. Conclusión: el ca
vacío y es puramente teórico. Inútil detenerse en él. Pasemos al nº
—Como usted guste, mi general. Caso nº 2. Ni Dios, ni el más allá.
¿de qué quejarse? Y, sobre todo, ¿a quién quejarse? No hay nadie a
quejarse. Las cosas no tienen ni intención, ni sentido, ni lenguaje. N
mismas ni buenas ni malas, son lo que son y nada más. ¿Dónde esta
—¿Si el león me devora?
—¿Por qué quería usted que le devorase? Si no está contento, mi ge
o enjáulelo. ¿Dónde está el mal?
—Luego, no hay problema filosófico del mal en el caso nº 2, sino u
técnico de seguridad o de analgesia.
—Exactamente. El caso nº 1 carecía de sentido. En el caso nº 2 apar
pero no el problema del mal.
—Sin embargo, se sufre también la ausencia de sentido.
—Fabrique, pues, sentido con la ausencia de sentido. Nietzsche llam
heroísmo. A lo mejor se vuelve usted un superhombre...
—¿Y si le busco otro sentido?
—Es que considera usted que se puede encontrar.
—¿Y qué significa eso?
—Que está usted en los dos últimos casos.
—Convincente. Guitton, esto empieza a ser interesante. ¡Adelante!
—Caso nº 3, mi general. Dios sin el más allá. Esta vez tiene usted a
quien quejarse. ¿Qué bien que no tuviese le pediría usted?
—La felicidad antes de morir.
—Sea usted más preciso. La felicidad antes que la nada. ¿Qué le pa

—Es una idiotez.
—Estoy realmente de acuerdo con usted, mi general. En esta hipóte
más feliz es uno, más desgraciado es, menos en el caso de las avest
amnésicos.
—Entonces, Guitton, ¿qué hacemos?
—Mi general, puede escoger: o Dios es malo y uno se rebela. O Dio
maximizará nuestra felicidad mientras esperamos la nada.
—¿A esto lo llama usted bueno?
—No, mi general. Luego uno se rebela en todos los casos.
—No se lo he hecho decir yo.
—Pero uno se rebela forzosamente al admitir la verdad de las dos h
definen el caso nº 3 (Dios existe, el más allá no).
—Por definición.
—Sin embargo, mi general, me he dado cuenta de que, cuando uno
se hace llamar ateo.
—Diantre, Guitton, a pesar de todo es verdad. Pero razonamos com
campanas...
—Pues sí, mi general. Vuelta al caso nº 2. Y uno no se rebela más.
—Otra vez atrapados. Espere. Supongamos que uno se diga agnósti
—Si así lo quiere, mi general. Veamos lo que nos da.
—Yo lo veo muy bien. Uno se abandona a una revuelta hipotética c
existe. Es como si uno fuese a manifestarse bajo las ventanas del ca
acaso hubiese un rey dentro.
—Ante este tipo de manifestación, mi general, usted habría conserv
Pero bueno, admitámoslo. En su manifestación, ¿qué le pediría al r
existiera? ¿Hacernos felices antes de la nada?
—Supongo. ¿Pero qué significa eso, Guitton?
108
—La ablación de la memoria.
—O entonces, Guitton, ¿le pedimos no pensar en ser felices?
—Dicho de otra manera, la ablación de la conciencia.
—¿Y si le pidiésemos ser felices antes del más allá?
—Pero si no hay más allá (hipótesis 2 del presente caso nº 3).
—Lo había olvidado. Estamos en lo mismo. ¿Qué pasa ahora?

—Supongo, mi general, que le pedimos a Dios el más allá, para ser
del más allá.
—No hay otra solución. De acuerdo, pero ya que estamos, le pedim
felicidad en el más allá. ¿Conclusión?
—Conclusión, mi general, en el caso nº 3, tenemos el mal, pero no
del mal.
—¿Y por consiguiente?
—Caso nº 4. Dios y el más allá. Vayamos a ello. En este caso, tiene
¿verdad?
—Sin duda alguna, Guitton.
—Y también tiene el problema del mal.
—Me parece.
—Mi general, ¿en qué consiste precisamente?
—En esto, Guitton: nos preguntamos por qué Dios nos deja ser desg
tanta frecuencia antes del más allá.
—Es exactamente eso.
—Entonces, Guitton, el problema del mal no es una objeción a la ex
Dios. Sería más bien una consecuencia.
—Es lo que me mato a decirle. Si niega ya sea el mal ya sea el prob
niega usted a Dios.
109
—¡No me diga! Es inaudito. ¿Pero resuelve usted el problema del m
—No le digo que lo resuelva. Le digo que lo planteo.
—Pero si plantea la existencia de Dios, resuelve usted el problema.
—Nada de eso. Si planteo la existencia de Dios, planteo al mismo ti
problema del mal. Pero no estoy seguro de Dios a priori, mientras q
seguro de mi problema del mal.
—De manera que al plantearlo, plantea la existencia de Dios y del m
Guitton, es usted diabólico.
—Ya me lo han dicho otros, mi general, y si supiera quién, se senti
—¿Ah?... No, pero... espere. Dicho de otra manera, al plantear simp
problema, resolveríamos otro.
—Perfectamente.
—Quien pierde gana.

—Bienaventurados los pobres de espíritu.
—Pero, después de todo, ¿cómo sabe usted si el problema se plante
—Fue usted el que me dijo que se planteaba.
—¡Pues habría que demostrármelo!
—No me lo pedía usted antes, mi general.
—Tenía que haberme avisado usted. No veía hacia dónde iba.
—¡Bueno! Mire el sufrimiento de los niños pequeños, o el genocidi
inmediatamente surge la pregunta.
—¿Pero cómo quiere usted obtener la respuesta a tal pregunta?
—Es sencillo. Pregúntese quién puede responderla. ¿Existe en este
solo hombre, en tanto que simplemente hombre, que posea la respu
—Improbable.

—Y, sin embargo, hace usted la pregunta. Entonces, ¿a quién se la
—A Dios.
—Es evidente.
—Guitton, ¿no es usted demasiado dogmático?
—Mi general, soy el único que plantea un problema, digo que no te
respuesta y soy dogmático.
—Pues entonces, los de enfrente, ¿qué hacen?
—Primero, dan una respuesta a una pregunta humanamente insolu
la dan a partir de principios que rechazan por hipótesis; tercero, re
una pregunta que se supone que no se hacen ellos; cuarto, son raci
dogmáticos.
—No está bien, Guitton, tomar el pelo a la gente, sobre todo si son
—No sabía que era usted tan caritativo, mi general.
—Me volví así después de sentir el aire de la bala. Y si no me cree,
que replegar un poco las velas en previsión del temporal.
—Mi general, esto es una dialéctica racional. Recuerde que hemos
pensar cuando no estuviéramos mal.
—Bueno, Guitton, volvamos a la tierra. El tiempo en que no estamo
abstracción pura. La vida es para muchos un sufrimiento perpetuo.
impresión de vivir en un túnel que desemboca en una fosa. Buscan
encuentran el asco. Buscan el amor, encuentran la traición. Buscan

andan a tientas en la duda. Llaman a Dios y él se calla. Les es usted
sus certezas.
—Con mis evidencias.
—¿Cómo quiere que vean la diferencia?
—Mis certezas tienen sus raíces en mi duda. Mi duda es una concie
debilidad y de mi miseria.
—Guitton, métase en la cabeza que los hombres no son como usted
111
—Es lo que le estoy diciendo. Juzgan demasiado pronto. No son
librepensadores.
—No es lo que quiero decirle. Suponga que haya convencido a uno
dialéctica imparable. ¿Cree usted que le ha enseñado algo? El verda
problema, Guitton, no es conocer la verdad, sino aceptarla.
—¿Qué significa eso, mi general?
—El diablo sabe que hay un Dios. Nadie lo sabe mejor que él. No h
metafísico que él. Usted no le llega ni la suela del zapato. Cree en D
le ama. Creer no es amar, no es obedecer. Más vale que los hombre
Si los hombres no fuesen ateos, Guitton, se rebelarían contra Dios.
—Mi general, ¿me ha comprendido usted?
—No se ría, Guitton. ¡Esto es serio! El problema del mal no es una
ateísmo o de la duda o incluso de la fe, es una expresión de la rebe
diga que hay que ir de la rebelión a la invocación. Lo sé igual de bi
Todo el mundo lo sabe. Explíquenos más bien cómo acabar con est
atroz que nos desgarra y que nos quema y que es nuestro infierno a
allí abajo. Usted no sabe lo que es rebelarse. Al principio es usted f
no le falta nada, le condecoran. Y luego es usted un cerebro con pa
fondo, tiene usted alma de colaboracionista. ¿Ha sufrido usted algu
amado usted alguna vez? A todos esos pobres tipos, ¿cómo les resp
¿Con la dialéctica de los cuatro casos? Le van a tirar por la ventana
usted a Job, caramba?
—Le votaron a usted. A lo mejor le querían. Le toca a usted respon
—Nunca sufrí tanto como con la muerte de mi hija Ana. Mi hija mi
Cuando me encontré en el purgatorio, san Pedro me dijo: «Eras un
orgullo y de dureza. Ibas a caer en el infierno. Pero encontramos u

tu coraza: era el amor por esa niña, y las preocupaciones y las noch
insomnio y todos los mimos de tu cariño desesperado. Fue así como
alma». Yo no me lo podía creer. Y la he vuelto a ver. ¡Ana! ¡Qué gu
Está guapa, Guitton. Todas las mañanas le voy a dar los buenos día
¡si supiera cómo me sonríe, Guitton! Pero de pronto siento que entr
contemplación, no quiero distraerla, entonces dejo que Dios me la
y me voy de puntillas.
—La amaba con locura.
112
—No, la amaba con desesperación y más allá de la desesperación, e
empapada de lágrimas de mi corazón. No creía en la inmortalidad
pero siempre creí en la inmortalidad de la suya.
—Gabriel decía... No, el arcángel Gabriel, no. Gabriel Marcel, el filó
—Ah, sí. ¿Qué decía?
—Amar a alguien es decirle: «Tú no morirás».
—¿Eso decía?
—Sí.
—Tenía mucha razón.
El órgano se puso a tocar para el Aleluya del Evangelio. Y nos calla
NOTAS
1
Curso de preparación a la escuela normal superior de letras (ndt).
113
DONDE SE PRONUNCIA MI ORACIÓN FÚNEBRE Y LOS
COMENTARIOS QUE TUVIERON LUGAR DURANTE LA MIS
Estaba claro que era el padre Carré, de la Academia, quien iba a pr
oración fúnebre. Me senté. Volví la cabeza. De Gaulle había desapa
encogí de hombros. Mons. Vingt-Trois se dirigió al ambón. Miré co
al padre Carré, sentado en el coro. No se movía, recogido. Era realm
momento de la homilía.
—No será Vingt-Trois el que va a predicar. No conoce nada de mi o
Mons. Vingt-Trois tomó la palabra.
—Mis queridos amigos, el cardenal está retenido en Roma...
—¡Es inaudito!

—... por el sínodo episcopal sobre la economía social cristiana.
—¡Bah!
—De todas maneras, me ha encargado leer desde este ambón la ho
tuvo empeño en escribir, para honrar la memoria del maestro Guitt
—Eso lo cambia todo. Tenía que haberlo dicho inmediatamente.
—El señor cardenal les ruega a todos que excusen su ausencia. En e
que presentar al sínodo, esta mañana misma, un importante comun
—No nos sobrará con su excepcional competencia.
—Celebrará él mismo la misa por el descanso del alma de Jean Gui
—Así, pues, no hay nada que decir. ¿Cómo encuentra usted a Vingt
mañana? —le pregunté al Ángel—. Tiene una muy buena dicción.
El Ángel no respondió. Se estaba preparando ya para escuchar la ho
114
—«Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos. ¿Por qué esta
reunidos esta mañana? ¿Se trata de una reunión mundana, de una
oficial?».
—¡Eso espero!
—«¡Pues no!».
—¿Cómo?
—«Estamos reunidos alrededor del féretro de un hombre».
—Es evidente. Ésa no es la cuestión.
—«¿Vamos a preocuparnos de saber si se trataba de un pequeño o
hombre? ¿De un ilustre o de un desconocido?».
—Ya que estamos, de quien sea.
—«A los ojos de nuestra fe, no será más que un hombre, como los
consideración superficial debe ceder ante la gravedad y la seriedad
de la muerte».
—¡Bah!
—«¿Quién era él para nosotros?».
—¡Otra vez!
—«¿Un escritor? ¿Un pensador? Sin duda. Y muchos de los aquí pr
deudores. Muchos le admiran. Y, además, todos ustedes conocerán
considerable, sus cincuenta libros, sus tesis mayores, sus ricos desa
articulaciones rigurosas. No les hablaré, pues, de eso».

—¡Anda!
—«¿Es la más grande del siglo? ¿O está condenada al olvido rápido
—¿Rápido? ¡Qué horror!
—«¿Quién puede decirlo? Amigos, nadie puede juzgar el valor verd
obras del espíritu sin distanciarse en el tiempo».
115
—No me entierra, me asesina.
—«Dicho esto, no hablaré más de nuestro hermano».
—Soy un maestro, al menos.
—«Recuerdan aún el Evangelio de esta misa».
—Anda, es verdad, ¿cuál era?
—No déis a nadie aquí en la tierra el nombre de Maestro, ya que te
Maestro, Cristo».
—Es un complot. Pero el Presidente no lo ha aceptado. Se ha queda
Yakarta.
—«Entonces, ¿por quién, por qué habéis venido? ¿Para acompañar
de un hombre? Habéis venido por Cristo».
—Las tres cuartas partes son ateos.
—«Habéis venido por Cristo, porque Cristo vino por vosotros. Y vie
vosotros con esta muerte, os visita esta mañana. Debemos meditar
olvido de toda vanidad humana, sobre el misterio de la muerte y de
—¡Caramba, háblele de Guitton! Han venido para eso.
—«Tenemos que renovar nuestro espíritu. Nos hace falta un nuevo
pensar».
—Por fin una referencia a mi obra.
—«¿Y cuál es el principio?».
—Déjeles bien dicho que es un principio absolutamente original. M
distingue de todas las demás.
—«Sí, ¿cuál es ese principio? La humildad».
Así fue cómo, a una asamblea reunida para mi oración fúnebre, el
habló de Dios, de Cristo, de la vida eterna, de la salvación; de todo,
Guitton. Estaba indignado. Con frecuencia había sospechado que m
secreto. Ahora ya tenía la prueba. El ángel estaba aún pendiente de
116

obispo auxiliar. Yo ya no escuchaba. Emprendí el vuelo por la nave
Me detuve al principio cerca de una señora mayor cuyo rostro no m
desconocido y que hablaba con un anciano de noventa años por lo
—No tenía ninguna delicadeza, caballero, ni una pizca. Fui su alum
Montpellier, antes de la guerra. Un día cogí el tren. Entré, por casu
compartimento que creí vacío. La tarde caía. La penumbra se instal
encontré sentada frente a él.
—¡Caramba! ¿Un idilio?
—¡Qué va! Hablamos un poco de filosofía. Y le dije, así como así: «
profesor, ¿no le molesta a usted viajar solo de noche en un tren con
joven?». «Oh no —me respondió—, no me molesta usted en nada».
presencia de mujeres no le turba?». «Oh sí, soy muy tímido. Pero us
nada femenina».
—¡Qué animal!
—Querrá usted decir: «¡Qué grosero!». Decir eso a una chica joven.
—Es poco delicado
—Ya me dirá. Podía haberme hecho perder toda la confianza en mí
Afortunadamente tenía razones para pensar... en fin... que podía no
gustar.
—¿Ah, sí? Menos mal.
—Sí, afortunadamente.
—Claro.
Suspiró.
—¡Ese Guitton! No era hombre de aventuras galantes.
—¡Es verdad!
Ella se puso a llorar. Él se inclinó para consolarla. Ella se secó los o
las narices ruidosamente. Y, mirándolo extrañamente de arriba aba
húmedos:
117
—¿No está usted contento de estar sentado a mi lado?
Cada vez más contento de estar muerto, los dejé sorbiendo por la n
hacia el altar por la nave lateral. Al pasar, me detuve un momento
estaciones del viacrucis que yo había pintado y que decoran aún ho
columnas de esta iglesia. No me había dado cuenta que estos cuadr

bellos y me extrañó la modestia de la que había hecho gala en vida
enfrascado en ese pensamiento, cuando reconocí a uno de mis discí
sentado al lado de Marion, profesor de la Sorbona. Tenía los ojos ro
Hude. Yo también solía tener frecuentemente los ojos rojos. Marzer
unas gotas. Nunca pude hacerlo solo. De pronto, vi rodar una lágri
mejilla. Yo no amaba lo suficientemente a Hude como para que esa
conmoviera, pero no me era tan indiferente como para arrancarme
Me acerqué.
—Fue Guitton —decía Hude— quien me enseñó a escribir. Un día l
de mis libros. Lo leyó como él sabía hacerlo: al principio bajo la alr
luego al azar y, si es posible, empezando por el final. Lo volví a ver
después. Tenía delante de él el libro completamente abierto y la tap
Me espetó: «Hude, ¿con qué escribe usted?». Un poco desconcertad
«Maestro, como usted, supongo: con una pluma». Prosiguió. «Eso se
cuando se le lee. No sabe usted nada. Sepa usted que no se escribe
pluma, sino con una papelera». Entonces cogió mi libro, que seguía
él, abierto y destrozado. Me lo puso bajo los ojos. Preguntó. «Este a
¿sirve para algo?». «No realmente». «Quítelo. ¿Y éste?». «¡Bah!». «T
este tercero?». «¡Humm!». «Táchelo. ¿Está usted satisfecho con esto
adjetivos?». «Tal vez uno hubiera sido suficiente». «Sigamos. ¿Comp
esta frase?». «La sintaxis está muy articulada». «Yo no he comprend
es usted Proust. Ponga usted puntos y haga frases independientes».
piensa, maestro, que no seré nunca un buen escritor». «Al contrario
capaz de lo mejor. Por eso quiero enseñarle el gran principio». Puso
en forma de megáfono y gritó: «¡Hude, el secreto del estilo es quita
después, con voz de nuevo normal: «¿Lee usted a Pascal?». «Alguna
respondí. «Lea a Pascal. 'El pensamiento que quería escribir se ha e
Escribo, en su lugar, que se me ha escapado'».
Se mordió los labios y una lágrima nubló su mirada. Miré a Hude. N
hubiera imaginado que Hude me quisiera ni tan siquiera un poco y
vergüenza hacia él por el error que yo había cometido. Nunca quise
Le había enseñado a no esperar nada de mí. Pensaba notar en él al
poco de resentimiento. Estudié su fisionomía. No comprendía nada

que se me escapaba.
Ante la lágrima de Hude, Marion pareció emocionarse, se secó los o
la nariz con un gran pañuelo. Fue, en el silencio que siguió, el mom
conmovedor de la homilía. Cien personas volvieron la mirada. El or
notar el efecto de la retórica y pareció halagado. Marion vio que ha
Su mirada brilló al secarse el rabillo del ojo y juntó las manos con c
Le preguntó a Hude: «¿Eras su discípulo?», y esperó la respuesta, qu
Así, pues, la mirada limpia, en silencio, secas las lágrimas, Hude re
de mí, de mí que le enseñé el arte de pensar, de mí que le había ali
todos mis pensamientos, de mí que había hecho de él todo lo que s
Y lo único que supo decir de mí es que le había pulido el estilo. Y la
Ese bribón tenía que ser muy fuerte para poder asesinarme con lágr
ojos y consumar su parricidio con las apariencias de la piedad filial
no lamentaba estar muerto, sino que cada vez tenía más ganas de ir
para escapar al fin de todas estas falsedades y de todas estas bajeza
Ya me iba, cuando oí a Hude decirle a Marion: «Nietzsche escribió:
sino una continuidad'». ¿Qué quería decir eso? Lo miré. Vi su coraz
desnudo, pero no pude ver el secreto. Y, por primera vez, dudé de m
conocimiento sobre los hombres.
Deseoso de divertirme, me detuve un poco más lejos, a la altura de
pintoresca y sabiamente disarmónica. El azar de los encuentros hab
las cosas. Jean-Claude Casanova, miembro del Instituto, liberal, fin
encontraba sentado al lado de Marcel Saint-Sulpice, reaccionario, s
satisfecho. Casanova no había escrito mucho, pero tenía claridad m
y su conversación era un encanto. Lo habíamos elegido en la prime
su primer ataque de fiebre verde[1]. Saint-Sulpice, por el contrario, h
publicado sesenta y dos obras, que explicaban una sucesión de can
Instituto, así como el fracaso repetido de dichas candidaturas. Su va
quedado dañada. Para sobrevivir tuvo que identificar a un culpable
equivoqué al prometerle mi voto, ¿pero fue culpa mía si fue tan ing
creérselo? Como decía el cardenal Grente: «Le prometí mi voto; ¡no
además que se lo diese!». Así es cómo Saint-Sulpice, herido, se rasc
desde hacía seis meses las costras ensangrentadas de su amor propi
siquiera el placer que mi muerte le trajo había conseguido desinfla

indignación.
La homilía no terminaba nunca. El obispo auxiliar se preguntaba si
119
paraíso a ver al fin al desnudo esa Verdad que había buscado toda
tercio escaso de la asamblea lo esperaba, sin creérselo demasiado. U
tercio estaba seguro que había vuelto a la nada. El resto contaba co
estuviese en el infierno. De lo cual se deduce que, en esos momento
estaban equivocados. Saint-Sulpice y Casanova charlaban. Su conve
molestaba a una señora muy como debe ser, sentada tras ellos, a qu
retórica episcopal le daba escalofríos de devoción.
Buen chico, Casanova se extrañaba:
—Con menos de sesenta años estaba en la Academia; con más de oc
ser miembro del Instituto. Nunca comprendí esa maniobra.
—Es su forma de actuar —le murmuró Saint-Sulpice al oído—. Lee
comenzando por el final. Siempre hace todo al revés. Vea sus conde
Le dieron la Legión de Honor con cuarenta años y obtuvo el mérito
—Con ochenta y ocho— rectificó Casanova.
La señora responsable dijo: «¡Chist!». Saint-Sulpice continuó su rela
menos fuerte.
—Fue el presidente de la República en persona quien le impuso el c
en la sala de fiestas del Elíseo. El pobre Guitton llevaba de pie dem
tiempo. Se habría caído desmayado si Mitterrand no le hubiese ace
silla. Como habían medido mal la longitud del cordón, casi se lía lo
y el colgante le golpeaba el tobillo. Pero a pesar de todo fue un éxit
hizo un discurso interesante, sin usar una sola nota. Tenía una men
elefante. Hasta habló de la Virgen Santa.
—¿Por qué cree usted que Guitton necesitaba lo menos, cuando ya
—La Academia le parecía una reunión de bellos oradores, pero el In
parecía algo más serio.
—¿Y respecto a las condecoraciones?
—Le parecía que el mérito era mayor que el honor.
—Es una idea justa —observó Saint-Sulpice, que a veces era honest
—En su opinión —prosiguió Casanova, que acababa de ser nombra
120

la Legión de Honor—, ¿por qué tiene tanto interés la gente por esas condecoraciones?
—¡Oh! No es que las quieran, sino que les molestaría no tenerlas. E cuentas, cuando uno quiere obtener la Legión de Honor a tiempo es un ligero deshonor.
—Éste es, pues, un placer que no es más que el final de un dolor. ¿S dijo nada sobre el tema?
—Platón. En el Fedón.
—¿Es usted filósofo? —preguntó Casanova—. ¿Miembro del Institu
—He sido algunas veces candidato —respondió Saint-Sulpice, respl —. ¿Se está usted preparando para serlo?
—En realidad, no exactamente; acabo de ser elegido.
—Felicidades —respondió Saint-Sulpice, apagado.
Daba pena verle. Casanova intentó reanimarlo.
—Afortunadamente, Guitton votó por mí.
—Me alegro por usted. Siempre votó contra mí.
—¿Por qué? ¿Era usted francmasón?
—Nada de eso: católico.
—¿Y entonces?
—Él es así. Traidor hasta el fondo del alma. Hasta hizo campaña co Repetía a quien quisiera escucharle que yo pensaba como un martil ¿Y sabe usted cómo se las arregló para ser elegido en la Academia F
—Me lo va a decir usted.
—Se presentó contra un duque. El duque de Gramont. Me explico. L dice que un mariscal debe ser elegido sin competidor por cuasiunan un duque, desde el momento en que se presenta, sale elegido por fu para un duque hay un candidato adversario, el cual, por convenio,

obtener más de diez votos.
—Entonces, ¿por qué se presenta ese otro candidato? —preguntó C
—Por espíritu de sacrificio. Y hay colas en la Academia. Eso puede entrada.
—Total, Guitton se presentó contra el duque de Gramont.
—Exactamente. Comenzó sus visitas, explicando que aceptaba sacri

no quedar en ridículo, y que le hacían falta los diez votos de costur
candidato adversario del señor duque. ¡Pero fíjese qué bribón! Se la
tal manera que los diez que iban a votar por él se convirtieron en v
el recuento del escrutinio. Guitton pasó en primera ronda, ante la e
general. Era la primera vez que un duque era vencido en una elecci
académica.
—Un duque es siempre decorativo, pero sin duda alguna la Academ
en votar a Guitton. ¡Oiga! No conocía a nuestro difunto bajo ese as
político más astuto!
—Quiere usted decir un impostor. Y además, ¿no tuvo él el descaro
que esta maniobra dolosa le fue inspirada por Marthe Robin?
—¿Por quién?
—Marthe Robin, una santa, una estigmatizada, de la cual Guitton e
Retrato.
—No parece que le guste a usted ese retrato.
—¡Oh! No es ni mejor ni peor que los otros que ha hecho. Cuando
el Portrait de Monsieur Pouget, se convierte en el Retrato de Guitto
Cuando hace el Portrait de Marthe Robin, se convierte en el Retrato
Marthe Robin. Guitton es egoísta, egocéntrico e incapaz de interesa
cosa que no sea él.
—¿Así que esa Marthe Robin le aconsejó su gran maniobra académ
verdadera Mata-Hari!
—¡Imagínese!
—Qué pena, me habría hecho simpática la santidad.
122
La señora responsable dijo: «¡Chist!». Los dos compadres continuar
conversación, hablándose al oído.
—Le encuentro demasiado indulgente, En fin, ya sabe cómo consig
Academia. En el Instituto no hay forma de hacer ese tipo de tejema
esperó treinta años antes de entrar, por desgaste, cuando ya no hab
a quien poner.
—Nadie más... Todavía hay filósofos de valía en este país.
—Sí, pero ninguno tiene ochenta años.
—¿Y qué? ¿Hay que tener ochenta años para estar en el Instituto?

—En la sección de filosofía, sí. Y hasta se tiene poca suerte antes de
cinco. Si los viese usted, reunidos los lunes...
—Una lástima. ¿Esta gente no se muere, pues?
—Creo que el Instituto conserva.
—La gerontocracia es un fenómeno cada vez más preocupante. Y es
ancianos son los primeros conscientes del problema. Cuando visité
hablamos de ello. Me dijo que su amigo, el papa Pablo VI, había sid
visionario, en esto como en muchas otras cosas. Fue este papa el qu
los cardenales de más de ochenta años ya no votarían. Habría que l
mismo en la Academia. Tendríamos siempre en acción cuarenta mi
votantes de menos de ochenta años.
—Sí , pero Pablo VI no se aplicó la regla a él mismo.
—Es normal y lo apruebo. El papado es como la paternidad. No hay
—Guitton era un especialista en tanatología. No faltaba nunca a nin
congreso. Al parecer escribió, pero no publicó, una filosofía de la v
consentía la debilidad que tenía por la lectura de ese viejo loco Dr.
interesaba mucho por las relaciones entre la democracia y la geron
Pensaba que, para luchar contra el envejecimiento de la democraci
votar el futuro.
—¿Cómo se las arreglaba?
—Reformando el derecho de voto. Tenía teorías asombrosas sobre
123
Según él, habría que votar por puntos. Imagine. Todos tendríamos
de puntos inversamente proporcional a nuestra edad y calcularíamo
número contando un punto por año que quedara por vivir. Por ejem
supongamos que toda vida humana dura cien años. Con dieciocho a
dispondría de cien puntos menos dieciocho puntos: ochenta y dos.
diecinueve años, tendríamos ochenta y un puntos. Con veinte años,
así sucesivamente.
—Así, pues, yo, con sesenta años, no valdré más que cuarenta punt
que mis dos hijos de veinte y treinta años sumarían juntos ciento ci
puntos.
—Perfecto.
—¿Y con cien años?

—Cero puntos.
—¿Y con ciento un años?
—Menos uno. El número de puntos puede ser negativo. Pensó en to
voto no es obligatorio. De ahí que no esté prohibido y se pueda vot
que se quiera eliminar.
—Ingenioso. ¿Y los menores?
—Al nacer valen cien puntos.
—¿Y quién se beneficia de esos puntos?
—Cada uno de los progenitores tiene la mitad de los puntos del niñ
mayoría de edad.
—¿Qué sale de todo esto?
—Un ciclón en los cocoteros.
—Disminuyen las pensiones, bajan las tasas de interés, se tienen ni
invierte. La salvación.
—Afortunadamente, imposible.
—Imposible, ¡por desgracia! ¡Ese viejo loco! Qué proyecto original.
124
—Chiflado
—Lógico.
—Absurdo.
—Genial.
—Ridículo.
—Poderosamente democrático.
—Profundamente despótico.
—A final de cuentas, ¿guittoniano?
—Pues sí, guittoniano.
La señora responsable, los fulminó con la mirada murmurando entr
—¡Pero bueno, señores, cállense ya de una vez!
Los dos compadres siguieron, con voz inaudible:
—¿Qué le dijo usted para que le votara?
—No dije nada. Hice.
—¿Qué hizo usted?
—Dar puñetazos. Cuando fue elegido en la Sorbona, la cosa no fue
extrema izquierda no lo admitió. Además, fue elegido, en contra de

de la sección de filosofía, gracias a las voces de la reacción, muy fu
historia. En esa época todo el mundo votaba en todas las elecciones
Guitton, vuelto de los infiernos de la degradación unos años antes g
Pompidou —ya conoce usted la historia—, entró en su aula magna.
introdujo. Silencio de muerte. Reconstituidos en bloque, los comun
ocupaban las cuatro últimas filas. Una gran inscripción en la pizarr
mayúsculas: FUERA DE LA SORBONA LOS COLABORACIONISTAS.
dejó su cartera sobre la mesa. Empezó su clase, como si no sospech
dijo ni dos frases y el jaleo estalló. No se puede usted hacer una ide
berridos, bramidos, eslóganes, chillidos, confeti, bocinazos, La Inter
gran diversión. Guitton esperó el final de la hora. Y luego se march
125
—¿Volvió?
—A la semana siguiente, puntualmente. Mientras tanto, la derecha
juntado. La izquierda cantaba: «¡Guitton, colaboracionista!» La dere
berreaba: «¡Los monillos comunistas a Moscú!». Todo el mundo se i
Durante una hora. Grandioso.
—¿Y Guitton?
—Esperaba con los brazos cruzados. A la salida, los más exaltados
agarrarle por el cuello. Pero siempre tenía un pequeño grupo de
guardaespaldas. Yo era uno de ellos. ¡Si le dijera a usted quién era
—¿Quién era?
—Desde entonces ha recorrido mucho camino.
—¿Pero quién?
—No puedo decirlo. Sería un escándalo.
—Dígamelo. Le prometo que no se lo diré a nadie.
Le murmuró un nombre al oído.
—¡No es verdad! —saltó Saint-Sulpice—, Jean-Marie Le P...
—¡Chist! —cortó Casanova—. No debe decirlo.
—¡Vaya, vaya! ¿Y cuánto tiempo duró eso?
—Seis meses
—¡Seis meses! ¿Y aguantó?
—Gracias a su mujer, Marie-Louise. Lo admiraba a su vuelta de la S
si fuera san Sebastián. Él no se creía tan estoico. Quería saber hasta

podía serlo. Por otra parte, ese estoicismo terminó por cambiar a la
Raymond Aron estuvo muy bien. El circo terminó sobre todo gracia
—¿La prueba dejó huellas?
—Indelebles. La prueba es que contó su vida en cuarenta libros y b
126
en vano una sola página en su obra donde se haga alusión a los hec
acabo de relatar. Pero como siempre, con él todo es ambiguo.
—¿En qué sentido?
—No podía abrir el pico, lo que no le impedía recibir su sueldo. Co
ha sido un poco vago, eso no podía disgustarle.
—Es usted reductivo.
—No, lúcido. Por otra parte, había algo más. Había encontrado una
camino.
—Pensó que debía abrazarla hasta el final para santificarse.
—De lo cual se deduce que a pesar de todo es creyente.
—Sí, a pesar de todo —suspiró Saint-Sulpice—. Pero callémonos. V
de rezar por él.
En resumidas cuentas, Hude no me traicionó. Marion había cambia
aunque yo no pudiera votar más por él en el Instituto, y se las arreg
a conocer. Saint-Sulpice no me odiaba tanto como yo creía. Seamos
había sido incluso correcto en sus respuestas a Casanova. Dentro de
habría nadie más que yo que no tuviera virtudes. No estaba asquea
humanidad. Estaba cansado. Y, sobre todo, al ver cómo se deshacía
creía mis excusas, y al tocar con los dedos los límites de mi maquia
empezaba a estar preocupado por la continuación de los acontecim
Escuché el final de la homilía, sublime, hay que decirlo. Y, por prim
ese día, recé.
NOTAS
1
Alusión al color de los sillones del Institut de France. La expresión «fièvre verte» hace
presentación de una candidatura a dicha institución (nde).
127
DONDE DESCUBRO QUE EN LA SORBONA ENSEÑÉ MUCHA
TONTERÍAS Y DONDE, SIN EMBARGO, ME DELEITO CON L
CONVERSACIÓN DE SÓCRATES

Al terminar mons. Vingt-Trois la lectura de la homilía, subió al alta
el ofertorio, bajo un bello fondo de órgano bastante estimulante. Ve
la tribuna. El ángel seguía allí, pero no adivinarán nunca quién se e
allí.
—¡Sócrates! ¡Qué sorpresa!
—¿Le sorprende mi presencia?
—Desde hace tres días nada me sorprende. Pero he de decirle que a
todo no esperaba verle.
—¿Y por qué?
—¡El Príncipe de los filósofos!... Y además... es que...
—¿Me creía usted en el infierno tal vez?
—Qué quiere que le diga, un pagano...
—Desengáñese. Aún sigo en el purgatorio.
—¿Todavía? ¿Desde que bebió la cicuta?
—Desde el 399 antes de Cristo.
—¡Es espantoso! ¿Y hasta cuando se quedará allí?
—Hasta el fin del mundo, a menos que un filósofo santo que llegue
interceda por mí delante del rostro de Dios.
—Ya veremos, ya veremos. ¿Pero cuáles son los pecados que puede
purificación tan larga?
128
—Tres motivos: primero, orgullo intelectual; segundo, falta de espí
paternidad; tercero, ironía cruel.
—¿Era usted así? ¡Pero si ni mis colegas ni yo mismo hemos enseña
nada de eso en la Sorbona!
—¿Es una referencia?
—¡Es inaudito! Permítame retomar esos tres puntos uno tras otro. M
usted: «Motivo nº 1, orgullo intelectual». Puede pasar, es plausible.
—Es cierto.
—Pero en la Sorbona, Sócrates, todos dicen que es usted modesto.
—Usted sabe bien, Guitton, que el orgullo nada tiene que ver con la
modestia.
—¿Cuál es ese orgullo, Sócrates?
—Guitton, me preocupa usted. Si no sabe usted lo que es el orgullo

un gran riesgo de estar metido hasta el cuello. Dígame usted, pues,
—Creerse Dios.
—Exactamente. No como los locos, claro está, sino como los filósof
lo mismo. Desarrólleme este concepto.
—Imaginar que nuestra mente fabrica la verdad en lugar de ajustar
realidad. Imaginar que podemos decretar el bien y el mal. No quere
que por uno mismo, no confiar nunca en nadie y no querer depend
—Éste es el orgullo que impide a todo el mundo tener fe. Su juicio
Pero me pregunto si ha dicho eso tan nítidamente en sus libros cua
usted en la tierra. Podría haber hecho disminuir la tirada y rechina
Ya que ya no tiene por qué temerlos, déle la vuelta al bolso y sacúd
¿Una última forma de orgullo, Guitton?
—Indignarse ante la idea de que todo lo precedente sea orgullo. Pe
es más que libertad.
—¿En ese caso qué significa ser libre?
129
—Ser Dios.
—Y el círculo está cerrado. Está usted puesto en materia de orgullo
—Entonces, Sócrates, ¿qué orgullo le han reprochado?
—Haber defendido que toda verdad estaría desde siempre presente
de mi alma y que me bastaría con reflexionar para sacarla a la luz.
—¿Y no es verdad?
—No lo es más que en parte. Lo esencial viene del exterior y sobre
—¿Pero por qué?
—Porque lo esencial, Guitton, es el amor. Pero el amor es un lazo r
usted y todo lo que no es usted y que nace del don que le hace otro
imprevisible y no dominable. Por eso, si es usted cerrado e indepen
comprenderá nada de nada.
—¿Y qué le reprocharon más, amigo Sócrates?
—Haber pretendido que nadie es malo voluntariamente.
—¿Y no es verdad? Siempre me ha parecido que los hombres eran
tontos que malos.
—Guitton, es nuestra maldad la que nos hace tontos.
—¿Quiere decir que si todo el mundo fuese bueno, todo el mundo s

inteligente? La inteligencia iluminada me parece que es, sin embarg
de la bondad.
—Es cierto, pero el amor es una forma de vida que une conocer y q
—Misteriosa palabra. La ha aprendido usted en el purgatorio.
—Tras mil años de purificación.
—Entonces pasemos al motivo nº 2. Me preocupa mucho más. ¿Por
usted «falta de espíritu de paternidad»?
—Porque es así.
130
—Pero no es un hecho histórico. ¡La prueba es que los historiadore
pío! Más bien dirían lo contrario. Dicen que dio usted su vida por la
de la juventud.
—Difundir sus ideas, Guitton, no es dar la vida por sus hijos.
—Pero murió por ellos.
—No. Morí por mis ideas.
—¿No es bonito morir por las ideas de uno?
—No, Guitton. Si uno reflexiona bien, vemos que de nuevo no es m
para sí. Y además, mil billones de ideas no valen una sola persona.
querer a las personas. Hay que vivir y morir por ellas.
—Pero, aun así, me gustan mucho las ideas. Nunca me han molesta
como las personas... Pero vuelva usted a lo del espíritu de paternida
interesa mucho más.
—En el Juicio, me reprocharon mucho lo que dije sobre Platón.
—¿Qué pasó?
—San Pedro...
—¿San Pedro le juzgó en 399 antes de Jesucristo?
—Evidentemente no. Antes de ser enjuiciado, esperé como todo el r
resurrección de Jesucristo. Y como había muchos expedientes en in
tuve que esperar un buen medio siglo, de manera que formé parte d
primeras causas que conoció san Pedro en persona.
—Déjeme pensar un momento en esta soberbia idea: el Príncipe de
juzgando al Príncipe de los Filósofos...
—No piense usted mucho, Guitton. San Pedro me preguntó: «Sócra
lo que más lamenta?». Le respondí ingenuamente: «No haber tenido

—¿Cómo es eso? ¿Ningún sucesor? ¿Y Platón?
—Justamente. Es lo que me preguntó san Pedro. Le respondí inmed
con estos mismos términos: «¿Platón? Verá usted, su gloria está sob
131
—Sócrates, ¿dijo usted eso?
—Lo dije.
—Pero los historiadores de la Sorbona no hablan de ello.
—Peor para ellos.
—¡Pero es inaudito!
—Es mejor que sea así. La filosofía no ganaría nada.
—Estoy consternado. Estoy deshonrado. Estoy ridiculizado.
—¿Por qué, Guitton? Todo el mundo puede equivocarse.
—He contado cuentos durante cuarenta años.
—Digamos, más bien, que historias edificantes.
—Sócrates, somos unos burros.
—Si usted quiere, Guitton, pero, de todas maneras, muy muy sabio
un rato largo de eso.
—Largo como nuestras orejas, Sócrates.
Sócrates se rió de buena gana. Yo estaba consternado.
—¿Se ríe usted? Es trágico. ¡Qué desilusión! ¡Ah! El encuentro entr
Platón... ¡Esa gran amistad filosófica! Es para llorar. Era mi lección
todos mis estudiantes vertían puntualmente torrentes de lágrimas.
—Sobre este punto, Guitton, su clase era irreprochable. He de decir
nuestro encuentro fue muy bueno, hasta conmovedor. Fue después
estropeó todo.
—Total, le dijo usted a san Pedro que Platón no valía una peseta. ¿
usted?
—Por desgracia, sí. Hasta añadí: «Un chico brillante, ese Platón, pe
filosófico estaba estropeado por su virus de la política. No dio todo
esperaba de él. Podía haber hecho un gran libro, por ejemplo: La Fi
132
Sócrates. Pero era demasiado orgulloso, muy personal».
—Eso le hundió. Por lo que puedo saber, seguramente san Pedro le
ver hasta dónde llegaría.

—Justamente. Me dijo, con aire guasón: «De todas maneras, ese jov
estaba lleno de ideas». Le respondí fogosamente: «Encuéntreme una
haya soplado yo. Quiso ponerle música a mi pensamiento. Por desg
tengo la impresión de que sea un buen intérprete». San Pedro: «Poc
reconocer que escribía bien». Yo: «En todo caso». San Pedro: «En su
era su negro». Y yo: «Sólo eso, san Pedro, sólo eso».
—¡Ay, ay, ay! ¿Entonces?
—Entonces el purgatorio. Muy seco.
—Es espantoso lo que me dice usted. ¿Y hasta el final del mundo?
—Hasta el final del mundo. A no ser que...
—Lo sé, lo sé. ¿Y cuándo será eso del fin del mundo?
—Vaya usted a saber.
—Hasta el final del mundo... ¿Por un poco de orgullo intelectual? N
con tonterías.
—Me han dicho que es lo más fino en el género pecado.
—Pero entonces, ¿cómo se libró usted del infierno?
—Había sostenido el monoteísmo. A veces rezaba noches enteras. E
salvación venida de arriba. Pero lo que me salvó fue que yo era pag
—Ah...
—Si hubiera sido cristiano me hubiera hundido.
—¿Seguro?
—Seguro.
—Es espantoso.

—Es la justicia de Dios.
—¿Y su misericordia entonces?
—Fíese usted.
—Es preciso.
—¿Entonces, está de acuerdo, Guitton?.
—¿Con qué?
—Cuando llegue al cielo, rezará por mí.
—Si llego allí.
—¡Oh, llegará! Usted no es orgulloso, ¿verdad?
—Espero que no.

—¿Vanidoso?
—Menos aún...
—Tiene usted razón. Es el orgullo de los imbéciles. ¿Y el espíritu de
—No tengo hijos.
—Ése no es el problema.
—Y además no tengo sucesor.
—¿Está usted seguro?
—Lo sabría.
—¿Williatte?
—Es mi excelente biógrafo, no tiene ninguna otra pretensión.
—¿Y Hude?
—Reconocería que me sucede si él reconociera que le precedo. Esta

—¿Mons. Tshibangu?
—Es una mente poderosa, pero pasó de la filosofía a la teología.
—¿Y ese individuo que hizo una tesis sobre usted en la Sorbona? H
nombre.
—Yo también. Yo no publiqué su tesis. Parece que tiene vergüenza
—Si usted lo dice.
—De todas maneras, Sócrates, esa historia de Platón es difícilmente
—En su opinión, ¿hay que creérsela?
—En el paraíso uno no es mentiroso.
—Sí, ¿pero en el purgatorio?
—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Pero recuérdeme cuál era su m
—Cruel ironía.
—¿Cruel? ¿Entonces se está usted burlando?
—¿Quién sabe?
Sócrates estalló de risa. Yo estaba molesto.
—Vamos, Guitton, no se enfade usted. Háble me del señor Pouget.
—Querrá decir del padre Pouget, el ciego de la calle del Bac.
—Sí, ese sobre el cual escribió usted el inolvidable retrato. Lo leí en
cuando salió. Portrait de Monsieur Pouget. Eso es un libro. Hasta A
cogió su pluma para felicitarle. ¡Cuatro páginas! Sabe usted, en el p
pesar de todo, es posible estar informado sobre la actualidad filosó

conmovió la pintura que hizo de la noble figura de su maestro.
—Oh, mi maestro...
—¿Cómo? ¿Pouget no fue su maestro?
—Claro que no.
135
—¿Pero no escribió ese libro sobre él?
—Sin duda alguna. Pero era un juego literario, una ficción. Pouget
ideas claras. Era un pobre viejo en boca de quien puse mis concepc
en la recepción de mi pensamiento. Pero reconozco que, en mi libr
se sostiene y no sin razón.
—¿Y piensa usted decirle todo eso a san Pedro?
—Naturalmente. (Y añadí mirándole:) Si es la verdad.
—¿Qué quiere usted decir? —prosiguió rápidamente Sócrates—. ¿S
burlando?
—¿Quién sabe? —le dije—. No es usted el único irónico.
—Entonces, digamos: quince iguales.
Y nos echamos a reír. Afortunadamente, no nos podían oír.
—Guitton, ¿qué piensa usted de Internet?
—La técnica hace que existan conceptos puros. Hoy, cualquier ser h
virtualmente acceso al minuto a todas las informaciones abiertas de
miembros de la comunidad humana. Mañana, en una tarjeta magné
comprada por cien francos, tendrá usted toda la biblioteca del Cong
cincuenta céntimos, recambio y puesta al día en todos los cajeros a
los bancos. En una segunda tarjeta magnética, el sistema de explota
orientarse en un instante en este universo y extraer al segundo todo
interesa.
—¿Cuáles son las consecuencias?
—Enormes, Sócrates. Tomemos la filosofía. ¿Qué era entonces un «
filósofo»? Un original como usted, Sócrates, que se pasaba los días
con el primer llegado en las calles de Atenas. Era Spinoza, enfocand
astronómicas al tiempo que perfilaba los últimos detalles de su Étic
inventando la calculadora en sus horas muertas. Era Descartes, med
filosofía al tiempo que hacía fuego en los ejércitos imperiales que m
más que la mitad del año. Hoy día, la Sorbona los hubiera suspendi

a usted el primero.
136
—Y Nietzsche, destellos de genio en una vida errante.
—El espíritu está libre y vivo, Sócrates. Uno lo mata burocratizándo
Pascal, integrado en la estructura de un Centro Nacional de Investig
Científica, sería como el aire de las cimas vendido en latas de conse
a Ronsard, poeta de los Amores, protegido del rey Carlos IX. Hoy d
funcionario nº 37825, que depende de la Dirección Nacional de Bel
Sección de Poesía, Subsección del Soneto, Laboratorio nº 4, etc. No
escrito más que ineptitudes antes de tirarse por la ventana.
—Es cierto.
—Hoy, Sócrates, ¿qué es un «verdadero filósofo»? Un profesor de h
filosofía, como si la filosofía no fuese más que una vieja historia. O
libros de los filósofos fuesen textos sagrados, escritos por el Espíritu
—La comparación es exacta, Guitton. Ya empezó en mis tiempos. P
negué a escribir.
—Cuando leemos un galimatías en Hegel, nos rompemos la cabeza
que el Absoluto ha podido querer decir.
—Así es, Guitton. El Absoluto es infalible, Hegel es su profeta.
—Tal es, hoy, el sacrificio dell'intelletto. Por el contrario, el papa e
equivocado y la Biblia yerra. Forzosamente.
—En el purgatorio me decía, Guitton, que pensar que un libro está
Dios es reconocer que todos los demás no lo están. Pero pensar que
ningún libro inspirado por Dios es reconocer que todos lo están (m
donde se dice que sólo uno lo estaría).
—Así es, Sócrates. Una cosa nace de su contrario. Tomemos la dem
reposa sobre la elección. Pero extienda a todo el principio electivo;
convierta a los jueces en electivos: ya no habría régimen electivo p
—Entonces, ¿cuál sería, en su opinión, Guitton, el fundamento de l
Occidente?
—No hay ninguna duda posible sobre ese punto, Sócrates. Es el pap
—¿Fue Joseph de Maistre quien lo dijo?
137
—Él no, pero sí Auguste Comte. Era ateo, pero no tenía los ojos cer

más al que la Sorbona rinde culto después de su muerte, tras haber
morir de hambre.
—Guitton, no sé si hay que acusar a la Sorbona. Es más general. Es
burgués. Que trata a los artistas también de esta manera.
—¿Qué es un burgués? Yo soy un burgués. Casi todo mi público es
hable mal de los burgueses. A propósito, ¿qué es el espíritu burgué
—El agotamiento del alma en la paz y la decadencia del político, el
guerra económica, lo mínimo de social y el escepticismo cultural, q
todo, a los pies de la única verdad: «la omnipotencia, la omnisciend
omniconveniencia del dinero».
—¿Fue Marx quien dijo eso?
—No, Guitton, fue Honoré de Balzac.
—No me extraña, es mucho más subversivo.
—Sí, pero se afeitaba mejor y se había puesto una falsa partícula no
Gracias a lo cual sus jóvenes mejor educados tienen derecho a leerl
los doce o trece años.
—Es usted un verdadero revolucionario, Sócrates. No me extraña q
cicuta.
—Guitton, ¿qué piensa usted del sistema de castas?
—Me va a decir usted que París lo practica en el siglo XX. Pregúnte
lo que piensa.
—Tengo entendido que en privado es usted más tajante.
—¿Quién se lo ha dicho?
—Chevalier.
—¿Cómo? ¿El joven Chevalier ha muerto?
—No, está abajo, en la nave central.

—¿Y entonces cómo le ha hablado usted?
—Toda esta historia es un poco extraordinaria.
—En efecto. Total, Chevalier me ha traicionado.
—Siempre me ha hablado de Guitton con respeto.
—No se trata de respeto. Se trata de discreción y de política. Este c
cómo se hace un libro de éxito.
—¿Y cómo se hace?

—Un buen tema, una buena mano, unas ideas originales, un editor
y política.
—¿Política?
—C.s.p.
—¿C.s.p.? No entiendo.
—Claro, Sócrates, usted ya no va a la farmacia.
—No mucho.
—La próxima vez que vaya, lea las composiciones de los medicame
las cajitas. Encontrará siempre estas palabras: excipientes c.s.p., ca
suficiente para.
—¿Para...?
—Para.
—¿Entonces, política, c.s.p.?
—Eso es.
—Todo está dicho.
—Todo.
—Se lo repetirá a san Pedro.
139
—Nos hemos desviado. ¿Por dónde íbamos?
—Ya no lo sé. Creo que hablábamos de los filósofos y de la historia
filosofía.
—Ya me acuerdo. Guitton, los filósofos no pueden vivir sin meditar
grandes obras de su tradición.
—Claro está, Sócrates, pero no es la cuestión. Se trata de saber si la
ante todo la exégesis de su propia tradición. Yo digo que está muer
momento en que actúa así. La filosofía es una reflexión viva sobre l
exteriores a ella: la política, la religión, las ciencias, la moral, la ec
existencia, etc. Los hombres se hacen preguntas y tienen necesidad
responderlas. Ninguna ciencia particular puede responderlas. Entor
reflexión y una disciplina en la confluencia de estas preguntas: es la
viva.
—¿Y los viejos filósofos?
—Los releemos para que nos den ideas y les regalamos ideas que nu
tenido pero que nosotros no habríamos tenido sin ellos. Un gran fil

un tipo estupendo que tiene el genio de hacernos tener genio, y que
hecho tener a todas las generaciones posteriores. Pero por sí misma
es algo tan tonto como un mechero sin gas. No produce más que co
ratones de biblioteca.
—¿Qué es un ratón de biblioteca?
—Alguien que ha leído veinte mil libros, ha hojeado cien mil y sabe
encuentra la más mínima fruslería que esté en relación con su espe
—¿E Internet qué pinta en todo esto?
—Es la salvación de la filosofía, Sócrates, porque es la muerte de la
Cualquier mente meditativa tendrá pronto a su servicio un esclavo
que iguale los resultados de un regimiento de eruditos. Los ratones
no servirán ya para nada. Descubiertos. Abolidos. Anulados. Como
de labranza cuando llegaron los tractores.
—Guitton, no me dé una falsa alegría.
—No son falsas alegrías, Sócrates, Creo que de nuevo tenemos dere
140
esperar. La técnica también puede tener una virtud liberadora. Ima
quiere estudiar la mínima cuestión. Internet le saca inmediatament
tema once mil trescientas ocho referencias en treinta y cinco lengua
media de la comprobación integral del informe: veinte años de trab
completo. Con las normas y los escrúpulos del erudito: imposible d
pues: primero, la técnica permite la movilización instantánea de to
intelectual existente; segundo, el crecimiento del número de autore
acumulación constante de sus escritos hace crecer la masa del mate
susceptible de examen, sobre cualquier tema, muy por encima de lo
lo humanamente posible; tercero, los progresos en la construcción
electrónicas hacen inútil el trabajo de memorización especializada.
recursos raros e irremplazables serán la intuición, la crítica, la med
síntesis y la invención. Mediante la técnica nos curaremos de la acu
exceso de acumulación. Nos curaremos del exceso de especializació
exceso mismo de especialización.
—A menos, Guitton, que entremos en un proceso de archiespecializ
—En ese campo hay un límite difícil de franquear, sin caer en el ric
insignificancia, Sócrates. Es siempre evidente que, si el conocimien

depende del de sus elementos, recíprocamente la justa apreciación
elementos depende también del conocimiento del conjunto. Sin aná
síntesis es superficial y vaga; pero sin capacidad de síntesis, el anál
embrutecimiento. Los progresos de la especialización y de la técnic
prestigio de la especialización y de la erudición.
—La evolución de la enfermedad habrá aportado el remedio.
—Exactamente.
—Puede que tenga usted razón.

141

DONDE SÓCRATES ME HABLA DEL FILÓSOFO MAURICE BLONDEL Y ME FUERZA A CONVERSAR CON ÉL SOBRE EL HOMBRE Y SOBRE SU ALMA

—Oiga, Guitton, recuerdo que esta mañana, cuando salía del purga
venir a hacerle una visita, al bordear el paraíso, me encontré con el
Maurice Blondel. Me encargó que le diese recuerdos suyos. No sabí
conociera usted a Blondel.
—Cuando cumplí los veintitrés años, al ganar las oposiciones, me p
en un tema de tesis. Como no hacía más que dar vueltas, un amigo
«¿Por qué no vas a pedir consejo a Maurice Blondel?». Era uno de l
y honestos pensadores franceses del siglo XX. Filosofó en la paz, en
de Aix-en-Provence, como Cezanne había pintado, feliz y desconoci
Envejeció en la ceguera, como el adivino Calchas. Murió en santida
extraña que esté en el paraíso.
—Así, pues, se fue usted a verle.
—Con mi maleta de armazón de hierro, que me permitía sentarme
trenes atestados de gente. Era bastante frecuente en esa época, hast
trenes de largo recorrido. Me pregunto dónde fue a parar esa malet
encuentro. Debí de prestársela a Barbapoux y no me la devolvería.
—¿Y Blondel?
—Volvamos a ello. Después de la comida, me llevó a pasear por la
plátanos que conducía a su morada. Subíamos y bajábamos. De vez
acariciaba a uno de sus nietos, que surgían de entre los arbustos.
—¿Qué le dijo?
—Esto: «Amigo, no vaya a malgastar sus mejores años de trabajo en

artificial. No estudie nada que no encaje con la piedra angular de s
Búrlese de los formalismos académicos». Le pregunté: «¿Pero qué e
142
Me respondió: «Tesis = posición. El tema de su tesis, si no se trata
acontecimientos fútiles de la vida mundana, no puede ser más que
en el ser y en la vida. No busca usted un tema de carácter latino. B
eje de afirmación de su vía hacia la Verdad». Y se calló. Me escuch
—¿Qué le dijo usted?
—No guardo ningún recuerdo. Durante varias horas, abrí el mar li
alma.
—Le escuchaba.
—Sin decir nada. La luz bajaba en el horizonte, al tiempo que se ha
fin, como escribió Homero, «el sol se acostó, y de sombras los send
cubrieron». Volvimos a la casa. En la terraza rompió su silencio, m
bondad y simplemente me dijo: «Su tesis, pequeño mío, es el tiemp
eternidad».
—¿Y entonces?
—Era mi tesis. Y ya hace setenta años que la medito. ¿Comprende
—¡Y cómo! Eso es un maestro.
—En el paraíso también me encontré con el cardenal Newman.
—¿Cuándo?
—Estábamos hablando Blondel y yo, cuando llegó Newman, en cap
puso a hablar con nosotros, jovial, lleno de humor. ¡Qué inteligente
hombre! ¡Si lo viera! Es increíble cómo puede uno seguir siendo in
oxoniano en el paraíso. No le cambia a uno el carácter.
—Es evidente. ¿Había oído hablar de mi tesis de 1935?
—¿De su tesis sobre la eternidad?
—No, aquella sobre él, sobre la evolución y el desarrollo.
—Entonces, ¿no hizo usted su tesis sobre la eternidad?
—En Francia, en esa época, se hacían dos tesis. La grande y la pequ
mías, la grande trata sobre Le Temps et l'éternité chez Plotin et sai
143
pequeña sobre Le Développement chez Newman.
—Entiendo. ¿Y entonces?

—¿Tuvo conocimiento de ello?
—No me lo dijo.
—Es inverosímil. ¿Y de qué les habló? ¿De piedad?
—No, de filosofía. Me dijo que acababa de leer la tesis de Jean Wal
L'Instant chez Descartes.
—Es sorprendente. ¿Conocía la tesis de Wahl y no conocía la mía?
—Hay que confesar que la de Wahl es asombrosa.
«Lo habré aguantado todo», pensé.
—¿Cómo dice?
—No. Nada. ¿Y es todo lo que le dijo?
—Sabía que Blondel y yo bajábamos a verle. Nos preguntó de qué l
hablar. Blondel respondió que iba a hacerle una pregunta.
—¿Cuál, Sócrates? Hágamela ya. Por una vez no soy yo quien la ha
Miró su reloj.
—¡Desgraciadamente, hemos charlado demasiado! Tengo que irme.
—¿Ya me deja usted? Quédese un poco más. ¿Decía usted que New
venir a hacerme una pregunta?
—No, Newman no, Blondel.
—¡Pero si Blondel no es cardenal!
—¿Y qué? Yo tampoco lo soy.
—Sí, pero usted, Sócrates, es usted un valor seguro. Blondel es una
un santo, claro está, pero nunca ha sabido hacerlo. Mire esa asambl
mi alrededor: una persona de cada diez, quizás, y aún menos, cono

de Blondel. Una de cada diez. Nada más. Filosóficamente, Blondel e
Pero políticamente era un cero. ¿Comprende? Un cero.
—¿Lo que hace que...?
—Todo lo que decimos aquí terminará por saberse abajo.
—Puede.
—Evidentemente. Todo acaba siempre por saberse. Mi tiempo es li
puedo recibir personalidades mundialmente conocidas. Y, además,
hacerme amigos un poco en todas partes. No dejarme ver demasiad
católicos.
—Pero es usted católico, ¿no?

—Evidentemente, pero no debe aparecer eso en primer plano. Los c
comprenda usted, compran mis libros por obligación. Por obligació
son los otros los que cuentan. Al pobre Blondel le falta tomar distan
¿comprende?, demasiado piadoso.
—¿No demasiado crítico?
—Claro que lo es; si no, no sería filósofo. La cuestión no es ésa. Se t
asunto de forma, no de fondo. Mírelo: murió en 1950 con una barb
como en 1890. ¡Una barba puntiaguda! ¿Cómo quiere usted que ha
barba puntiaguda?
—Me parece que no es lo esencial en un debate filosófico.
—No se trata de debate, se trata de público. De la sensibilidad del p
Desde ese punto de vista, lo esencial es el éxito. Y el éxito no obede
sustancia, sino a los accidentes. La barba puntiaguda es un acciden
redhibitorio. Sea moderno, Sócrates, sea moderno.
—Pero Blondel...
—No insista. Tengo el deber de ser egoísta. La promoción de una b
pasa por la promoción de los únicos hombres capaces de hacerla. P
yo.
—El interés general pasa por su interés particular.
145
—No se podría decir mejor. No tengo interés en recibir a Blondel. T
editores me dicen que tengo interés en separarme de la sacristía. Y
pesar de todo, un competidor. Cuando llegue Blondel dígale que no
en cambio, intente hacer venir a Newman, eso facilitará las traducc
inglesas.
—Guitton, Blondel me dijo (en griego antiguo, ya conoce usted su c
delicadeza): «Oh, Sócrates, no se olvide de decirle a mi amigo Guitt
loco, piensa en tu alma y busca saber por qué es inmortal'».
—¿Le hizo esa pregunta para remitírmela a mí?
—Sí, en griego. Y yo se la hago a usted: Guitton, ¿el alma es inmort
—Lo discutió usted con Fedón, Cebes, Simias, y sus amigos el día en
la cicuta. ¿Qué podemos añadir a sus palabras? Y además, usted, qu
arriba, sabe realmente por experiencia que el alma es inmortal. Así
me lo pregunta?

—Guitton, no lo pregunto por mí, sino por usted.
—¿Cree que tengo necesidad de convencerme?
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque no es usted un santo.
—¿Y entonces?
—No tiene usted deseos de la eternidad. Morir y estar muerto es es
pegado a la vida. Lo que hay de pecado en usted tiene un amor poc
muerte.
—¿Cómo lo sabe usted?
—Porque, al estar plenamente convencido de la inmortalidad, morí
de la nada.
—Soy exactamente como usted.
—No es la claridad lo que nos falta, Guitton, sino la esperanza.

—Y no es la razón lo que nos lleva a la certeza de la nada, sino la n
de la desesperanza.
—¿Qué puede usted oponerles?... Pero vea, allí está Blondel, al otro
galería.
—¡Chist! No nos ha visto.
—¡Blondel! ¡Eh, Blondel!
—¿Qué hace usted? ¡Silencio!
Blondel se detuvo y levantó la vista. Sócrates le gritó aún más fuert
—¡Blondel! ¡Eh, Blondel!
Y yo intentaba callarle.
—¡Cállese! ¡Cállese! Va a perturbar el servicio divino.
Pero no había forma. Y lo que tenía que ocurrir ocurrió. Blondel se
vio y vino hacia nosotros.
—¡Qué listo! Ya lo tenemos aquí. El mal está hecho. Al menos quéd
nosotros, hará de contrapeso. Es absolutamente necesario una conv
pluralista, si no ¿qué pareceré?
—Blondel, aquí está Guitton, que tenía gran interés en hablar con u
—Este querido Jean. ¿Nos deja ya, Sócrates?
—Sólo tenía una hora de permiso.

—Quédese, Sócrates —le supliqué.
—Les dejo —nos dijo como única respuesta—. Hasta pronto.
Se alejó. Corrí tras de él cojeando con mi bastón hasta la escalera d
alcancé y le murmuré al oído.
—Quédese, Sócrates. Usted sabe bien que, sobre la inmortalidad de
falta un pagano para hacer de laico. A usted le toca dar las respues
a mí el papel de librepensador. Así es como el libro será aceptado.
147
dirán que huele a cura! Además, si no está usted en el momento álg
conversación, voy a decir tonterías.
—Verdades.
—Es lo mismo. Quédese.
—Piense en lo que le pedí. Rece por mí a su llegada allí arriba.
—¡Ay! Esperemos que pueda.
—Déjese llevar. Piense en el alma.
—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!
—Con Dios, Guitton.
—Adiós, Sócrates.
Me dio la mano. Más muerto que vivo, volví donde estaba Blondel.
—Jean, permítame entrar directamente en materia. Me gustaría qu
por qué cree usted en la inmortalidad de su alma.
—Qué pena que Sócrates haya tenido que marcharse. Ése es su tem
—Es mejor que no esté aquí. Ya no es su problema, es el de usted.
—Es el tema que menos he estudiado. Me interesaba menos. Dirija
conversación, le daré la réplica.
—Como usted quiera. ¿Por qué esa pregunta de la inmortalidad le i
menos que otras?
—Porque estaba más interesado en gozar de la vida presente.
—Pero usted era un pensador de la eternidad.
—Se convirtió en mi trabajo en aquel tiempo. Pronto, ya no fue mi
lo que me daba celebridad.
—Es usted muy severo consigo mismo, Jean. Su razón no consigue
asentimiento. La explicación deja un residuo. Busque algo más.
148

—Me fuerza usted a entrar en lo profundo de mí mismo. Por instint
alma. Dios y yo, son, decía Newman, las dos grandes luces en la no
qué pensar sobre el cuerpo y la materia. Cuando me dejo llevar por
natural, me inclino a pensar, como Berkeley, que la materia no exis
como dispersión del alma. He estudiado demasiado a Plotino, a Lei
tradición de pensamiento francés espiritualista, que va de Maine de
Bergson y a usted, Blondel. Voltaire tenía razón. La materia es igua
conocer que el alma, o tal vez más. Uno no gana nada al ser materi
Cambiamos lo oscuro por lo más oscuro.
—Se inclina usted por el pansiquismo1.
—Sí, pero creo en ello sin creer demasiado. Es necesario explicar la
entre lo físico y lo psíquico y encontrar a pesar de todo las vías de
reconciliación. No soy un constructor de sistemas. Es una debilidad
hacer escuela.
—Tengo la impresión de que cree en la inmortalidad del alma porq
realmente en la materia.
—No iremos tan lejos, Blondel. Cuando tenía cincuenta años, Le Se
eran grandes celebridades filosóficas. Iban a cenar a casa de Aubier
que también era el mío. Fue Aubier el que me alquiló el apartamen
cuarenta años y donde morí. Era allí donde cenábamos. Recuerdo l
Le Senne y Lavelle se atracaban al tiempo que argumentaban contr
de la materia. Yo no tenía hambre, como de costumbre. Y como era
célebres que yo, los celos me devoraban.
—Consuélese, Jean. Los ha sobrepasado en gloria.
—¡Bah! Lo conseguí por desgaste.
—Déme sus razones sobre la inmortalidad.
—Recuerdo haber hablado anteriormente de esta cuestión con uste
setenta años. Me impresionó profundamente su posición sobre el pr
—Ya no me acuerdo de esa conversación.
—Me decía usted, Blondel, que, sobre este tema, lo más importante
en los preámbulos. Cuando hemos decidido plantear un problema,
resuelto. Y, antes de plantearlo, hay que proponérselo existencialm

—Los términos de una pregunta no cobran sentido más que a parti

cierta experiencia. Allí donde no se da, el problema parece verbal.
una búsqueda del saber supone un deseo de saber capaz de suscitar
de trabajo y un esfuerzo que la verifique. Allí donde el deseo no se
chapotea en la indiferencia y si la reflexión, a pesar de todo, tiene l
más bien a producir la negación que la afirmación de la Vida. Pero,
argumentos?
—No me he apegado a una pregunta que comporta una respuesta e
—En su opinión, ¿la inmortalidad del alma sería una evidencia?
—No, pero equivale lógicamente a una verdad que parece cierta. E
sentido, Blondel, es evidente.
—Explíquese.
—O es usted panteísta o es usted teísta. Cuando uno es panteísta, o
(que a menudo es lo mismo), se contempla con más pavor el silenci
espacios infinitos. Casi evaporado en la nada de una aparente insig
llega a creer que la personalidad no es nada, un simple accidente e
En cuanto al Absoluto, se le cree inconsciente e impersonal. El indi
humano no sería más que una parcela de ese gran todo divino e inc
Cuando uno piensa así, ¿puede tener sentido la idea de supervivenc
del individuo?
—Ninguno, Guitton.
—Pero cuando uno piensa que Dios es personal, piensa también qu
nada más grande que la personalidad. Así que es ella, Blondel, la q
existencia de todo el resto. A partir del momento en que cree usted
decir, en un Dios personal, le es bastante natural creer en la inmort
personal. Y hasta la idea de la desaparición de la personalidad que
indescifrable.
—Sobre este segundo punto, Jean, estoy igualmente de acuerdo co
concluye usted?
—Creía en un Dios personal. En consecuencia, la inmortalidad me
altamente probable. Y ya que lo era, no era necesario dedicarse mu
demostrarla.

—En suma, Jean, según usted, la inmortalidad del alma humana se
corolario o una equivalencia lógica de la existencia de un Dios pers

usted un segundo argumento?
—Sí. Helo aquí. Tengo razones para creer en Dios. Ahora bien, si ha
que sepa lo que le sucede al alma después de la muerte, ése es Dios
Dios nos dice que el alma no muere. Le creo. Luego creo que el alm
Póngase usted en mi lugar.
—Entiendo. Los incrédulos, Jean, le dirán que no es una razón.
—Pero tengo razones para ser creyente.
—Sin duda. Su segunda razón es también indirecta. Se obtiene de la
razones de su fe.
—Exactamente.
—¿Y qué piensa usted, Guitton, de las dificultades para imaginar la
supervivencia del alma?
—Ya es difícil imaginar su existencia actual. Pero la misma concien
inimaginable. Estamos frente a nosotros mismos. Es así.
—Jean, ¿cómo no estar asustado por esta dificultad de imaginar? ¿
hace?
—No imagino, eso es todo. Pienso en el amor. Veo que para el que
supervivencia es muy simple: ir al encuentro del Dios que amamos.
—¿Ama usted a Dios?
—Ésa no es la cuestión, Blondel. Le digo que los que aman no tiene
dificultades que usted dice.
—Mucha gente dice que no son más que gusanillos, un moho que c
superficie de la tierra.
—Es porque se ven sobre todo desde el exterior y miran demasiado
Hay que mirarse, Blondel, y verse desde el interior. El que recorre l
pliegues de su memoria se da cuenta de que una sola alma humana
amplia que todo el universo. San Agustín lo dijo todo sobre el tema
151
Confesiones2.
—Y Bergson confirmó todas las intuiciones del primero con su Mate
Memoria. ¿Y bien?
—En mi opinión, Blondel, cuando uno ha adquirido una cierta expe
espíritu, el problema cambia de signo. Se encuentra normal que el
sobreviva al cuerpo. Ya no se trata de demostrar la inmortalidad, si

se pregunta cómo se podría demostrar la mortalidad. Realmente no
Por eso nos atenemos a la inmortalidad.
—¿El hombre no es, pues, un animal?
—Claro que sí, Blondel, pero muy particular. Cuando observo un an
parece que la vida se cumple toda entera en el círculo de sus ocupa
El sentido de la vida es conservar su existencia, reproducir la espec
su sitio en el orden ecológico del universo.
—¿Y el hombre?
—Ése no es el caso del hombre, Blondel. Ha saltado por encima de
duda alguna vive, conserva su vida, reproduce su vida, sirve al ord
mundo y sus necesidades. Pero todo esto está subordinado al cump
su destino personal. Aspira a superarse sin suprimirse. Todo en él d
una vida que apunta más allá del mundo, más allá de lo social, más
tiempo. Con cien años sigue teniendo veinte.
—¿Se mantiene siempre joven?
—Sí, siempre y cuando piense que tiene la eternidad delante de él.
—¿Y aquellos que se sienten viejos?
—Tal vez no creen en la eternidad. O entonces se sienten animales.
—Jean, yo a veces me he sentido viejo...
—No, Blondel. Diga: cansado, desganado, enfermo, debilitado, todo
quiera. Pero viejo no.
—¿Dónde nos lleva su discurso?
—A esto: que no hay nada más elevado en el universo que la perso

es un accidente. Si hay un sentido en la historia de los vivos, es la c
que existan personalidades. Esas personalidades tienden todas al m
eternidad. Bajo esta perspectiva, la mortalidad del alma es bastante
pega con nada, excepto con la tentación de la desesperación.
—Explíquese mejor, Guitton.
—La personalidad es un movimiento para ir cada vez más lejos.
—¿En el mundo?
—Sí, en un primer momento. Pero esa superación indefinida en el m
también la imagen y la ocasión de una superación infinita hacia lo
absolutamente el mundo. Aclaró usted la idea en su libro La acción

crítica de la vida y de una ciencia de la acción. Un libro estupendo,
ha fascinado. Nunca lo habría leído si no lo hubiéramos recibido en
distribución de premios. Lo leí durante las vacaciones de verano, a
en filosofía. Y me dije que sería filósofo.
—Es un hecho real, Jean: el hombre apunta al más allá. No es una
arriesgada. Es una estructura esencial del ser humano. Puede que la
fundamental. Por eso un hombre sin destino de ultratumba parece
—Inconcebible, Blondel, tal vez no, pero extrañamente absurdo. Igu
absurdo que lo más absurdo, como podría ser un sexo masculino en
naturaleza sin hembras; igual de absurdo que un estómago en un u
donde no hubiese nada comestible; igual de absurdo que un ojo en
sin luz, ni colores, ni nada visible. ¿Pero es todo lo mismo?, ¿es pos
todo esto en el mismo plano?
—Jean, vemos el estómago, la hembra, los colores. No vemos el má
simple vista de los colores encierra ya, en el ser humano, concienci
de sí mismo. ¿Y esta conciencia de sí mismo se desarrolla en el inte
movimiento fundamental que le lleva hacia el Bien? Es en ese movi
donde nuestro espíritu se recoge y se despliega. En ese movimiento
Bien, grita: ¡Ay! No estoy hecho para este mundo, y aquí abajo nad
—Total, ¿es éste el hombre?
—Sí, Jean. Tal es el hombre. Quien reflexiona está más seguro de e
para la eternidad que para ver con sus ojos el brillo de los colores d
¿En qué piensa?

—Pienso, Blondel, que, cuando uno tiene un alma como la suya, no
necesidad de razonar.
—¿Qué piensa usted, Jean, de las filosofías religiosas donde la salva
por el olvido de la personalidad, por la abolición de la conciencia y
de la individualidad?
—Me pregunto si no forman cuerpo con una sociedad demasiado ce
demasiado pobre. Cuando la persona está demasiado aplastada por
social, renuncia a dominar el universo, a reformar la sociedad, renu
existir, a buscar la felicidad. Aspira a la nada, esperando así identif
Lo mismo se produce en las sociedades demasiado libres y demasia

prósperas. Ya no se ve la razón de luchar, de trabajar, de dominar l
La personalidad se disuelve por falta de obstáculos, de materiales y
cuando uno llega a eso, para gozar sin desesperarse necesita la nad
—¿Comprende usted estas espiritualidades?
—El nihilismo antiguo tiene su nobleza. Cuando todo parece dar vu
parece no tener ya realidad, no tener ya sentido. Entonces, más allá
que es nada y ausencia, uno busca otro sentido, en la Nada absoluta
Ser.
—Es muy oscuro.
—¿Cómo quiere que sea de otra manera? Semejante mística, Blond
la razón sea abolida, como el resto.
—¿Qué piensa usted de esta idea de Nada absoluta?
—Si uno se detiene ahí, Blondel, es un error; si uno pasa adelante,
camino. Bergson demostró, en La evolución creadora, que la idea d
es una seudoidea.
—¿Le convenció?
—Bergson tiene razón. La idea de Nada absoluta es una ficción. Per
esperanza de que no lo sea, eso es una realidad.
—Jean, ¿qué quiere usted decir?
—Observo al individuo que busca esa Nada absoluta. Lo veo compr

ese camino con toda su alma. Vive una gran aventura personal. ¡Qu
contradicción entre su teoría y su vida! La teoría dice que la person
disolverse, el deseo para apagarse, el ser para disiparse como una il
la vida testimonia lo contrario. Este místico de la nada es realmente
la que quiere salvar, su ser el que quiere eternizar, su deseo el que
Así parece testimoniar que algo en él tiende a creer en la inmortali
persona.
—¿Y no se puede uno imaginar una síntesis entre estas dos vías?
—Los sistemas se excluyen, Blondel. Pero hay un momento en que
espiritual de tipo teísta pasa muy cerca de la idea de la nada. Ese m
propicio para el diálogo.
—Jean, ¿los hombres son contradictorios?
—La santidad es paradoja. El pecado es contradicción. Todo lo que

está mezclado con contradicciones.
—Queremos una beatitud eterna y queremos probarla en el tiempo
queremos que el tiempo se vuelva eternidad.
—No llegamos a ello.
—Entonces, el tiempo nos produce aversión y nos gustaría reabsorb
eternidad.
—¡Desgraciadamente, tampoco podemos!
—Así, pues, no paramos de ir y venir de una doctrina a otra y así p
acaba por terminar, que es lo que terminamos deseando.
—Pero, ¿y la santidad?
—Contradice las contradicciones del pecado. Es un signo de contra
—Jean, ¿qué será nuestra vida después de la muerte?
—Fíjese, Blondel: ¡estamos en ello! ¿A qué viene esa pregunta?
—Haga como si no estuviéramos.
—Nuestra alma está aquí abajo despierta hacia el exterior por los s
155
Arriba, Blondel, está despierta a partir de su fondo, iluminada por l
—¿Y si la Divinidad no iluminase?
—¿Entonces para que crear un alma pensante y hacerla subsistir
indefinidamente sin pensar?
—Pero, Jean, ¿no puede Dios aniquilarla?
—¿Son ésas las costumbres de Dios?
—La fe dice que no, Jean, ¿pero puede decirlo la filosofía?
—Los caminos de Dios son impenetrables. En el acto de morir, por
que estemos de sobrevivir, nos queda una parte de abandono. De a
Dios. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.
—¿Qué concluye, en definitiva?
—Esto, Blondel: que el alma es inmortal, si Dios no la aniquila, y q
pensando en el más allá, si Dios le habla y la ilumina. Si Dios es pe
podemos estar tan seguros de todo esto como sea posible.
—La persona humana es el todo alma-cuerpo. ¿quiere decir eso que
humano no subsiste después de la muerte?
—Eso no me cabe en la cabeza.
—De ahí la idea de resurrección de la carne, que recompone la uni

la totalidad individual en su integridad.
—Eso es fe y teología.
—¿No le gusta la teología?
—Soy filósofo.
Tras esta última respuesta, ya no me preguntó nada más. Maquinal
al celebrante en el altar. Acababa de incensar el altar y mi ataúd. E
el lavatorio. Seguí unos instantes el desarrollo del rito. Cuando leva
ya no vi a Blondel. Su partida me alivió. Pero estaba contento. ¿Y s
todo, fuésemos realmente inmortales? Como necesitaba relajarme,
nuevo a dar una vuelta por la nave central.
156
NOTAS
1
De pan, todo; psychê, alma. Doctrina según la cual los fenómenos materiales no serían
apariencia, en nuestro espíritu, de realidades en sí mismas análogas a la conciencia. El
lo inverso del materialismo, que, por el contrario, ve en los fenómenos espirituales der
realidad en sí misma material (nde).
2
Cf. Libro X.
157
DONDE, AL HABER RIDICULIZADO DOS INDIVIDUOS MIS
AMORES, MI MUJER VIENE EXPRESAMENTE A DEVOLVER
SERENIDAD
Oí hablar a dos desconocidos. Es asombroso constatar cuánta gente
conoce le conoce a uno. O más bien tiene la impresión de conocer a
—¿Tenía hijos? —preguntó uno de ellos.
Ya está, me dije a mí mismo. Van a sazonar mi matrimonio.
—Tenía sobrinos —respondió el otro—. Su hermano era prolífico.
—¿Pero él no estaba casado?
—Sí. Su mujer se llamaba Marie-Louise. Estuvo casado veinte años.
—Un paréntesis, en una tan larga vida.
—Las mujeres no le interesaban.
—¿Por qué se interesaba?
—Por él mismo
—¿Y aparte de eso?

—Por nada. Nada le interesaba más allá de él mismo. Un egoísta pe
puede usted hacer una idea.
—A pesar de todo... ¿Cómo conoció a su mujer?
—¿No lo sabe? Se lo voy a contar.
—Con gusto, este oficio no termina nunca.
—En 1935, tras presentar y defender sus tesis, Guitton fue nombrad
158
la universidad de Montpellier. Su enseñanza encontró un cierto éxi
en casa de las virtuales suegras. Se atareaban alrededor del rector.
cenar a Guitton varias veces. Comidas exquisitas, vinos finos, bonit
señoritas. Guitton cerebral, miope, de mármol. A las diez menos cu
levantaba y se despedía de la compañía. Y así cada vez. Decepción
virtuales suegras.
No hay duda, pensé con indignación. Es Barbastre quien me ha trai
el único a quien se lo dije. Y el otro continuaba.
—Una noche, tras hacer su maniobra, el rector le acompañó. Enton
el criado le ayudaba a ponerse el gabán, el rector se animó a pregu
Guitton, ¿se acuesta usted siempre a la misma hora?». «Sí —respon
—, a las diez en punto». «Es curioso —prosiguió el rector—, conozc
que también se acuesta a las diez todas las noches. Se la presentaré
inconveniente?». «Al contrario —respondió Guitton—, si tiene esos
veo más que ventajas». Así es como se encontraron por primera vez
rector de Montpellier.
—¿Y entonces?
—Guitton cayó enfermo.
—¿La emoción?
—No es imposible. Lo cierto es que guardó cama durante varios me
—Tuvo tiempo de reflexionar.
—Oh sí, y más cuando ella venía todos los días, justo a las siete de
traerle un tazón de caldo. Fue así como supo conquistar su corazón
Guitton sanó, puede que por amor. Salió de la cama.
—¿Se casó con ella?
—Todavía no. La cosa tardó.
—Las conveniencias.

—Y sobre todo el miedo a no poder pensar más. Aut libri, aut liber
—El amor loco, vaya.
159
—Al fin, iban a casarse en el otoño del 39 o en la primavera del 40
—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
—Pues sí. Estalló la guerra. A él le hicieron prisionero. Pasó cinco a
Alemania.
—Un respiro apreciable. Y, mientras tanto, ¿qué fue de ella?
—Al marcharse, Guitton le había dejado una llave de su apartamen
libros y sus papeles. Los preservó de cualquier deterioro durante la
esperó.
—¿Se acabaron casando?
—En el 46 o 47, no sé bien.
—¿Y entonces toda su vida se acostaron a las veintidós horas?
—Sin duda. Y la tisana todas las noches...
—Es atroz.
—Sí. Lo sublimó al escribir un libro aceptable sobre L'Amour huma
—¿La amaba?
—Juzgue usted mismo. Barbastre me relató esta conversación que
él. Guitton: «¿Cree usted, Barbastre, en la vida eterna y en la resurr
carne?». El otro: «Pues igual que usted, supongo, Maestro». Silencio
«Maestro, ¿tiene usted dificultades con ese artículo de fe?». «Oh no
Guitton—, es otra cosa...». «¿Qué es, pues?». Y Guitton, suspirando:
encontrar a Marie-Louise».
En ese momento me di cuenta de que había un alma muy cerca de
sobre mi hombro. Giré la cabeza... Era Marie-Louise, mi mujer para
—¡Marie-Louise! Esperaba que viniese. ¡Oh! ¿No habrá escuchado l
estos dos imbéciles?
—¡Jean! Deje a los imbéciles y sea inteligente. Venga conmigo al p
—Mi querida amiga, la historia contada por estos imbéciles...
160
—Jean, una historia contada por imbéciles resulta vulgar. Todo es
verdadero. Todo es espiritualmente falso.
— Bueno, pero dígame por qué nadie se toma en serio nuestro mat

—Reconozca que a nuestra unión le falta romanticismo.
—No podíamos hacer nada. Fueron las circunstancias.
—¿Cómo quiere impedirles que vean en ello un acto fallido? Dicen
matrimonio le daba miedo y se ríen de verle casado.
Soltó una pequeña risa.
—Y además —añadió— nos casamos con cincuenta años.
—Ésa no es una razón. El corazón siempre tiene veinte años. Rouss
Bergson tenían razón. La risa es una crueldad.
—Jean, para ver el corazón hay que tenerlo. Ellos no tienen suficie
escapa lo esencial.
—Los ha oído como yo. Se ríen de nosotros. Descaradamente. Es in
podemos hacer?
Rompió a reír.
—Reír de buena gana. Porque es divertido.
—El amor es una cosa seria.
—Cualquier cosa vista desde el exterior se presta a la risa. Y adem
es gracioso.
—¿Usted también?
—Claro que sí. Es usted distraído, autómata. Cuando uno lo ve actu
conocer la causa, se ríe.
—Soy demasiado cerebral.
—Olvídese de todas esas preocupaciones. Allí arriba, su incumplid
su plenitud.

—¡Exagera usted! ¡Tampoco soy tan ridículo!
—A veces es usted grave como la razón pura. Si Kant se hubiera ca
señora Kant hubiera sido risible y Kant archirrisible.
—Es verdad. Vea la mujer de Sócrates. ¿Estaremos condenados los
celibato?
—Es una fatalidad. El matrimonio tendrá siempre algo de prosaico.
es más poético.
—Antes de cincuenta años.
—Como máximo. Después, es lo contrario. Difícil de idealizar.
—Marie-Louise, ¿qué es una mujer ideal?

—La mujer real, cuando uno ya no se equivoca de ideal
—Marie-Louise, ¿por qué la pasión es el único amor que interesa a
—Es lo único sublime al alcance de cualquiera.
—Pero yo no soy apasionado.
—Tuvo una pasión: la filosofía. No lamente nada.
—Cuando la pasión se enfría, ¿cómo seguir queriendo?
—Mirándose uno mismo al espejo, teniendo a la vez el sentido de l
del ridículo.
—¿Y las tentaciones de infidelidad?
—Me dijo usted que los únicos libros cuya lectura vale la pena son
lo dicen todo.
—Es verdad, pero todos los capítulos no vienen a ser lo mismo...
—Sin duda, pero hace falta madera para hacer resonar las cuerdas.
—Marie-Louise, ¿por qué la gente sólo sueña con el amor romántic
—Cada uno tiene su camino. Algunos se casan porque se aman, otr

amándose porque se casan. Más vale que en todo matrimonio haya
de lo otro.
—Si tuviera que repetir, tendría aún más miedo de casarme con ust
tanto tiempo hoy día.
—El miedo destruye el amor. Es el miedo, Jean, el que inhibe su af
—Marie-Louise, ¿por qué llegó usted tan tarde en mi vida?
—Había que dejar que madurara usted.
—Es verdad. Llevaba un gran retraso, como todos los que tienen po
innovar. Hace falta menos tiempo para hacer a un servidor del pres
—Llegué cuando estaba en pleno esfuerzo. Mi misión era la de hace
etapa difícil.
—Aún así, no me gusta que se burlen de nosotros.
—Sea sencillo. Sólo así se reirán menos.
—¿Por qué termina uno amando una vez casado? ¿Es la necesidad
el hábito que uno ha adquirido?
—Tiene que haber otra cosa. Hablamos de amor.
—Marie-Louise, ¿qué es esa otra cosa?
—Debe estar relacionado con el tiempo y la eternidad.

—¿Entonces cómo puede ser que se me haya escapado?
—Le toca a usted decirlo.
—Una cosa es en el presente lo que aceptamos que sea en el futuro
—Siempre le perdoné ese galimatías.
—Por el contrario, mi pintura siempre le contrarió.
—Un pasatiempo, una diversión de vuestra verdadera vocación. Ad
pasión que ennegrece las uñas y deja manchas por todas partes.
163
—Desespero eternamente de hacerle comprender esto. Pero se lo pe
también, por la eternidad.
—Esa palabra: eternidad, Jean, la más bella que jamás pronunció. I
su vida, el don de su espíritu, el eje de su libertad.
—¿Qué es el amor humano?
—Un impulso de vida que se reflexiona, se interioriza y se eleva a l
En la superficie, la juventud, la belleza, la pasión, el placer. En el p
profundidad, la alegría, el honor, la confianza, la estima, el respeto
generosidad tierna, el afecto firme y cordial.
—¿Y en las grandes profundidades?
—El abismo que llama al abismo.
Mons. Vingt-Trois había llegado al gran movimiento de la oración c
gracias, que es la cima del rito cristiano. Marie-Louise me dejó, dic
adiós con la mano. Volví a la tribuna. Encontré a Dante, que me est
esperando.
NOTAS
1
«Hay que elegir entre los libros y los niños».
164
DONDE HABLO CON DANTE SOBRE EL AMOR Y LA POESÍA
—Maestro Jean, debe de estar cansado después de tantas visitas.
—Si lo estuviese, Príncipe de los Poetas, la suya bastaría para renov
fuerzas.
—Guitton, no me quedaré más que un instante.
—Al contrario, tenemos tantas cosas que contarnos. ¿Sabe usted qu
Academia me ocupaba de la poesía?
—Guitton, tiene usted una mujer extraordinaria. ¿Se ha dado cuent

—Absolutamente extraordinaria. ¿Por qué se marchó tan rápido?
—Exquisita discreción de un amor verdadero.
—Es perfecta.
—¿Vio usted qué mirada lanzó hacia el Cielo al irse?
—¿Hacia el Cielo? No. Me pareció que me miraba a mí.
—Miraba hacia el Cielo. Contemplé el resplandor de ese misterio.
—La poesía, Dante, siempre me ha interesado, sobre todo en su co
arte que no soporta la mediocridad. Para la Academia la poesía...
—La poesía es la hija de la mirada.
—¿Sólo de la mirada?
—De una sola mirada. Única, donde todo se encierra, hombres, pla
animales, estrellas de fuego, planetas...
—En suma, todo.
165
—Estanques con peces abundantes, océanos de noche, purgatorio, i
paraíso.
—Y otros muchos objetos más, a cual más bello. Es evidente. No ob
ventajas de la prosa...
—La antigua sangre de nuestros ancestros y sus bellas acciones, el l
sus deseos, la juventud con sus pasiones. La vejez con su sabiduría.
—La juventud con la ambición, la vejez con la tristeza.
—El alma, el cuerpo, la vida, la muerte, el pecado, la virtud y la sa
hombre, la mujer y Dios, la Trinidad.
—El Amor.
—El amor único, el amor verdadero, Guitton, el amor infinitamente
—Sin embargo, ella me miró.
—Sí. Dichoso el hombre cuyo corazón merece semejante mirada.
—Más bien desdichado, Dante, al que le toca y no ve su felicidad. M
hablaba, estaba como un hombre que, medio dormido, sueña.
—Tal es la vida en poesía. Guitton, ¿por qué no ha sido usted más p
—La poesía es mística.
—Como todo lo que es serio aquí abajo y allí arriba.
—Dante, ¿qué es serio en la vida?
—El juego del Amor y de la Providencia.

—¿Dónde está el amor divino? ¿Dónde está el amor humano?
—En su mirada, Guitton, vio usted dos llamas abrazadas. La una m
deslumbrante, la otra más pequeña y danzante.
—Dante, ¿qué piensa usted de la emoción de la vida, de la juventu
belleza? ¿Y de las locuras, los encantos, las voluptuosidades?
—Son chispas de la pequeña llama.
166
—¿Son tonterías olvidadas allí arriba?
—Fueron los esbozos de una dulzura, las pruebas de la ternura, el
una calma.
—Es decir, ¿la vida?
—¡Oh! Guitton, toda imagen de la llama viva, que surge del fuego
montaña, es por siempre jamás un símbolo en memoria santificado
que la perfección no conlleve nunca mutilación. Lo que allí arriba e
sublimado es para la beatitud y la bendición. Toda la belleza del tie
lo sublime eterno.
—¿Y el instante?
—Toda chispa es eterna, una vez que brota de lo profundo de un ar
verdadero.
—Este misterio es demasiado grande.
—Por eso no pertenece al filósofo, sino al teólogo. Y al poeta.
—Es verdad miró al Cielo. Qué mirada. ¿Vio usted, Dante, su mirad
—Andar cien años en el recuerdo de semejante mirada.
—Desgraciadamente, estoy tan pesado. No puedo andar. Me siento
por miles de heridas.
—Dentro de poco tiempo, Guitton, cantarás, a corazón abierto, Sum
clementiaé1, el himno del perdón en el fuego que depura. Encontra
remedio y el alimento. Así se cerrará tu última herida.
—¿Y qué seré entonces?
—Espera.
Abajo, en el altar, tenía lugar la elevación. Dante se puso de rodilla
cabeza con una gracia infinita. Le imité maquinalmente. Pronto lev
cabeza, miré la hostia aún alzada. Al echar una nueva mirada sobre
que seguía aún con la cabeza agachada. Entonces, incliné la cabeza

rápidamente, al tiempo que mantenía los ojos fijos sobre Dante. Él
167
más absorto en la adoración. Entonces bajé por tercera vez la cabez
nobleza y simplicidad. Cuando la campanilla tintineó por última ve
levantamos de nuevo la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.
—Dante, ¿qué seré?
—Puro y listo para subir a las estrellas.
Dante desapareció. Lloré de alegría. Me sequé los ojos con un inme
me soné bastante ruidosamente. Mientras tanto, el visitante de la n
muerte se deslizó por la tribuna, detrás de mí.
NOTAS
1
Dios de suma clemencia.
168
CÓMO EL EXTRAÑO VISITANTE HACE UN ÚLTIMO INTENT
DONDE YA NO SÉ QUIÉN SOY
—¿Quién es usted?
—¿No se acuerda de mí?
—¡Usted!
—Yo. Hoy, maestro, lo he oído todo. Enhorabuena. Para ser un mu
perdido usted nada de su vitalidad. No le falta tampoco habilidad.
entendedor le aprecio.
—¿Qué quiere decir?
—Me comprende usted muy bien. Su expediente se bambolea. Muy
manera de declararse culpable. Se nota que sabe coger a Dios por s
flacos. Siempre quiso a los que se arrastran a sus pies.
—Habla así porque se negó a adorarle.
—No quiere al hombre más que de rodillas.
—Quiere al hombre grande y, cuando está de rodillas, el hombre es
—Divertida paradoja. Siempre he encontrado ridículos esos hombr
que ya no tenían vello en las rodillas a fuerza de serrarse las tibias
incómodos reclinatorios.
—¿Qué busca?
—Tenía interés en ver su féretro bajar por la nave central. Después

últimos honores en el gran patio de los Inválidos. La República ha l
cosas. Parece ser que el presidente está a punto de llegar. Ha sacrifi
usted su última comida de gala en la embajada de Francia.
169
—Es un gran honor para mí. Es un gran honor.
—Tendrá usted tiempo de explicarme su filosofía. Tenía usted razó
línea argumental, excepto en un detalle: su maestro es ingrato.
—Dios es bueno.
—No me cuente un cuento. Ya no me la pega, Guitton. ¡Es divertid
privado usted de gozar de la vida y no aprovecha ni el paraíso. Hab
durante toda la vida que un ángel servil osara pegarle en los dedos
chiquillo de siete años, y además delante de todo el mundo, cada v
usted expresar un poco su personalidad inhibida, y todo para llegar
Condenado, pero con el mínimo sufrimiento.
—¿En qué consiste eso?
—Algo así como el pago de un franco simbólico. Nada que ver con
crueldades suntuosas merecidas por mis verdaderos elegidos.
—Habla usted del infierno como los imbéciles hablaron del matrim
—Insúltame si quieres. Acabarás comprendiéndome y amándome c
que es allí abajo nuestra más bella forma de amor. ¡Pobre Guitton!
se llama perder en todos los campos. Si me hubieras escuchado no
Te habrías llenado de placer en el tiempo y el gozo de odiar a Dios
eternidad. ¡Ah, maestro, si supiese qué gusto da! Cuanto más le cas
más se disfruta odiándole. Y cuando termine triunfando, ya que triu
gran cobarde —el más fuerte gana siempre al final—; cuando haya
gozo será perfecto ya que mi odio será total. ¡Si supiera cómo esper
—¡Márchese!
—No antes de haber jugado yo también mi partida. Cuántas celebri
Guitton. Se nota que es usted un hombre importante. Tres presiden
los más notorios, se desplazan por usted, más el Príncipe de los Filó
Príncipe de los Poetas, un papa, sus más grandes genios franceses...
pobre pequeño Blondel no estaba a la altura, como de costumbre, p
más poder, y le ha importunado con sus historias de inmortalidad.
ridículo. El resto, lo reconozco, de etiqueta.

—Tengo que irme.
170
—No sin antes escucharme. Vine a traerte a la memoria un viejo re
necesario que lo tengas bien presente en la memoria, cuando comp
el tribunal de Dios. ¿Recuerdas cuando estuviste a punto de morir,
veinte años?
—¡Cállese!
—Veo que te acuerdas. Caíste en coma. Te llevaron al hospital. Estu
una noche inconsciente. Una persona amiga velaba por ti fielmente
sabes que no miento. Yo también estaba allí. Bebía suero al oírte ha
hablabas. Y decías cosas muy interesantes.
—¡Cállese!
—Decías esto: «Todo el mundo dice que soy el gran filósofo católico
broma. En el fondo, yo soy ateo. Siempre he sido ateo. Completame
Nací en una familia de beatos: todas mis relaciones pertenecían a e
tenía que hacer carrera. ¿De qué otro modo podía hacerlo? Póngan
lugar. He seguido el juego. Nadie me lo puede reprochar».
—¡Cállese, por piedad!
—Continuabas porque eras inagotable. «Pero no, no soy un impostc
realmente. Todos somos impostores, lo que significa que nadie lo es
humana, la comedia humana, la comedia humana».
Me desplomé sobre una silla.
—¡Pare, se lo ruego!
—Seguiste diciendo: «Por otra parte, ¿soy realmente ateo? Puede q
que otra cosa. Quizás soy un caso muy interesante de desdoblamien
personalidad. Soy el otro Guitton. El ateo, el agnóstico, el escéptico
momento, el Guitton beato está provisionalmente fuera de servicio.
libre para divagar y ocupar el terreno. ¿No es verdad que es bueno,
cuando, dejar caer la máscara y tomar aire, aunque sea el aire vicia
cloroformizado de este hospital siniestro? Y este que me vela y me
ojos tan abiertos. No da crédito a sus oídos. Este querido amigo no
poner cuando me despierte. Se mata a excusarme, a negar la evider
viejo amigo. El prototipo del hombre de honor, con corazón, inteli
cortesía además; no le falta nada. Un amigo de verdad. Al menos es

Ya que yo no tengo amigos. ¡Miren cómo se sobresalta! Sólo me qu
171
mismo, a mí mismo».
—No, a él lo quería de verdad.
—Escúchame hasta el final. «A pesar de todo soy católico, en el sen
me expreso mejor, literariamente, en ese terreno. Soy muy literario
el trabajo. O, mejor, trabajo mucho, pero soy extremadamente pere
religión era algo menos serio que el racionalismo, menos coacciona
pude tener éxito con poco esfuerzo, con el mínimo gasto. ¿Si hubie
hubiera tenido más éxito? La Sorbona, la Academia, la alta socieda
dinero. Lo he tenido todo, en el fondo. Todo, menos la felicidad. ¿P
felicidad? El privilegio de imbéciles que no se han desdoblado. Tal
hubiera podido hacerse con el poder en ese campo de batalla confu
que se quiere llamar con el ridículo nombre de 'yo'. ¿Y si mañana n
de piel, si ya no le cediera más el paso al Guitton beato, moral y re
imaginan qué escándalo? ¿Qué disparate podría hacer? ¡Qué proye
espantosos me pasan por la cabeza! Podría escribir un libro. Eso es.
refutar todo lo que he demostrado. Eso sería divertido. A los advers
Guitton provisionalmente fuera de servicio no les parecería diverti
pueden llamarse ateos, nietzscheanos: ellos también son unos mied
el Guitton fuera de servicio. Ellos también querrían ser sencillos. A
les importa la ilusión de su sinceridad. ¡Les daría miedo ver en mí n
inexistencia de su yo y la mentira de su verdad! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!».
—¡Ah!
—«Dicho esto, hay que pensar en el futuro. Me he comprometido c
santurronerías. Un hombre inteligente necesita tomar un poco más
Voy a velar para que mi colega lo establezca, cuando esté de nuevo
Lo esencial, para sentar las bases de un éxito duradero, es el equívo
siempre dos conceptos en el fuego, dos tesis en el fuego, asegurar s
pasarelas, puertas secretas, complicidades discretas, garantías dada
contragarantías tomadas, solidaridad juiciosa de lo indigno, pequeñ
clandestinos, favores sagrados, vía real que conduce a los grandes n
inmortalidad. Pero, ¡cuidado!, un traidor puro no es interesante. No
personaje vil, ya que lo vil no es más que lo profundo que sale a la

cuanto, más bien, un personaje bobo, que está aún entero y de una
También está ese otro, el traidor verdadero, que no sabe ya quién e
máscara, ya que no tiene rostro. Traicionar hasta traicionar su traic
que le sienta de maravilla a mi espíritu crítico superior. Ser fiel has
pero en el alma de un traidor hacer vivir el corazón de un fiel, en e
172
fiel hacer morar el corazón de un traidor».
—¡No!
—Sí. Y terminaste con estas palabras misteriosas, de las que no he
sondear toda su perversidad: «Todo esto lo sé. Pero es hora de hace
pensar en la posteridad. El ser no existe. No hay más que proyeccio
maneras me salvaré en el mundo proyectado por una de mis dos m
aunque esté condenado en el que proyecta la otra. ¿Ser condenado
que el lote común de las mediocridades. El nec plus ultra es ser des
el alma condenada de su propia alma».
Caí a tierra, desmayado.
—Duerme ahora —me dijo—. Ya estás preparado para la etapa sigu
podamos filosofar pronto entre los dos, o más bien entre los tres: yo
divertiremos, tú y yo, persiguiéndote a ti.
173
TERCERA PARTE
MI JUICIO
174
CÓMO DOS HUÉSPEDES DEL INFIERNO VIENEN EN EL MOMENTO PRECISO A REPRESENTAR UNA ESCENA DE EXPOSICIÓN
La sala del tribunal estaba ya casi llena. Se puede decir que había a
público. Al fin una satisfacción. Me habían dicho que esperara y re
pequeño oratorio contiguo a la gran sala de audiencia. Pero como n
rezaba por los dos, consideré más oportuno pensar. De vez en cuan
entraba en éxtasis. Entonces me ponía a mirar por el agujero de la
así como vi llegar a dos condenados. Los reconocí al primer vistazo
tenían la piel roja de todo.

El de la izquierda era Sarache, antiguo ministro socialista, del cual
hablado varias veces el presidente Mitterrand y yo. Al verlo, me pu
triste. Era tan tonto; la tontería no es un pecado, a fin de cuentas. T
haber cosas que ignoro, me dije para consolarme.
El de la derecha era Labarthète, antiguo director de un periódico d
Era un celoso que hablaba lo menos posible de mí en su periódico.
le dio la fiebre verde[1]. Eso duró un año y medio. Durante ese tiemp
columnas yo tenía talento. Después me volvió a guardar en el arma
lo vi, me dio un escalofrío, porque creía saber todo de él y porque
de malo que yo. Tiene que haber algo que ignoro, me dije para tran
Charlaban.
—¡Lo que se aburre uno en el infierno!
—No me hable, mi querido amigo. La única distracción es venir a v
los amigos.
—Y a los enemigos.
—Por cierto, ¿a quién han de juzgar hoy?

—A Jean Guitton.
—¿Al filósofo? ¿Acabó muriendo? ¿A qué edad?
—Cien años, grosso modo.
—¡Cien años! ¿Y cuántos en la Academia?
—Treinta y ocho.
—¿Treinta y ocho en la Academia? Su caso está claro. Mañana será
querido compañero.
—No es seguro. Parece ser que altas instancias luchan por salvarle
—¿Quién puede interesarse por ese viejo egoísta?
—Gente de la flor y nata de la corte: santa Teresa del Niño Jesús, e
Pablo VI, que dicen van a canonizar, y me quedo corto... Además, n
nunca quién está citado como testigo de descargo en el proceso Gu
—Espero que me lo diga.
—Un antiguo presidente de la República.
—Siempre ha necesitado las grandezas. ¿Y cuál? ¿Pompidou? ¿De G
¿Poincaré?
—No acierta.

—Francamente, no veo a otro.
—Busque bien.
—No veo. ¿Albert Lebrun?
—¡Claro que no!
—Me rindo.
—¡François Mitterrand!
—¡Mitterrand!
176
Le miró, incrédulo.
—Es imposible —dijo—. Conozco el derecho canónico. Los condena
tienen derecho a atestiguar en los juicios de los muertos.
—Justamente. No está en el infierno.
—¿No está en el infierno? ¿Y qué más? Usted lo está por haber sido
de sus trabajos sucios durante catorce años de ignominiosa presider
es más gravemente culpable que el subordinado. Ergo el jefe será m
severamente castigado. Pero el subordinado está condenado. Por co
el jefe también lo está. Es matemático, es jurídico, es lógico y hasta
—Usted sabe bien que Dios no tiene ni espíritu matemático ni espír
En cuanto a la lógica...
—No me hable, es un oriental. Un judío. Pero volvamos a Mitterran
—Le aseguro que el Osservatore Romano de ayer tarde (edición cel
anunciaba lo más oficialmente del mundo su testimonio en el proce
En la página 4. Justamente lo llevo en el bolsillo. Tenga, lea usted m
Labarthète cogió el Osservatore, lo abrió y leyó.
—¡Esto significa que está salvado! Es inaudito.
—Es inverosímil.
—Diga más bien que es escandaloso.
—Yo, sabe usted, no soy católico y, después de todo, Dios hace lo q
pero encuentro que acoge realmente a cualquiera.
—Estoy de acuerdo. El Cielo se desacredita con este tipo de decisio
desde el principio. Vea la Samaritana, la mujer adúltera, Leví el col
el buen ladrón, y me quedo corto. ¡Pero Mitterrand se lleva la palm
un verdadero truhán, cuya inmoralidad de base fui uno de los poco
denunció desde el principio!

—No es la inmoralidad lo que me molesta, sino la falta de dignidad
uno es inmoral, ¡caramba!, uno lo asume. El infierno es asumirlo. M
vuelto a cambiar de chaqueta. Lo encuentro lamentable.
177
—Ese granuja habrá pasado el tiempo engañando a los hombres. Y
eternidad engañando a Dios. No me extraña que se lleve bien con C
dos son tal para cual.
—En todo caso, lo que me alegra es que ahora, cuando se sepa esto
Mitterrand será tintín para el Panteón.
—¡Chist! Aquí llega el tribunal.
El tribunal entró y tomó asiento. Arriba, en la cátedra, Cristo. Deba
Pedro, sosteniendo las llaves del Reino de los Cielos. A su izquierda
derecha, san Juan Evangelista, mi patrón, y santa Teresa del Niño J
lejos, los ángeles asesores. Un jurado compuesto por santos pensado
filósofos; pude reconocer a Justino el Mártir, Agustín de Hipona, To
Aquino, Blaise Pascal, Frédéric Ozanam, Paul Claudel y Maurice Blo
al jurado, el ángel fiscal, llevando al costado una espada de fuego s
blanca con reborde azul. Ángeles suizos por todas partes, con unifo
exactamente como en el Vaticano. Esperaba que me harían entrar p
grande, la del fondo. En efecto, se abrió de par en par. Un ujier ent
asesor se levantó. Interrogó y el ujier respondió.
—¿Quién pide comparecer hoy ante este augusto tribunal?
—Maestro Jean Guitton, Ilustre filósofo, Miembro eminente y decan
de la Academia Francesa, Profesor Honorario en la Sorbona, Autor
y cuatro obras y de trescientos opúsculos, Auditor laico en el concil
Vaticano II, Amigo de varios soberanos pontífices, Consejero de pre
la República, Hombre universal, honra de la lengua y del pensamie
—No lo conocemos. ¿Quién pide comparecer hoy ante este tribunal
—Sr. Jean Guitton, Filósofo, Profesor honorario en la Sorbona, Mie
Academia Francesa.
—No lo conocemos. ¿Quién pide ser hoy juzgado por el Señor Jesu
—Jean Guitton, filósofo, pecador.
—Lo conocemos. Que entre, él que ha salido del tiempo, y que sea
en la eternidad para que se cumpla en él la obra de la justicia y de

misericordia divinas.
178
Entré. Me dirigí hacia la tribuna, apoyado en mi bastón. Una vez ar
esbocé una genuflexión y luego incliné la cabeza profundamente. T
los ojos puestos en mí. Santa Teresa miró a san Pedro, quien dijo:
—Que le den un asiento, ¡a su edad!
Un ángel suizo me acercó un sillón. Me senté. Miré hacia delante, t
proclamó:
—En este día, Jean Guitton, filósofo, comparece ante el tribunal de
San Pedro se volvió hacia Cristo, quien apretó ligeramente los labio
NOTAS
1
Véase nota 1 de "DONDE SE PRONUNCIA MI ORACIÓN FÚNEBRE Y LOS COMENTAR
TUVIERON LUGAR DURANTE LA MISMA".
179
DONDE SE ME VE EN GRAN PELIGRO Y DONDE SANTA TE DE LISIEUX BATALLA A MI FAVOR
San Pedro interrogó el primero.
—Jean Guitton, ¿qué has hecho en tu vida?
—He filosofado.
—¿Qué quieres decir?
—He aprendido a morir.
—¿Cómo lo has aprendido?
—Mirando a Cristo.
—¿Quién te enseñó a mirarle?
—La que le dio a luz y le vio morir en la cruz. Fue ella la que me lo
—¿Cómo te lo enseñó?
—Mientras hacía un libro sobre ella.
San Juan tomó la palabra. Es mi santo patrón. La víspera del día en
sufrió recostó su cabeza sobre el pecho del Señor. Ése fue el sacram
que recibió el conocimiento insondable. Yo le amaba. Cien años ha
hablaba de ta tou kuriou pneumatika1 Y hoy lo estaba viendo. Su v
firme de lo que hubiera creído. Su estatura mayor. Su rostro irradia
la Verdad.
—Jean —me preguntó—, ¿qué es morir?

—Es perderlo todo, abandonarlo todo y abandonarse entre las man
—¿Por qué es importante morir?
180
—Porque es el único momento de la vida en que uno puede darlo a
todo y sin esperar nada a cambio.
—¿Qué es vivir bien?
—Es vivir en cada instante como moriríamos si muriésemos bien.
—¿Qué es morir bien?
Miré a santa Teresa y la respuesta me vino, fulgurante:
—Morir de Amor.
—Jean, ¿qué es el amor?
—Amar es darlo todo y darse a sí mismo.
San Juan se recogió. Ozanam preguntó:
—Jean, ¿es triste morir?
—Es triste para los demás.
—¿Y para uno mismo?
—Es triste si se piensa en la tristeza de los demás.
—Jean, ¿moriste triste?
—Quise perseverar en la alegría
—En el momento de tu muerte, ¿tenías fe plena en la vida eterna?
—Sí, y sin embargo aún estoy sorprendido de no haber sido aniquil
—¿Tenías dudas, pues?
—No, pero la desesperanza me tentaba.
—Comprendo. Lo más difícil es esperar. Me dijeron que te tentaron
momento de la muerte.
—Sí, pero Blaise Pascal vino a reconfortarme.
181
—¿Qué quisiste escribir en tantos libros?
—Quise saber si todo esto era verdad. Habiéndolo estudiado bien, j
era. Lo escribí. Dije los motivos y las razones. Miré a toda la gente
mí y dije simplemente:
—Yo tenía razón.
Fue entonces cuando Tomás de Aquino tomó la palabra. Me pregun
—Jean, ¿qué habrías hecho si la verdad hubiera sido que el cristian

falso?
—Hubiera preferido la verdad.
—¿Por qué crees en Jesucristo?
—Creo en el cristianismo porque es verdadero.
—Jean, ¿qué es la verdad?
—La Verdad es Aquel que es.
—Jean, ¿qué es el juicio de Dios sobre el hombre?
—La manifestación del juicio del hombre sobre Dios.
—¿Cuál es tu juicio sobre Dios?
—Creo que Dios es verdadero. Creo que Dios es justo. Creo que Dio
Cristo movió la cabeza. San Pedro me interrogó, con un tono de pr
grave.
—Todos los aquí presentes hemos definido el amor, con las palabra
de Lisieux: amar es darlo todo y darse a sí mismo. Tengo que hacer
presencia de todos, la gran y única pregunta: Jean, ¿te diste?
No respondí. Hizo de nuevo su pregunta.
—Jean, ¿te diste?
En ese momento me desmayé y me habría caído del sillón a no ser
ángeles suizos que se precipitaron para sostenerme. Enderecé la cal
182
gruesas lágrimas corrían por mis mejillas. San Pedro retomó la pala
—Jean, tu último día ya llegó y pasó. Ahora es la Hora suprema. El
fallar. Piensa que es el Amor el que te juzga. Eres juzgado sobre el
poder responder a esta última pregunta. Jean, ¿te diste?
Entonces, lentamente, con dificultad, yo, Jean Guitton, me levanté.
quiso decirme que continuara sentado, pero Teresa le tocó la mano
hacer. Me mantenía muy recto a pesar de mi edad, los dos puños cr
sobre el bastón. El ángel fiscal, severo, observaba. Dejó su banco y
ponerse a mi derecha. Así rodeado, empecé con voz ronca, que se f
Y continué con una voz siempre ronca, pero crescendo.
—Viví. Morí. Estoy enterrado. Mi alma está desnuda, colgada a un
vertiginoso, como un arbusto en la pendiente de un acantilado. Ya
de todo lo que creía ser. Ya no tengo nada de todo lo que creía tene
hubiese dado todo o simplemente perdido todo en vida, no me sent

pegajoso. ¡Quién podría decirme por qué me siento tan pegajoso!
El ángel fiscal respondió:
—Son los honores, de los cuales has sido ávido. Es tu deseo de glor
preocupación por sobrevivir en la memoria de los hombres.
—Me decía: es para la gloria de Dios.
—No era más que para la tuya.
—¿Quién me dirá por qué la sustancia de mi alma está toda encola
—Es todo el dinero que ganaste.
—Me decía: será para buenas obras.
—Y no era más que para contentar tu rapacidad.
—¿Quién me dirá por qué me siento más pegajoso que una mosca e
—Es tu pasión por la fama. Rezuma desde el fondo de tu alma. Mil
conducido a la ambigüedad, al silencio, a la omisión. A las concesio
Hasta el borde de la traición.
Protesté débilmente. El ángel fiscal me lanzó una mirada recta, obj
183
Sentía que la tierra me tragaba, ut ita dicam2. San Pedro, sin emba
—Jean, exprésate.
—¡Oh, san Pedro! Me siento pecador y gran pecador, lo he dicho, p
preocupación de la verdad obligaría, creo, a matizar las palabras de
—¡Ved siempre ese mismo orgullo! ¡Él se conoce mejor que lo cono
ángeles!
Fue entonces cuando Teresa del Niño Jesús levantó la mano. Y san
la palabra diciendo:
—Teresa, sabemos tu respeto por la verdad. ¿Puedes explicarle a to
presentes quién es Guitton?
—Se le ve antes que nada como un distraído. Es verdad que lo es. Y
miope. Para economizar tiempo, confía en su piloto automático la c
gran parte de su vida. Ésa es la razón de que se dé tan raramente a
interlocutores. Se contenta con ofrecerles un personaje social, un se
que anda por reflejo y funciona por costumbre. Le cuesta hacerse p
abrirse a los demás. Cuando lo consigue está radiante, deslumbrant
espíritu, su encanto es irresistible. La mayoría de las veces está aus
triste y encerrado.

—¿Eso es pereza o timidez?
—Más bien temperamento y negligencia en reformarse.
—¿Por qué esta distracción?
—Porque no para de pensar. No es un cráneo lo que tiene, es un gé
Vive en la reflexión continua. La gente lo toma por un orgulloso, u
original que se desinteresa por todo lo que les apasiona. Se equivoc
bien que no se interesa por ello de la misma manera. No se burla d
encima. Mira siempre desde arriba, de lejos, desde el punto de vist
eternidad. Eso le da un aire ausente a este autómata pensativo. No
que mucha gente sonríe a sus espaldas, incluso aquellos que le hac
reverencias. Pero en seguida se da uno cuenta de que, en su distrac
estando atento y de que, en su candor, es más fino que Maquiavelo
le toma por un pérfido y, como tiene éxito, se le tiene envidia.
184
—Teresa, ¿Guitton es pérfido o cándido?
—No hay más que candor en él. O más bien el candor es la forma m
de su hipocresía. Muchos creen engañarle, les deja que lo crean y e
engaña. Está demasiado adaptado a la comedia humana. Muy deser
las vanidades, de las que ha guardado la necesidad y no posee sufic
para pisotearlas. Conoce a fondo el juego de los maquiavélicos, per
lo suficiente a los hombres ni se estima lo suficiente a sí mismo par
sería posible tener éxito sin la ayuda de los pequeños medios. Es in
descubrirlos. Los usa con un talento superior. Calcula y manipula.
—Así, pues, ¿no es puro?
—Es ambicioso, pero con demasiada indolencia como para triunfar
ámbito donde naturalmente destaca sin esfuerzo. Habría sido un sa
hasta habría triunfado más, si hubiera confiado menos en la astucia
Providencia.
—Comprendemos mejor esta alma y te agradecemos que nos hayas
duda alguna, estamos en presencia de una personalidad muy rica, p
seductora. Pero cada uno de los aquí presentes sabe que tenemos q
sobre el amor. Teresa, ¿cuál es tu opinión sobre este punto?
—Desde su juventud, varias veces se ha dado, otras tantas se ha ret
—¿Y al final?

—¿Al final? Creo que se dio y que murió en el impulso de ese don.
—Teresa, ¿puedes demostrar lo que expones?
—Tengo un testigo.
NOTAS
1
«Todo lo que llenaba el espíritu del Señor».
2
«Por así decir». Expresión frecuente en Cicerón (nde).
185
DONDE SE PRODUCE LA SORPRESA DE VER CITADO A FRA
MITTERRAND COMO TESTIGO DE DESCARGO
Teresa se contentó con mirar a san Pedro. Éste dijo entonces:
—Que hagan pasar al presidente Mitterrand.
Imagine cada uno los diversos movimientos y murmullos que recor
sala. Sarache, burlón, le dijo al oído a Labarthète:
—Tengo curiosidad por ver a Mitterrand llevando la aureola.
—Va a quedar usted decepcionado. Tiene que hablar con la cabeza
Es el derecho canónico. Los testigos no tienen derecho a llevar la au
de no influenciar a los jueces.
—¡Tras la francisca, la aureola!
—¡Todo lo que hubiera deseado tener!
Mitterrand acababa de entrar. Por primera vez, me puse a esperar,
razones. Pero, en ese momento, el señor ángel fiscal pidió la palabr
se la dio. La inquietud se apoderó de mí de nuevo.
—Señor Jesucristo, san Pedro, y vosotros todos, miembros de esta a
asamblea, antes de que escuchemos prestar declaración al presiden
creo mi deber hacer unas últimas preguntas al maestro Guitton. Ma
Guitton, ¿no se expresó usted ya en público sobre el tema de sus co
con el presidente Mitterrand?
Me había pillado. Decidí jugar un juego franco, al tiempo que nave
los obstáculos más cercanos. Respondí con aire despreocupado:
—Concedí varias entrevistas. Hasta me pregunto si no escribí un pr
alguna parte sobre el tema.
186
—En su opinión, ¿sus declaraciones sucesivas concuerdan?

Le miré. Parecía inocente. Comprendí que tenía cartas en la manga
tranquilo y cansino, confesé:
—No exactamente.
Abrió su informe.
—¿Quiere usted que comparemos?
Captó mi escalofrío. Todos lo captaron. Miré a Teresa. Ella estaba t
ojos saqué un nuevo impulso de sinceridad. Volviéndome objetivo
respondí:
—Si lee al tribunal esos papeles, podríamos encontrar fuertes diver
las diversas versiones.
—Su franqueza presente merece ser acogida. Además nos evita cita
fastidiosas. Pero, si esto es así, ¿cómo quiere que le creamos hoy?
—Tendrá testigos que ya no saben mentir.
—¿Cómo explica usted la presencia de estas divergencias que usted
califica de fuertes?
—Es que no estaba delante de mi Juez.
—¿Ha mentido usted en la tierra, entonces?
—La mentira consiste en no decir la verdad, con la intención de en
existen la verdad material, la verdad eterna, la verdad novelesca...
—Los hechos son los hechos.
—Sin duda, pero fíjese en los Evangelios. San Mateo escribe para lo
Lucas escribe para los griegos.
—Y usted, ¿para quién escribió?
—Para mi público, claro está.
—Admirable respuesta. ¿Y dónde está la verdad?

—El Señor sabe dónde está.
—¿Se niega usted a responder?
—En cualquier caso, el Señor sabe la verdad. Si le respondiese en p
crearía tensiones entre mis editores. La caridad está ante todo.
—Si es así, el público no sabrá jamás a qué atenerse.
—El público hará su juicio. Es lo que sigue prefiriendo.
—¿Lamenta usted haber engañado al público con una u otra de sus
infieles?

—No creo haber engañado. Más bien dudaba entre diversas interpr
—¿Lo sostendría usted mismo en sus entrevistas en la revista Matc
—El presidente Mitterrand tenía mayor poder que yo en la redacci
¿Cómo quiere que a mi edad consiga distinguir en mis recuerdos m
de las suyas? Y más aún cuando a través de mis mentiras Mitterran
verdades que no podía decir él mismo. De manera que, al mentir lo
decíamos la verdad.
—¿Puede usted aclarar eso?
—Eran golpes a tres o cuatro bandas. En el momento comprendía.
pierdo.
—Por última vez, Jean Guitton, ¿dónde está la verdad?
—Nosotros, los hombres, a veces no sabemos ni cuál es nuestra ver
El Señor me juzgará y mi verdad será eternamente lo que haya juzg
la decisión de mi juez soberano. Que sea por siempre jamás mi úni
mi único testimonio.
Hubo un silencio. Capté una conversación entre dos santos sentado
bancos del jurado.
—Es una anguila.
—Parece que estamos en el proceso de Mitterrand, no hace mucho
188
—Los dos son tal para cual.
Inquieto, miré a mis jueces. Ponían mala cara. Ahora bien, Mitterra
salido bien parado. Entonces...
El ángel fiscal simplemente dijo:
—El tribunal apreciará.
Y volvió a sentarse.
San Pedro, no obstante, retomó la palabra.
—Hemos citado al presidente François Mitterrand, aquí presente. T
consideración el interrogatorio que acabamos de escuchar, es neces
a la escucha del testigo.
Se volvió hacia Mitterrand.
—Señor presidente de la República, ha aceptado usted comparecer
de descargo en el proceso celestial del maestro Jean Guitton, aquí p
Tenga a bien presentarse ante el tribunal.

—Me llamo François Mitterrand, hombre de Estado francés del sigl
1915. Mi carrera política comenzó con la Segunda Guerra Mundial
1995. Cumplí dos mandatos de siete años como presidente de la Re
francesa. Morí poco después de la expiración de mi segundo manda
—¿Cómo conoció usted a Jean Guitton?
—El maestro Guitton era quince años mayor que yo. Pasé tras él po
instituciones, particularmente por la residencia de estudiantes lleva
padres maristas, en la calle Vaugirard nº 104, en París. Al principio
sus libros, especialmente por sus obras de crítica religiosa, que leía
Nuestros caminos fueron paralelos. Fuimos educados en familias pa
padres católicos, fervientes, abiertos, católicos sociales, desprovisto
sensibilidad reaccionaria. Y después, durante la guerra, bajo la Ocu
Vichy, estuve encargado de los prisioneros franceses en Alemania. I
jerárquico fue Henri Guitton, el mismísimo hermano de Jean, el cu
entonces prisionero en Alemania.
—Jean Guitton volvió en junio de 1945, en el tren del millonésimo
189
¿Fue entonces cuando lo conoció?
—¡Oh, no! Debí de encontrarme con él por primera vez en los años
nuestras relaciones fueron superficiales. No profundizaron hasta la
presidencia. Guitton era académico. Al envejecer, había adquirido u
notoriedad. Al final, casi por sí solo era una institución. Nuestras fu
nuestras posiciones nos daban la ocasión de vernos con bastante re
Apreciaba su manera de pensar. Él me comprendía a la perfección.
especialmente el recuerdo de una visita que le hice en su choza del
departamento de la Creuse, para hacerle oficial de la Legión de Hon
Hablamos del absurdo y del misterio.
—Señor presidente, el tribunal ante el cual ha venido usted a testifi
responsabilidad de juzgar la vida del maestro Guitton. Aquí, se juzg
hombre sobre el amor. ¿Su experiencia encierra elementos suscepti
ayudar a la formación del juicio del tribunal?
—Por supuesto. Dieciocho meses antes de mi última salida del carg
sufría de la enfermedad que debía llevarme y de la cual ya presentí
preocupé de mi funeral. Había previsto exequias puramente civiles

todo, un entierro grandioso en los montes salvajes del Morvan.
—¿Puede usted facilitar al tribunal algunas precisiones significativa
tema?
—Seré breve. Después de estar expuesto tres días y tres noches bajo
triunfo de la plaza de l'Étoile, mi féretro, al amanecer, habría de se
sobre una cureña de cañón y transportado, rodando al paso, a travé
ciudades y pueblos, llorado por ese pueblo que tanto he amado, ha
región del Morvan. Allí, a la entrada del bosque, en el lugar donde
camino transitable, mi féretro debía ser cargado sobre los hombros
verdaderos amigos, a la caída del día, en la puesta de sol. Seguido
procesión de seguidores fieles, los unos vestidos con capas negras,
largas togas blancas, hubiéramos subido, por una senda forestal y l
sendero de montaña, hasta la cima de un monte ventoso y pelado.
mil años, se celebraban aún sacrificios druídicos y ningún signo de
evangélica limó nunca el promontorio bárbaro. Su punta de sílex es
plantada en el corazón del cielo. Al resplandor de las antorchas y a
extraños de cantos druídicos, mis despojos debían ser inhumados e
sepultura tallada dentro de la roca. Una escuadrilla de aviones de a
un baile endiablado, ceñirían entonces el monte con bufandas de h
190
colores de Francia y con los colores del luto mientras se fuesen apa
últimos resplandores del cielo. Añádanle algunas iluminaciones, so
ciento un cañonazos y tendrán lo esencial del rito que había previst
San Pedro no podía creerlo:
—¿Ciento un cañonazos?
—Ni uno menos.
Labarthète, medio levantado, extasiado, dijo a Sarache, taciturno,
hombros caídos:
—¿Ha oído, Sarache?, ¡ciento un cañonazos! Evidentemente ni una
bendición con hisopo... ¡Pero claro, ciento un cañonazos!
—¿Y qué?
—Me parece oírlos. ¡Qué bonito! ¡Qué grandeza! ¿No le dan escalo
Al final encuentro a Mitterrand muy simpático.
Sarache explotó:

—¡No diga usted gilipolleces, Labarthète! Mitterrand estaba grotesc
funeral druídico. La derecha se reía burlonamente; la izquierda se r
era el único que creía en ello.
—No hable así. Usted era uno de sus verdaderos amigos. Hubiera ll
féretro.
—¿A lo largo de dos mil ochocientos metros de sendero pedregoso
trescientos ochenta metros de desnivel? Gracias.
—Sin embargo, ¡qué honor!
—Para tener que hacerse masajes en el hombro durante un mes...
—¡Hubiera usted formado parte de la procesión!
—¿Me ve usted haciendo de plañidera por la ladera de la montaña,
negra de Mefistófeles o una toga blanca a lo Bruto?
—En todo caso, habría usted cantado.
191
—Desentono.
—Decididamente, está cerrado a lo sublime de la existencia, a toda
emociones profundas. A mí, una procesión siempre me ha dado esc
espalda. No me extraña que esté usted condenado.
—Y usted, pobre gilipollas, ¿está tal vez en el paraíso con sus escal
—Es usted un grosero y un impío.
—Por eso soy un condenado. Y estoy orgulloso de serlo.
—Yo no era un impío, era piadoso.
—¡Vamos!, era usted un piadosillo.
San Pedro amonestó a los condenados:
—¡Silencio o hago evacuar la sala! Señor presidente, su relato es m
esclarecedor y ese proyecto de ceremonia nos informa bastante bie
estado de su alma dieciocho meses antes de su muerte. ¿Pero en qu
esto a la causa que juzgamos, por favor?
—A ello voy. El funeral en cuestión debía, según toda probabilidad
celebrarse en el año 1996. Ahora bien, era el año del decimoquinto
bautizo de Clodoveo. El papa Juan Pablo II debía venir a Francia.
—Ese funeral pagano hubiera producido el más enojoso efecto.
—No sé cómo se difundió la cosa y llegó a oídos de Jean Guitton. D
entonces, a este último se le metió en la cabeza hacerme cambiar d

Sarache, fuera de sí, exclamó:
—He aquí la estupidez burguesa. Emoción en la sacristía. Salvar las
Había que disecar al viejo con arreglo a los usos.
Se levantó, fuera de sí, y soltó a grito pelado en la sala de audienci
—¡Abajo el clero!
Labarthète, medio levantado a su vez, le tiraba de la chaqueta para
sentarse y le regañaba:
192
—El viejo Guitton tuvo razón en reaccionar. Era una cuestión de co
de tradición y de respetabilidad. Todo lo esencial estaba en juego.
—¡Suélteme, burdel!
—Siéntese, ¿no le da vergüenza?
Y se agarraron por el cuello:
—¡Fanático!
—¡Sectario!
—¡Viva la República, caramba!
—¡Muerte a la pordiosera!
San Pedro, durante todo ese tiempo, estuvo agitando en vano su ca
finalmente, recurrió a los ángeles suizos:
—Señores, evacuen a esos furiosos.
Dos ángeles agarraron a los condenados por el cuello y los echaron
Cuando los perturbadores salieron, san Pedro preguntó a Mitterran
—¿Conoce usted los motivos que pudieron incitar al maestro Jean G
hacerle cambiar de decisión?
—En esa época, yo lo ignoraba todo sobre su resolución. Aún no m
—Jean Guitton, ¿puede usted explicarnos el origen de esa decisión?
—El origen es oscuro, como todos los orígenes. La emergencia al co
fácil de localizar. Me fui en avión a Roma, donde tendría lugar una
de mis cuadros sobre el tema de L'Amour pour le temps et l'éternit
que de costumbre siempre viaja conmigo —quiero decir que tiene c
las gotas en los ojos, no llego a hacerlo solo...—; total, mi secretaria
ausente. Me encontré sentado en el avión al lado de una chica jove
veinticuatro o veinticinco años. Su rostro me sonaba, pero con gran
por mi parte, ya que mi amnesia es muy selectiva, no pude reconoc

dijo su nombre. Sólo me dijo que era normanda y que había vivido
carmelo. Es fácil de imaginar que ya no osé hacerle más preguntas.
qué, la conversación se puso a girar en torno al presidente Mitterra
193
futuro funeral.
—¿Estaba usted ya resuelto a hacer algo?
—No. Su decisión me entristecía, pero estaba resignado. ¿Qué podr
hecho? ¿Qué quieren? Era inevitable. No se puede cambiar nada de
cosas. Fue entonces cuando la chica joven me dijo con una sorpren
de convicción: «Tiene usted que impedir eso. En Roma verá usted a
pedirá usted una carta para François Mitterrand». «¿Pero por qué?»
«Santa Teresa del Niño Jesús lo quiere», me respondió». Iba a inter
como el avión aterrizaba, la cosa acabó allí. Me bajé.
—¿Y la joven?
—Desapareció. Al día siguiente tuvo lugar mi exposición. Vi a los d
embajadores de Francia y a seis o siete cardenales. Todos me dijero
no estaba visible. Estaba en Castel Gandolfo, tenía que cuidarse, el
empezar dos días después. Imposible verle. Tras la inauguración de
exposición, me hicieron visitar el lugar. Era un colegio como los mi
en Roma. El rector me guió y luego, en la capilla, me dijo: «Maestro
segunda celebridad francesa que visita este colegio. La anterior fue
Lisieux, la víspera del día en que vio al Papa». Qué cosa más curios
día siguiente, hice la visita de los cardenales franceses durante la m
Luego, por la tarde, después de la siesta, cuando estaba comiendo t
bebiendo dos dedos de vino blanco, una amiga vino a verme y me
rosario del Papa, en el patio San Dámaso. Todo el mundo puede en
usted conmigo?».
—¿Suele ir usted? —preguntó san Pedro.
—Claro que no. Escribí un libro sobre la Virgen Santa. Mi teología
Eso me basta. Nunca rezo el rosario. Y, sin embargo, incomprensibl
rosario.
—¿A pesar de todo esperaba usted ver al Papa?
—Los cardenales me habían dicho que era imposible. Era evidente.
En fin, conoce usted mejor el Vaticano que yo. Total, no pensaba en

—¿Y qué pasó?
—Vi al Papa. Era el uno de octubre, fiesta de santa Teresa de Lisieu
194
era el último filósofo cristiano francés.
—Le debió de gustar. ¿Qué respondió?
—Nada. Miraba a otra parte.
—¿Y entonces?
—Me acordé. Dije simplemente: «El presidente Mitterrand...». Me e
una mirada cargada con los pecados del mundo. Se recogió, rezand
intensamente. Y luego me bendijo, se dio la vuelta, se alejó. Entonc
cardenal me dio una carta, susurrándome estas palabras: «Del Sant
el presidente Mitterrand». Y me quedé allí, con mi carta, mis recue
deber que cumplir.
—¿Y entonces?
—Había que ir. Y fui.
—Nadie ha leído nunca esa carta.
—Es curioso, en efecto. Al volver hablé de esa carta con la persona
acompañaba. Le dije que Francia era un país terrible. Una indiscre
Mis editores iban a forzarme. Era evidente. Total, era imposible esc
esto al Match.
—¿Entonces?
—Es inverosímil, perdí la carta. Estaba extremadamente fastidiado.
maneras, pedí una audiencia de media hora al presidente Mitterran
contarle mi conversación con el Papa sobre él.
—¿Media hora?
—El Papa había sido muy denso. Había que explicitar su pensamie
traicionarlo. Total, fui convocado por Mitterrand.
195
DONDE SE CUENTA CÓMO CONVERSÉ CON EL PRESIDENT
MITTERRAND DE LOS TEMAS MÁS IMPORTANTES REFERE
AL DESTINO DEL HOMBRE
Llegué al Elíseo. Ascensor, pasillos, un breve instante en la antecám
me introdujo en el despacho presidencial, diciendo:
—«El señor Jean Guitton, de la Academia Francesa».

—¿Y la carta? —me interrumpió san Pedro.
—Es inverosímil. No me crean si no quieren, pero al entrar en su d
momento de apretar la mano del presidente, la encontré.
—¿Dónde estaba?
—Entre el pulgar y el índice de mi diestra.
—Increíble.
—Estoy de acuerdo
—¿Qué hizo?
—La cambié de mano.
—¿Cómo explica usted esta desaparición y esta reaparición?
—No me lo explico.
San Pedro miró a Teresa de Lisieux. Ésta miraba al Cielo. Entonces
dijo:
—Prosiga.
Me encontraba yo, pues, en el despacho de François Mitterrand.
196
—Señor presidente —le dije—, enhorabuena. Nadie al verle le cree
—Por desgracia, señor Guitton, está el ser y la apariencia.
—Realmente, parece estar en estado de gracia.
—El estado de gracia... Antaño conocía el significado de esas palab
ya no lo sé.
Y se quedó silencioso.
—Señor presidente, vuelvo de Roma. Vi al Papa. Hablamos de uste
Mitterrand me miró. Se encerró. Frío, pareciendo hablar consigo m
—Claro, estoy condenado... Además, estamos todos condenados...
Se volvió hacia mí.
—Usted también, señor Guitton, está condenado. Pero usted, el filó
cristiano, ¿no está harto de vivir? ¿No tiene ganas de ir allí? Si cree
tendrá ganas. Casi cien años de vida sin Dios debe ser un calvario p
¿No se muere usted por no morir?
No supe responder más que con una risa nerviosa. Ya no sabía por
ido. Había olvidado la carta. De pronto me acordé de ella.
—El Papa me confió una carta dirigida a usted.
Mitterrand no mostró el mínimo signo de satisfacción, de asombro

indiferencia.
—¿Una carta? —preguntó, con un tono admirablemente impenetra
—Sí —le respondí—. Aquí está.
Se la tendí. El presidente la cogió, la abrió, la leyó, la depositó con
gesto sobre una mesa baja.
—Responderé —dijo—, a ese Johannes Paulus.
—¿Lo hizo? —preguntó san Pedro.
—Lo ignoro.
197
Hubo un silencio en el Cielo. En el Elíseo también hubo un silencio
mismo tipo de silencio.
San Pedro preguntó:
—¿Qué dijo además el presidente?
—Me resulta delicado relatarlo.
—Jean, debes decir toda la verdad.
—Pues bien —dije, incómodo—, dijo: «Cuando Green y usted haya
desaparecido, no habrá nadie más en la Academia Francesa».
Oí entonces, en el banco del jurado, a Claudel susurrándole a Ozan
que es verdad!».
Prometo, sin embargo, que respondí a Mitterrand, y con voz sincera
—¡Bueno, señor presidente, seguro que quedarán otros! (Y añadí:)
haber sido uno de ellos.
—Literatura y política. Tenía dos vocaciones, como usted, creo.
—Para mí eran la pintura y la filosofía.
—Consiguió dedicarse a la una y a la otra. Le envidio.
—Señor presidente, éste es el catálogo de una exposición de pintura
hecho, en Roma, sobre el tema de L'Amour pour le temps et l'etern
—El tiempo y la eternidad...
—Hoy es su santo y tengo el placer de ofrecerle este catálogo como
Mitterrand sonrió.
Cogió el catálogo, miró la cubierta. El catálogo se abrió sobre una b
reproducción. Mitterrand la miró con atención, levantó los ojos.
—Es verdad —dijo—. Hoy estamos a 4 de octubre de 1994. San Fra
era mi santo patrón.

198
—¿En su casa se celebraban los cumpleaños o los santos?
—Los santos. Eramos siete hijos, chicas y chicos. Era bonito, esas g
familias. Hoy día ya no se ven.
Añadió:
—Le agradezco el regalo. Es usted el Chagall católico.
Me miraba. Conseguí no sonrojarme de placer porque las comparac
siempre me molestan un poco. Cambié de conversación.
—Realmente, señor presidente, está usted muy bien.
—Sin embargo, me acosté tarde, a causa de la emperatriz de Japón
haber traído esta carta.
Tocó el timbre. El ujier reapareció. Nos levantamos los dos. Me aco
la puerta.
—Hasta pronto, señor presidente. O, más bien, adiós. A nuestra eda
decir adiós.
—Adiós, maestro.
Y, después de un rato:
—No, diga más bien: «Hasta pronto».
De pronto, en el umbral de la puerta, irguió el pecho y, con gran so
—Señor Guitton —declaró—, me comprometo a ir a su casa, antes
año, para hablar de la muerte y de la eternidad.
Vino a verme, a mi domicilio, el 25 de noviembre de 1994. Mis pie
andaban bien. Le esperé en mi despacho-salón, de pie, apoyado en
medio de la sala. Una mujer joven hizo pasar al presidente, lo anun
el abrigo.
—Señor presidente —comencé—, me hace usted un gran honor.
—Entonces, devuélvame honor por honor, dejemos de lado toda mu
hablemos de hombre a hombre.
199
—Se lo prometo. Entre usted y yo no habrá ni mentiras, ni evasivas
omisiones, ni palabras con doble sentido.
—Gracias, maestro. Y yo le prometo hacer lo mismo.
—Hable.
—Guitton, ¿por qué el infierno?

—Porque Dios es amor.
—¿No cambiará nunca, incorregible inventor de paradojas?
—No soy yo, fue Dante quien lo dijo.
—Que sea él o usted, sigue siendo una paradoja.
—Señor presidente, la realidad es ella misma paradójica. Dios es po
el espíritu paradójico. Pero a él le es del todo natural ser paradójico
más bien nosotros los que somos paradójicos respecto a él, con nue
pensamiento ya hecho y sin paradoja.
—Pensamiento silencioso como un desierto, liso como un fregadero
la mano. El infierno existiría, pues, porque Dios es amor... No digo
Explíqueme simplemente. No tengo prejuicios, ¿sabe usted?
—¿No tiene usted un ministro alérgico a Dios?
—Sin duda se refiere usted a Sarache. En él es una fobia, en efecto.
—¿Sarache querría ir al paraíso?
—De ninguna manera.
—Entonces, dígame lo que Dios puede hacer con él después de su m
¿Meterle en el paraíso a la fuerza?
—Ese paraíso le sería infernal.
—Estoy de acuerdo.
—Existe el purgatorio.
—Uno no se queda. No es más que la antecámara del paraíso.
200
—Muy justo. Tampoco querría eso.
—Entonces, ¿qué puede hacer Dios?
—Aniquilarlo.
—Sin duda. Pero, ¿y si no es Su forma de actuar?
—Sin embargo, en algún sitio tendrá que meterlo.
—¿Pero dónde?
—En otro lugar distinto del paraíso.
—Evidentemente. Dicho de otra manera, en el infierno.
—Entonces el infierno es: otro lugar distinto del paraíso.
—Exactamente.
—Pero no, Guitton. El infierno es más que eso. En el infierno uno s
—¿Pero de qué se sufre, señor presidente?

—¡Vaya usted a saber! Del fuego, de los tridentes...
—¡Folclore, señor presidente! ¡Folclore!
—¿Cómo es eso, Guitton? ¿No cree usted en las penas del infierno?
—Claro que sí, señor presidente. Pero todos los teólogos le dirán qu
primera del infierno es no estar en el paraíso.
—Pero acaba de decirme que Sarache sufriría al estar y me dice qu
no estar. Es absurdo.
—Absurdo como el pecado. Uno no quiere cometerlo, y lo comete.
pero uno lo goza. Uno querría no sufrirlo, pero bien que se abstiene
evitarlo.
—Es verdad que tal es la experiencia de la falta.
—Y así debe ser también la experiencia del infierno. El pecado es e
201
temporalidad. El infierno es el pecado en la eternidad.
—¿Pero por qué sufre uno más?
—Tal vez más, pero sobre todo de otra manera. Uno sufre definitiv
es todo.
—Pero si uno sufre más, debe poder ponerse en movimiento, reflex
querer salir de allí.
—Todo eso supone tiempo. Ahora bien, en la eternidad uno ya no e
tiempo y ya no es tiempo.
—Pues entonces, Guitton, uno está atrapado.
—No, pero sí realizado.
—¿Y nuestra libertad?
—Consumada ella también.
—Entonces, según usted, ¿Sarache en el infierno tendrá libertad pa
—Sí.
—Pero no es libre de no estar.
—¿Pero si no quiere estar en otro sitio y no hay más que dos lugare
—Sin duda, pero él querría la felicidad absoluta en el infierno.
—Ése es el problema. Dios no quiere, Él quiere que la felicidad esté
—Pero Sarache no está de acuerdo.
—Por eso Dios y él no pueden estar unidos. Y por eso existe el infie
—Pero Dios no tiene por qué hacer sufrir a este pobre Sarache, que

que un idiota. ¡Lo conozco! Siempre ha sido idiota.
—Si no es más que un idiota, señor presidente, no irá al infierno. L
un pecado.
—¿No le molesta pensar en todos los idiotas que habrá en el paraís
202
—Ése es otro problema, señor presidente.
—Tiene usted razón. Dígame por qué Dios hace sufrir a ese pobre S
—¡Pero si Dios no le quiere hacer sufrir! Al contrario, Dios quiere s
absoluta. Sólo que Sarache no la quiere. Dice que no le ha pedido n
¿Qué quiere que haga Dios?
—Sarache no admite que Dios le haya pedido algo.
—Lo sé. Todos tenemos un Sarache en un cierto fondo de nosotros
Sarache considera que Dios ha violado su libertad al crearlo sin su
y que Dios es un dictador por llegar al mundo sin haber obtenido p
un voto favorable de la ONU.
—¿Y qué responde usted, Guitton?
—Que Dios es padre y que ningún padre pide autorización a sus hij
darles el don de la vida.
—Es lo que escandaliza a Sarache. Le saca de sus casillas. ¿Sarache
—Tal vez. O más bien no. Todo se vuelve lógico si admitimos que S
querría ser Dios.
—Pero no es posible, lo sabe usted bien.
—Justamente, Sarache no admite que exista lo imposible.
—En suma, él querría ser todopoderoso.
—Usted lo dice.
—¡Y así, pues, querría ser Dios!
—Eso es.
—Y entonces el infierno es el panteón real de todos esos dioses ima
—Exactamente.
—Pero Sarache no para de hablar de la libertad. Entonces, cuando
libre»...
203
—Piensa: «ser Dios».
—Nunca había visto las cosas así. Sarache me dijo un día que no qu

fuese su felicidad absoluta.
—Pero Dios no puede dejar de ser la felicidad absoluta del hombre
pidiese que dejase de ser Dios.
—Y es eso lo que le pide Sarache. Querría que Dios no fuese Dios, y
Dios no fuese.
—¿Y quién sería Dios, entonces?
—Nadie. O Sarache, quizás. Digamos el hombre.
—En otros términos, Sarache sufre en el infierno el no encontrar la
absoluta, pero goza en el infierno el poder afirmar su pretensión de
libertad absoluta. Y prefiere estar en el infierno a renunciar a su pr
—Está muy claro. ¿Qué piensa usted, Guitton, de la libertad?
—Con frecuencia hablé de ella con Pablo VI. Pero, por seguir con S
que éste habla siempre de libertad individual. Lo apruebo. ¿Pero po
tendría que ser el único que tuviera que privarse de ella? Pobre Dio
tiene derecho a hablar, que no tiene derecho a pedir nada. Y cuand
ponemos una cruz encima.
—O le colgamos de una cruz.
—Es lo mismo, señor presidente. Es lo mismo. Señor presidente, no
prometido el uno al otro hablar sin mentiras, omisiones o dobles se
Dígame, pues, si en un momento de su vida dejó o no dejó de creer
en lo que llamamos infierno.
Mitterrand reflexionó.
—No. En medio de mis faltas, siempre me quedó el pensamiento de
iba a morir, de que Dios me juzgaría y de que había un infierno par
que hacían el mal.
—¿Así como un paraíso para aquellos que hacían el bien?
—En el paraíso no pensaba, pero sí en el infierno.

—¿Y este pensamiento no le detenía?
—No.
—¿No le estropeaba el placer?
—No realmente.
—Luis XIV era como usted.
—¿Cómo se sabe?

—Por las Memorias de Saint-Simon. Ahora reflexione bien antes de
¿Hubiera venido usted a hablar conmigo si no le hubiese quedado e
de la conciencia una cierta creencia en el infierno?
—¿Le respondo con franqueza?
—Evidentemente.
—No.
Me detuve, en suspenso. Proseguí:
—Y, sin embargo, no tiene usted miedo.
—No.
—Me pica la curiosidad por oírle sobre ese punto, porque yo sí teng
Pero concluyamos con lo precedente. Suponga que Dios procura aq
por amor hacia usted, encontrarse con usted. Sin el pensamiento de
usted no habría venido, el encuentro no habría tenido lugar. Luego
servido al amor.
—En cierto modo...
—Señor presidente, dígame por qué no tiene miedo del infierno. Yo
miedo. Cuando era pequeño, me dijeron que no había que tener mi
me enseñaron el temor del Señor: el temor de no amarle, el temor,
decirlo, de apenarle. Y, sin embargo, siempre he recaído en el mied
en el miedo. Me da miedo el Juicio. Es este miedo el que me impid
—¿Cómo? ¿No ama usted a Dios?
205
—Me gustaría mucho amarlo.
—Sin embargo, está usted seguro que existe.
—Eso sí.
—¡Qué diversas son las almas! Me parece que si tuviera su alma y s
amaría a Dios con todo mi ser.
—¿Por qué no tiene usted miedo?
—Creo que nunca tuve miedo de nada ni de nadie, ni en la tierra, n
—Por eso nació usted para ser rey, y lo fue.
—No le tengo miedo a Dios. No le tengo miedo al sufrimiento. Los
injustos no me asustan. Me rebelan. Los castigos justos no me asust
apruebo. No me da miedo el sufrimiento eterno.
—¡Qué suerte tiene!

—Si Dios pudiese imaginar que vengo aquí por miedo a las llamas y tridentes, le dejaría plantado y me iría inmediatamente. Pero si exis conoce. Sabe que no le tengo miedo al castigo eterno.
—¿Entonces qué es lo que le da miedo, señor presidente?
—Haberlo merecido.
Pasó un ángel. Lancé:
—¿Por su política?
—Mi política... Soy el único en el mundo que sabe su significado. N podido conocer mi secreto. Sé lo que he querido hacer. Sé lo que he no he hecho, lo que me han forzado a hacer o a sufrir. Me gusta mi defenderé delante de Dios. Pero no es mi política la que está en cue
—¿No lamenta nada de su política?
—Le repito que no se trata de ella. Sino de mí.
—¿De usted? ¿No de política? ¿No de moral?

—Es más profundo que la moral y que la política.
—Entonces, ¿de qué se trata?
—De Dios y de mí.
—Creo comprender. Un día, cuando era joven, Dios me condujo al me dijo: «Jean, tienes que desaparecer».
Mitterrand se extrañó.
—¿Qué quiere decir desaparecer?
—No lo sé. Monje en el fondo de un monasterio o barrendero en Pa el conde de Foucauld, o alguna otra cosa imprevisible. No lo sé. Dio Me lo habría dicho.
—¿Qué hizo usted?
—No desaparecí. Dejé escapar la felicidad.
—Pero lo ha tenido todo, Guitton, todo.
—Todo. Menos la felicidad.
—¿Pero si hubiese desaparecido? ¡Qué pérdida! Dios no podía quer
—Era el sacrificio de Abraham, señor presidente. Dios sabía bien pa había hecho. Me habría hecho resurgir pronto y todo hubiera sido i esto de alcanzar la felicidad.
—¿Es esto, Dios y usted?

—Es esto, señor presidente
—Entonces, sí me comprende.
Nos dimos la mano, sin mediar palabra. Luego Mitterrand prosiguió
expresar la más mínima emoción:
—Guitton, ¿qué es la moral?
—Entre nosotros: una cosa triste.
207
—¿Cómo puede ser, Guitton? ¿Está usted contra la moral?
—La moral es una condición previa, un simple acompañamiento, u
consecuencia. Es una repercusión de algo más importante, que la su
vale más que ella. La vida.
—La verdadera vida, supongo.
—Sí, señor presidente, la mística.
—¿La búsqueda del Absoluto?
—La vida en Dios.
—Pero entonces, ¿la moral?
—Un arte de vivir feliz, como hombre o mujer que busca la verdad
estructura de vida que permite el desarrollo de la vida.
—Entre usted y yo, Guitton, ¿puede usted fundamentar la moral?
—Señor presidente, ¿puede usted derribarla?
—Me va a citar la frase de Dostoyevski: «Si Dios no existe, todo est
—No me gusta mucho. Dios no tiene la función de fabricar lo prohi
—Su respuesta me agrada. La frase de Dostoyevski siempre me ha l
de Dios, como si fuera una invención de los autoritarios.
—Señor presidente, ¿no es usted autoritario?
—Obtuve la autoridad gracias al apoyo de los enemigos del princip
autoridad.
—Dejémoslo pues. ¿Puede usted sostener hasta el final que todo est
permitido en el absoluto? ¿El infanticidio, el genocidio, la violación
monstruoso, la injusticia que grita venganza al Cielo? ¿Lo puede? ¿
¿Lo piensa?
—No.
—¿Lo dice por miedo a la opinión?
208

—No, no y no.
—¿Dice usted tres veces «no» con o sin convicción?
—Con. Los actos que ha citado, Guitton, me parecen absolutamente
cuando no hubiese ningún Estado y ningún Dios para prohibirlos y
—Pero cuando dice usted: «Y ningún Dios», ¿no siente usted una es
contradicción? ¿No diría usted más bien: «si, por imposible que par
hubiera ni Estado, ni Dios para castigarlos»?
—No lo sé bien. Digo que esos juicios de valor son absolutamente v
De eso estoy seguro. Eso es todo.
—Vincula, pues, su vida con algo absolutamente verdadero que con
bien.
—Sí. Pero me pregunto cuál es ese absoluto.
—¿Qué opina usted?
—Como mínimo, un imperativo categórico proveniente de no se sa
—Respuesta prudente y hasta cierto punto razonable. Pero, según c
que añadir: «con todo lo que un imperativo categórico semejante p
—Kant habló de esos postulados. Recuérdeme qué decían.
—Se lo explicaré, sazonado a mi manera. Ya sabe usted, señor pres
puedo evitar guittonizar todo lo que toco.
—Como yo, que he mitterranizado todos los partidos que cayeron e
manos. A ver esos postulados.
—Postulado nº 1: libertad de la voluntad.
—Lo admito, de lo contrario no tendría sentido que estuviésemos o
Una marioneta no está obligada. ¿Pero no es una simple impresión
obligación?
—Señor presidente, me dijo usted que no podía creer eso hasta el f
nadie lo creía. ¿Quiere que volvamos sobre ese punto?
209
—No. Adelante.
—Postulado nº 2: espiritualidad del alma, de lo contrario entraríam
por entero en el determinismo universal.
—Y volveríamos de nuevo a la no libertad, anteriormente recusada
—Postulado nº 3: inmortalidad del alma.
—Reconozco que llega a ser probable, a partir del momento en que

trascendencia de la libertad respecto al universo, al cuerpo y a la so
—Postulado nº 4: existencia de un Espíritu eterno, del cual emana e
imperativo, no como una coacción abstracta, sino como una llamad
—Todo esto lo comprendo. ¿Es invención de Kant?
—Más o menos. Lo he transformado un poco.
—Seguramente está mejor así. Nunca me ha gustado Prusia. ¿Le gu
usted? (Hice un pequeño gesto evasivo.) En fin, con Prusia o no, es
acuerdo con todos estos postulados. Pero me gusta bastante Alema
Alemania, Guitton? (Hice otro pequeño gesto evasivo.) De acuerdo
postulados.
—¿Está usted realmente de acuerdo, señor presidente, o más bien l
miedo al sinsentido que resultaría de la otra respuesta?
—Ya le dije que nada me da miedo. Si la vida no valiese absolutam
siempre estaríamos a tiempo para salir de ella. Pero nos quedamos.
Creo en ella. La quiero.
—Si quiere a la vida, no puede usted odiar a Dios, que es el autor d
Señor presidente, ¿qué quiere usted que yo le enseñe? Usted lo sab
—Sé todo lo que quiero creer y no puedo creer nada. Por eso vine a
—¿Pero si lo cree usted con convicción?
—Lo creo firmemente y con una tendencia invencible a no creerlo.
me lleva hasta la certeza de la nada. ¿Hay forma de quitarme este r
—Señor presidente, me pide usted demasiado. No soy más que un i
210
—Sí, como Sócrates o el Vicario saboyano. Ese tipo de idiotez no la
mundo. Es la razón por la cual me gusta escucharle.
—Sobre este tema, ¿qué dicen los electores?
—Que la moral siempre les molesta, hasta cierto punto. Hasta ese p
ser amorales o ser libres para ser inmorales o poder negar la moral.
de ese cierto punto, no obstante, sienten que necesitan una moral. I
en tela de juicio, retroceden horrorizados. Han visto el abismo de u
humana que ninguna otra ley absoluta controlaba. Este abismo les
sobre todo, no les parece verosímil. Son, pues, incapaces de creer e
hasta cierto punto e incapaces de no creer en ella, a partir de ese ci
Tales son mis electores.

—No son tontos. No lo haríamos mucho mejor un lunes en el Instit
—Estoy de acuerdo con usted, Guitton. Precisamente por eso la der
tampoco es tonta. Pero, Guitton, ¿puede usted fundamentar la mora
—¿No lo hemos hecho?
—Por desgracia, maestro, no puedo impedirme recaer en mis dudas
—Señor presidente, no soy más que un pobre hombre. Abandonado
a mis luces, yo no sé qué hacer ni dónde ir. Estoy perdido en la vid
este estado de desamparo, veo que puedo escoger entre dos formas
Puedo o utilizar a los demás o servirles. Y si decido utilizarlos, pue
entre dos actitudes: bien utilizarlos con violencia, bien utilizarlos c
con racionalidad, comercialmente. En este último caso, decido deja
por aquellos que podré utilizar. Así es la vida de simple egoísmo. P
servirles, me parece que voy a olvidarme de mí mismo, a comprom
servicio, y a intensificarlo hasta el don de mí mismo que será el aln
se construirá un cuerpo. Este cuerpo tendrá la forma de una existen
Esta existencia excluirá forzosamente ciertas acciones y llamará a c
que entrar en detalles?
—Está bastante claro por sí solo. ¿Pero por qué vivir así y no de otr
¿Qué es lo que prueba que esta forma es mejor?
—No lo sé.
Mitterrand reflexionó, antes de atacar:
211
—En ese caso, Guitton, no tiene usted razón
—Sí. Ya que no tengo la opción de no tener opción. Tengo que esco
entre dos formas de vida. Tengo que decir: «Serviré», o decir: «Utili
no puedo vivir más que utilizando o sirviendo. Tertium non datur1.
—¿Y entonces?
—Ante la duda, ¿de qué me voy a abstener?
—Adivino por dónde va.
—Nos comprendemos siempre con medias palabras.
—Es por eso por lo que nos entendemos bien. ¿Pero no cree que ser
explicitarlo? La intuición puede engañar. Lo que está en juego es in
Tenemos que estar seguros.
—Supongamos, señor presidente, que me hubiese ido a cazar jabalí

amigo. Al rato lo pierdo de vista. De pronto, oigo ruidos en la male
jabalí. Pero no sale. Se aleja. Qué le vamos a hacer. Apunto, voy a t
—¡No tire, desgraciado! ¡Mire que si fuera el amigo... !
—Pero si fuera un jabalí, ¡qué pena!
—Sí, y si fuera el amigo, ¡qué tragedia!
—Señor presidente, vea usted el porqué de la moral.
—Sí, por si fuera el amigo.
—Cuando uno no sabe cuál es el camino verdadero, el buen camino
fuerza el verdadero. Por eso, de la ausencia de razón surge una razo
todo lo que hay de razonable.
—A esto lo llamarán el argumento de Guitton.
—Me hace usted un gran honor, señor presidente. No es tan origina
de san Alfonso, se hablaba de tutorismo.
—¿San Alfonso de Nápoles?
212
—Sí, se llamaba de Ligorio. Pero vivía en Nápoles, en el siglo XVIII
—Pero supongamos, Guitton, que el alma sea mortal. Nos habrían t
—Señor presidente, me da usted la respuesta del libertino en el arg
Pascal. Sin embargo, no es lo mismo. En el argumento de Pascal, un
entre dos hipótesis, la que es más ventajosa, sin saber cuál es la ver
siquiera la más moral, calculando lo mejor posible su interés en cad
función de las ganancias esperadas y de los riesgos corridos. Y uno
puede preguntarse si, después de todo, no vale más la pena jugar al
número. Pero aquí se trata de otra cosa. Uno escoge entre dos tipos
servicio y la utilización, sin querer demostrar cuál es el mejor en sí
puede saber, por hipótesis, pero no sin preguntar cuál es de todas m
mejor para uno. El principio, aquí, es la duda. Es en el seno de esa
uno quiere ser moral. Señor presidente, ¿escogería usted ser cínica
estuviese razonablemente seguro del absoluto moral y de los postul
—Espero que no, Guitton.
—Sería en efecto una tontería, una perversidad, una debilidad culp
Podríamos caer, sin duda, pero no aprobar nosotros mismos el habe
—Guitton, ¿y si estuviese usted razonablemente seguro del sinsenti
libertad, de la no inmortalidad, de la no moralidad, etc.?

—Dígame antes, señor presidente, qué haría usted.
—Creo que viviría en la indiferencia hacia todas las cosas y que, en
profunda y tranquila desesperanza, me inclinaría más bien por la p
por la pasión. Renunciaría a actuar, a luchar, a conquistar. Y prefer
actuar según la moral del servicio. O en caso contrario, si fuera coh
tendría que volverme fascista, escoger la crueldad frente a la pieda
todo lo que hace daño y gozar haciendo el mal gozando de decir qu
mal, ya que no hay ni bien ni mal.
—¿Ha pensado en ello, señor presidente?
—Un poco. En mi juventud, durante la Segunda Guerra Mundial, al
La sangre, la voluptuosidad y la muerte. El poder y la crueldad. El l
fuerte y libre de todo. Dejarse llevar por los grandes torbellinos des
de la Vida universal y gritar en la espuma del mar, heroico frente a
213
—Ya veo, señor presidente, ya veo: en alguna parte entre Barrès y V
cuándo dejó usted de pensar en ello?
—A principios del 43, Guitton. Después de Estalingrado.
—Es usted de una rara franqueza, señor presidente. ¿Piensa usted q
equivocado o que ha tenido razón al no pensar más en ello? Quiero
filosóficamente equivocado o filosóficamente con razón?
—Con razón, Guitton.
—¿Por qué?
—Este punto no es problema para mí. Hagámosle caso omiso, se lo
—Como usted guste. Fíjese usted, señor presidente: haya o no haya
absoluta, es más razonable actuar según lo que debe ser semejante
absoluta, si hay una.
—Entonces, Guitton, ¿por qué hacemos tantas preguntas?
—Porque no ponemos nunca nuestras dudas en tela de juicio. Duda
moral, nos parece falsa. Si dudamos también de esa duda, no dudar
de nuestro deber. Seamos más críticos, estaremos más seguros. Duc
aún y nos volveremos totalmente seguros.
Me daba gusto revivir nuestra charla. Mitterrand la revivía al mism
yo. Por poco me olvido de mi propia situación y, si no fuera por el
les debo, lo mismo se podría haber dicho de los miembros del tribu

Todos estaban pendientes de mis labios. El Ángel Fiscal estaba esca
En cuanto a mí, sentía un ligero mareo. Me hubiera gustado abrevi
historia de Mitterrand. Era de mí de quien había que hablar, no de
alma la que se juzgaba? Pero estaba atrapado en un engranaje. Imp
pararme. Había que ir hasta el final.
—Para mí —decía el presidente—, la moral es disminuir el sufrimie
prójimo.
—Según creo —dije—, hay dos maneras de disminuir el sufrimient
—¿Cuáles?
—La primera es la analgesia. La segunda es encontrarle un sentido.
214
—¡No me diga jamás, Guitton, que el sufrimiento tiene sentido! ¡No
jamás!
—¿Se empeña usted a toda costa en que no tenga sentido?
—A toda costa.
—¿Se empeña usted a toda costa en sufrir más?
—Otra vez una paradoja.
—Creer que un sufrimiento tiene un sentido es creer que es, si se pu
un medio para un fin.
—No lo admito.
—Muy bien. Pero confiese que se soporta más fácilmente un dolor
lo cree útil. Cuando va al dentista o ingresa en una clínica, se prepa
un cierto sufrimiento, pero también tiene conciencia de no sufrir en
Suponga que está usted obligado a ir al dentista, o a ingresar en un
comprender ni antes ni después nada de lo que le pasa, sin tener ni
razón de ser del dentista o del cirujano. ¿No le parecería a usted m
penoso el mismo dolor físico?
—Lo reconozco, Guitton, ¿pero es lo mismo?
—Señor presidente, se lo pregunto a usted.
—Ya no sé nada. Sufro tanto. No admito este sufrimiento.
—Si el sufrimiento no tiene sentido, uno se dice que sufre por nada
sufrimos por el sufrimiento, sino por lo absurdo del sufrimiento.
—¿Pero y si es absurdo pensar que el sufrimiento podría no ser abs
—¡Pues bien! Si está seguro, sufre usted más, eso es todo.

—Pero, a pesar de todo, no voy a decir que tiene un sentido simple
sufrir un poco menos.
—Señor presidente, si lo dice es que habrá pensado que es verdad.
—Sarache me repitió cien veces que el sentido del sufrimiento es u
215
los curas para calmar a los desdichados.
—Señor presidente, rico o pobre, poderoso o no, todo el mundo suf
después a lo largo de su vida.
—¡Ay!, mi querido amigo, a quién se lo dice usted...
—Me gusta mucho Descartes, a pesar de la pesadez de su estilo.
Me levanté, fui a coger un libro de una estantería, lo abrí en un lug
leí:
—«Mi tercera máxima era la de intentar vencerme a mí mejor que a
mis deseos mejor que el orden del mundo; y generalmente la de ac
que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder sino nuest
manera que hemos hecho lo que hemos podido en cuanto a las cosa
y todo lo que nos falta por conseguir es a nuestro modo de ver absc
Y sólo esto ya me parecía suficiente para impedirme desear en el fu
no adquiriese y, así, hacerme feliz».
—¿Es ésta su filosofía?
—Señor presidente, ¿no es también la suya?
Creía que había terminado con Mitterrand, cuando éste intervino.
—San Pedro, Guitton también me habló de la libertad de una mane
sugestiva.
—Me sorprende usted —respondió el apóstol.
—San Pedro, no hablo de libertad política. Hablo del libre arbitrio,
del querer. En política, Guitton es muy ambiguo, social y maquiavé
reaccionario. Es un táctico fino y un visionario poderoso. Entre nos
con claridad. Yo era igual. Guitton creyó en la victoria de Alemania
guerra mundial, en la de los rusos hasta 1992, pensaba que De Gau
volvería nunca al poder, etc. En esto también somos muy parecidos
—¿Cómo lo explica usted?
—Por un mismo defecto de visión moral en política. Esa inmoralida
impidió ser clarividentes.

216
—Interesante —le dijo san Pedro—. Volvamos al libre arbitrio. ¿Qu
hizo usted a Guitton?
Así fue cómo durante el drama de mi muerte, de mi funeral y de m
Mitterrand estaba una vez más haciendo el cuco. En él es una segu
naturaleza. Me parasitaba. Me robaba el protagonismo. Y Teresa le
Así, pues, Mitterrand se puso a relatar el final de nuestra conversac
—Guitton, ¿somos libres?
—Señor presidente, ¿es usted libre?
—¿Soy yo libre?
—Es una buena pregunta. ¿Qué respuesta da usted?
—No lo sé. Me parece que lo soy y, sin embargo, tengo tendencia a
—¿Por qué?
—Siempre he creído en mi destino, Guitton. Desde niño, creía que
Francia. Creía en un sentido preciso: estaba seguro y era como una
íntima. No era ni un sueño de niño, ni un deseo de adolescente, ni
vida de un hombre ambicioso. Era mi destino.
—¿Cuántos niños han tenido ese sueño? ¿Cuántos hombres han aca
proyecto?
—Sí, Guitton, ¿pero cuántos han creído en el sueño? ¿Cuántos han
proyecto? Se ponen manos a la obra y luego miran hacia atrás. Pru
estaban hechos para la Idea que venía de arriba.
—Sin embargo, la Idea los acarició.
—No los acarició, Guitton. Los rozó, y luego los abandonó. Su mate
refractaria y la Idea no pudo informarla. Su querer era del formato
idea menos sublime y en ella se quedaron enmarcados.
—Su querer, señor presidente, era rebelde a todo menos a la Idea d
rango. A todos los que la reciben, les da el poder de representar lo
—Yo era así, Guitton. ¿Eso era orgullo?
217
—No, señor presidente. La materia llama a la forma. A veces la for
arriba. O más bien la Idea viene de arriba a suscitar la forma en la
—¿Y los que lo consiguen sin que se les dé?
—Su forma regia es artificial.

—¿Y aquellos que, teniendo una verdadera vocación, se realizan y
¿Qué piensa usted, Guitton?
—Traicionan la vocación y se vuelven plagas de Dios.
—¿Por qué Dios acepta que los pueblos estén afligidos por semejan
—Usted y yo lo vamos a saber, señor presidente. El sentido de la hi
sólo en el otro lado.
—Guitton, ¿por qué uno puede tener el alma regia y fracasar en la
¿Era el destino?
—¿Sería el pecado, señor presidente?
—Estamos diciendo disparates. Guitton, todas estas ideas de la voca
más que sueños de infancia. Nuestras ambiciones no son ni el reflej
capacidades, como prueban tantas mediocridades sedientas de asce
supiera a cuántos he condecorado!
—La sabiduría, señor presidente, no es más que una justificación de
La infancia tenía razón. La edad adulta es una aventura o no es más
caída. Los labios y los dientes revelan al ambicioso. La vocación est
mirada. La ambición es una inquietud. La vocación es una espera. L
es un miedo. La vocación una alegría. La ambición calcula y falla y
más estrepitoso de todos sus fracasos. La vocación se abandona y to
dado. Señor presidente, ¿tenía usted una ambición o tenía usted un
—Las dos.
—¿Cuál siguió?
—Las dos.
—¿Qué le hubiera gustado seguir?

—Mi vocación. Mi vocación... ¿Destino o vocación? ¿Cómo saber, G
palabra le conviene?
—Acuérdese y lo sabrá.
—No he tenido la impresión de escoger jamás. Guitton, fui donde m
que debía ir. Cualquier fracaso reforzaba esa certeza íntima. En mis
antes que nada a intrusos y a impúdicos. Cualquier oposición me pa
extraña y contraria al decreto del Cielo. Cuando se cumplió, me par
milagroso y normal. No me sorprendió. Elevado a la presidencia, m
ocupar un sitio preparado para mí.

—Veo que es usted casi tan demócrata como yo.
—Soy demócrata, pero como lo fue Pericles. Para mí, la elección de
a confirmar una elección de arriba. Es lo más bonito que hay en la
—¿El pueblo y Dios están siempre de acuerdo?
—A veces sí, a veces no, Guitton. Generalmente el pueblo no lo sab
veces lo siente.
—¿Quién puede saberlo, señor presidente?
—Pompidou lo consiguió. Giscard lo logró. Pero a De Gaulle y a mí
Ahí está la diferencia.
—Chirac será derrotado sin duda.
—Desengáñese, Guitton. Será elegido.
—¿Se lo darán?
—No sé nada —respondió el presidente—. Una vez que haya llegad
ocurrirle accidentalmente. Pero volvamos a la libertad. ¿Es uno libr
dan las cosas?
—Usted lo quería. ¿Por qué lo quería si era fatal.
—Que lo que tiene que ser sea sólo si lo queremos.
—Señor presidente, todo viene a coordinarse con el deseo conforme
de arriba. Las diversas series causales nos parecen independientes.

otros tantos hilos que vienen a unirse todos ellos a la sabiduría
omnicomprensible de la Primera Causa. Como el conductor del carr
riendas de todos sus corceles entre sus manos, así Dios coordina toc
causas. Y así es como tiene en la mano las riendas de todos los imp
reinos y de todas las repúblicas que fueron, que son y que serán.
—¿Y la suerte?
—Lo que llamamos suerte o baraka es la sorprendente forma que to
nosotros la coordinación superior de series causales aparentemente
coordinadas.
—¿Y el sentimiento de su elección?
—Es el instinto de la misión.
—¿Cómo saber si uno tiene la misión de hacer algo?
—Porque uno sufre mucho, señor presidente, antes de encontrar su
—¡Qué orgullo, Guitton, creerse llamado!

—¡Qué impotencia, señor presidente, no creerlo ya!
—Así, pues, Guitton, ¿los humildes no tienen una misión?
—Cada hombre tiene su misión, ya sea humilde, ya sea gloriosa. El
no es el más alto, es el más fiel al Espíritu de Dios. Los ambiciosos
traicionado su humilde misión y se han metido sin vocación en ide
grandeza.
—Ese tipo de ideas, Guitton, horroriza a los racionalistas, inquieta
demócratas y escandaliza a los laicistas. Me imagino a Sarache, si
—Señor presidente, si Dios no está por encima del pueblo, es el pue
convierte en Dios, la ley humana en voluntad de Dios, el derecho h
derecho divino. La libertad de pensar de forma distinta a la opinión
vuelve idéntica a la blasfemia. No hay entonces ni democracia, ni l
laicidad.
—Es la conclusión a la que he llegado, más o menos, en estos últim
Para ser un ciudadano libre y firmar un pacto social, uno tiene que
previamente un juramento de fidelidad y obediencia a un poder ab
220
justo, el único que puede relativizar los poderes humanos. Pero dej
temas. Usted y yo, maestro, estamos más muertos que vivos. Hemos
en la eternidad. Y es la razón por la cual le interrogo de nuevo sobr
—¿No me ha respondido usted ya?
—Maestro, ¿cómo distinguir todos los significados de la palabra lib
—Inténtelo, señor presidente.
—En un primer lugar está la libertad política.
—De acuerdo. A usted le toca intentar dar su definición.
—Yo diría: un cierto grado de independencia de un poder humano
a otro poder.
—El poder llamado libre puede entonces desplegar sus poderes y ha
que le venga en gana, con razón o sin razón. El poder llamado libre
la causa de sus operaciones y de sus obras.
—¿Pero cómo pasa uno de la libertad política a la libertad personal
—Por una profundización del significado de la palabra causa. Ya no
producir materialmente un efecto, como cuando uno aplasta por de
de alguien. Se trata de ser, en nuestro yo y por nuestro yo, la causa

actos y de nuestras decisiones.
—Sin duda, maestro, pero todo el problema de la libertad consiste
preguntarse si la creencia en semejante poder del yo no es una ilusi
—Cuando creemos que un hombre es realmente la causa de sus act
consecuencias que resultan le llamamos responsable.
—Estoy de acuerdo, Guitton. La libertad, en el fondo, se define por
responsabilidad. Ser responsable de una acción es ser el autor huma
Éste es el significado primero. Pero la responsabilidad se define, inv
por la libertad, que es la capacidad que tiene nuestro yo de ser resp
dos conceptos forman un todo. La libertad es un poder de responsa
responsabilidad es una libertad en acto. ¿Le he comprendido bien?
—De maravilla, señor presidente. La libertad-responsabilidad es un
fecundidad de nuestro ser espiritual, que se desarrollaría dentro y f
221
decisiones y en obras. Nuestro yo no existe más que para unirse co
Verdad, el Bien. La libertad expresa esta unión, como una obra de a
—¿No es una concepción demasiado estética de la libertad? Uno tie
impresión al escucharle, maestro, de que el yo no hace más que cre
azucena o un nenúfar.
—Este reproche, señor presidente, se le hizo hace ya tiempo a Henr
maestro.
—¿Y qué responde usted?
—La acción libre se manifiesta a partir del genio del yo, de su amo
y de su intuición primera. Esto es verdad. Pero también es verdad q
consiente. La libertad se encuentra también en ese consentimiento.
—Guitton, ¿uno puede rechazar ese consentimiento?
—Sí, tanto para bien como para mal.
—¿No es siempre bueno consentir a la llamada del corazón?
—Sí, si la pasión no ha subvertido la llamada.
—¿Está usted en contra de la pasión?
—No, si vive en y para la fidelidad a la llamada.
Mitterrand hizo una pausa. Recordaba su perplejidad. El tribunal se
impasible. El presidente prosiguió:
—Uno siempre se pregunta, Guitton, si el que ha tomado la decisió

realmente un poder independiente. ¿Es realmente este hombre caus
propia decisión? ¿O la decisión es simplemente el efecto de una ser
de las cuales el hombre llamado causa no sería más que el lugar de
de combinación, fortuita o necesaria?
—Vamos a orientarnos. Concebimos lo que sería una libertad total.
poder de empezar absolutamente una serie causal. En suma, una ca
absolutamente primera de efectos de los cuales sería la causa adecu
completa.
—¡Pero la libertad es precisamente eso!
222
—Semejante libertad, señor presidente, me parece más divina que l
—Es verdad. Sin embargo, se pretende haber refutado la libertad p
demostrado los condicionamientos biológicos, sociológicos o psicol
—Cuando se hace eso, lo único que se ha demostrado es que el hom
una libertad tan absoluta como la de Dios. Lo que deja abierta la cu
saber si el hombre posee o no una libertad de hombre. Ahora bien,
que es sobre ella sobre lo que nos preguntamos.
—Guitton, una libertad que no fuese total no nos interesaría. Una l
puramente humana no interesa a los hombres.
—Aristóteles decía que una vida puramente mortal no tenía nada q
a un mortal. ¿Pero significa esto que quiere ser usted Dios?
—No he dicho eso. Mi opinión es bastante diferente. No digo que q
Dios. Me pregunto lo que puede significar ser libre si uno no es Dio
—Todos querríamos alcanzar una libertad absoluta. Pero la cuestió
se trata de imaginar que somos Dios, o si se trata de participar de a
de la libertad absoluta de Dios.
—Para ello haría falta que Dios nos hiciera partícipes de su propia
—En esto consiste nuestra fe.
—Semejante libertad absoluta, Guitton, sería de hecho una obedien
—Podemos darle la vuelta a la proposición. Semejante obediencia a
una libertad absoluta.
—No me gusta nada la obediencia, aun cuando fuera de oro puro.
—Es más que de oro puro, señor presidente. Recuerdo haber leído
—en san Juan de la Cruz, me parece— que cuando el alma está per

unida a Dios, es ora Dios ora el alma quien manda. Mandar sobre D
algo prodigioso?
—En efecto. Pero, de todas maneras, obedecer...
—La libertad consiste en ser absolutamente independiente de todo.
así. Luego la única manera de ser libre es estar perfectamente unid
223
geometría, señor presidente. Llame a esta unión perfecta obedienci
Me parece que la obediencia o la perfecta armonización de la volu
hombre con la voluntad de Dios no es más que el principio de una
más sustancial donde el ser mismo del hombre estaría como agarra
mismo de Dios.
—Pero eso es panteísmo, ¿no?
—No me parece, señor presidente. Es la perfección del amor. Lo qu
cristianos llaman matrimonio espiritual entre el alma y Dios.
—¿Y qué es la obediencia, a este nivel?
—Imitar a Dios. ¿La libertad es la nada?
—Pero obedecer... ¿Le gusta obedecer, Guitton? ¿Tiene usted el al
—¿Le gustaría yo a usted si fuera ése el caso?
—No es suficiente respuesta, Guitton.
—Un ser razonable no es un siervo cuando obedece, pero lo es cua
obedece razonablemente. Ser razonable es pensar en verdad.
—¿Qué es la verdad?
—Lo que resiste a la duda y sale de ella.
—¿Cuál es el fondo de la razón?
—La oración.
—Pero, maestro, ¿no es la razón más bien un poder de construcció
según unas leyes autónomas del espíritu humano? La verdad sería
adecuación de los objetos a las leyes del espíritu humano.
—Si así fuera, Sarache tendría razón. El espíritu humano sería, en
espíritu divino. ¿Cree usted que esto puede ser así?
—No. Porque sufro y no he hecho el bien que quise hacer.
—Entonces, ¿por qué no obedecer, señor presidente?
224
—Por qué no, en efecto...

El auditorio estaba pendiente de los labios de Mitterrand. Yo estaba
Todos esperaban ver adónde quería llegar el presidente. Me hacía c
—Si queremos una libertad absoluta, nos hace falta una unión perf
Realidad absoluta. Esto implica una obediencia perfecta, que tambi
libertad perfecta y especialmente una libertad intelectual perfecta.
—Maestro, nos hemos situado demasiado en lo absoluto. Aún no ve
puede significar ser libre.
—Todo ser humano aspira a una libertad absoluta. Hemos buscado
podía significar.
—Y pretende usted que, a no ser que estemos prosternados ante el
absoluto de Dios, no sabríamos ser libres.
—Señor presidente, me está usted provocando.
—¿Y la infalibilidad del Papa? ¿Es la libertad del intelecto? ¿Y la In
la libertad religiosa?
—Señor presidente, hablemos de todo ello si quiere. ¿Pero cree uste
nuestro tema?
—No. Nos estamos atascando en las rodadas de Sarache. Ya es hora
la libertad humana. ¿Por qué hemos hablado de la perfección y de
divina?
—Pues porque todo el mundo habla y piensa sólo sobre ello. En cas
¿daría la obediencia tantos problemas? Sería la cosa más sencilla q
¿Obedecer? ¡Qué cosa más trivial! Pero claro, queremos la perfecci
libertad, y comienzan las dificultades.
—Debe ser eso. Al menos hay algo de eso. Entonces, ¿qué es ser lib
humano? Avancemos, Guitton, o moriremos en nuestra ignorancia.
de razón y de verdad. ¿Ser libre es ser razonable y actuar razonable
—Ésa era la idea de Kant.
—¿Qué opina usted, Guitton? O mejor recuérdeme antes lo esencia
225
—En dos palabras, señor presidente, Kant estimaba que el hombre
cuando era la causa de su acto.
—¿No está usted de acuerdo?
—No la única causa.
—Es verdad, Guitton. Está Dios, y volvemos a la predestinación, a l

todo aquello por lo que hemos comenzado... Luego ser libre, dice u
causa.
—Sí, señor presidente, pero ser causa por el fondo mismo de nuestr
espiritual. Es Kant quien lo dice.
—¿No está de acuerdo?
—Claro que sí. En parte. Pero queda por precisar cuál es ese fondo.
—¿Cuál es, según Kant?
—Supongo que la razón, señor presidente.
—¿La razón con una gran R?
—Dejémosla con minúscula, a fin de poder proceder.
—Procedamos, Guitton. ¿Y entonces?
—Ser libre es entonces ser causa de sus actos por la razón que cons
como fondo de nuestro ser espiritual.
—No está tan mal...
—No he dicho lo contrario, señor presidente. Espere la continuació
que estemos determinados por los objetos que la razón se represent
sentimientos que estos objetos pueden despertar en nosotros.
—¿Qué significa eso?
—Si lo entiendo bien, señor presidente, ser libre sería no estar dete
la riqueza, el poder, los cuerpos agradables, la gloria, el paraíso, la
Dios; no estar determinados por la necesidad, el placer, el dolor, el
amor, etc.
226
—¡Caramba! ¿Y por qué diablos quiere que estemos determinados
—Por la razón pura práctica.
—Explíqueme, Guitton, cómo imagina Kant eso.
—Muy fácil, señor presidente. Tiene usted que estar determinado p
sin ninguna consideración de los objetos de la razón, ni de las influ
afectivas de estos objetos sobre usted.
—¿Cómo lo hace?
—Cuando ha hecho abstracción de los objetos de la razón, no qued
forma vacía de la razón. Ella es la que tiene que determinarle.
—¿En qué consiste esta exquisita criatura?
—La simple concepción de un sistema de leyes racionales, no contr

entre sí, organizando un conjunto de datos fenoménicos en forma d
naturaleza regida por la necesidad de sus leyes.
—Habla usted como un libro, Guitton. No es su costumbre. Para mí
indigesto. Guittonice usted esto, se lo ruego.
—Ser libre es dejar que la razón nos determine. No queremos que n
a la razón tenga el poder de determinarnos. Por tanto, queda el ser
determinados por la idea misma de la racionalidad: la no contradic
legalidad universal. Seremos libres, pues, cuando actuemos únicam
de reglas universales no contradictorias.
—Así formulado, Guitton, lo comprendo mejor. ¿A qué lleva esto?
—A la eliminación de todas las reglas autocontradictorias. Quedan
seguimos. Así somos libres, señor presidente. Y para colmo morales
—Guitton, ¿por qué esta prima?
—Cuando actuamos así, estamos firmes ante la razón y delante de u
de reglas conformes en líneas generales a lo que llamamos la moral
firmes, estas reglas es ser moral.
—Pero, ¿por qué?
227
—Si uno no las sigue, señor presidente, uno se contradice, luego no
luego no es libre.
—Sea, pero, ¿por qué somos inmorales cuando no somos lógicos? ¿
somos lógicos cuando somos inmorales? Me parece que una inmora
vuelve totalmente lógica tan pronto como está completa.
—Es un punto de vista que no consideró, que yo sepa, señor presid
que ser racional. Punto final. Así es.
—Ese Kant es aún peor que el Papa.
—Estoy de acuerdo, señor presidente, con la salvedad de que el Pap
malo.
—¿Pero usted qué opina, Guitton?
—Creo comprender lo que puede significar para Kant ser libre. Pero
sus principios por qué habría que elegir serlo, al menos en el sentid
toma la palabra. ¿Por qué elegir ser racional antes que no serlo?
—Guitton, ¿elige usted ser irracional?
—No, pero en vez de estar firmes delante de la razón, me pregunto

diablos tendría que obedecerla. Y, en vez de quedarme sorprendido
respetuoso delante de la libertad, me pregunto por qué habría que
libre antes que no libre, y ciudadano antes que tirano.
—Hay que preguntárselo, Guitton. Job no blasfema cuando interro
¿Qué opina?
—Señor presidente, estoy apegado a una gran independencia de mi
que en ello veo un bien. Esta independencia, al menos para mí, es
para poder ir hacia la Verdad, y hacia el Bien que está en la Verdad
tengo el deber de ser tan libre que me es necesario serlo para ir a la
Bien.
—Así, pues, según usted, Guitton, ¿hay algo más profundo que la
independencia, que la autonomía o que la libertad?
—Sí. El movimiento profundo del alma hacia la Verdad, el Bien, el
—¿El alma se mueve?
228
—El alma es lo moviente. Y la razón es el pensamiento del alma.
—¿El pensamiento y lo moviente?
—El pensamiento y lo moviente. A este movimiento del alma, yo co
consiento. La libertad, señor presidente, es un poder consentir —o
movimiento natural y gratuito que nos lleva hacia el Bien.
—Es un hecho.
—La libertad es ese hecho mismo.
—En el fondo, Guitton, cuando mis electores detestan la moral, es
que detestan.
—Me parece.
—¿Qué piensa usted?
—Tienen razón. En mi casa de la Creuse...
—¿Allí donde fui a condecorarle?
—Exactamente, día inolvidable entre todos. En una granja cerca de
criaba un asno.
—Ya recuerdo. Se llamaba Kant. Me sorprendió. Ahora comprendo.
—En la época de su visita, ya era muy viejo. Ese asno y sobre todo
me costaron los peores problemas. Un traidor me denunció ante mi
la facultad. El escándalo fue enorme. Estuve a punto de ser quemad

patio de la Sorbona.
Conseguí salir vivo de allí, pero durante cuatro años no preguntaro
tema sacado de mis lecciones en el examen de licenciatura.
—¿Y continuó usted dando clases durante todo ese tiempo?
—Oh sí, la cosa era distendida. Escribía mis libros. Y contaba a mis
lo que escribía.
—No quita para que fuese un buen animal.
229
—¿Quién?
—Kant. Le di de comer trébol.
—Lo debió de comer por obligación.
—Guitton, ¿qué es el pecado?
—Vivir a contra-Dios.
—Maestro, ¿en qué piensa cuando oye esta palabra?
—En un impedimento.
—¿Un impedimento para qué?
—Para la felicidad, para la libertad, para la cohesión interior.
—Maestro, debería usted añadir: para el impulso, para el despegue
liberación.
—No hay nada más bello, aquí abajo, que la belleza de una mujer.
deseo de absoluto, la sed de infinito y el amor no es más que fisioló
entonces lo más bello? Voltaire lo escribió: «Lo más bello para el sa
hembra sapo».
—¿Entonces?
—Señor presidente, ¿cómo conciliar el amor humano y el amor div
santidad es su conciliación. El pecado una disonancia.
—¿No ve Dios que lo que el hombre busca en la belleza es de nuev
—Y una cierta alegría infinita en las máximas de los placeres. Todo
sueño. El Infinito está en el Infinito. El Absoluto está en el Absoluto
—Pero todo lo que es bello es como el reflejo. Sólo puedo subir con
ese reflejo.
—Está la belleza de Dante y Beatriz en el camino de la salvación. E
de Paolo y de Francesca, en el quinto canto del Infierno. Lo bello re
refleja también el Bien.

230
—Guitton, cuando estaba en el colegio siempre nos decían que pur
nuestros afectos.
—¿Y bien?
—Y bien, ¿purificar nuestros afectos no quiere decir lo que quiere
—Justamente. ¿Qué es lo que significa para usted?
—Purificarse de nuestros afectos, Guitton, es no tener ya afectos.
—Es más bien no tener más que afectos puros, señor presidente.
—El amor es un torrente, una pasión, un sueño, un fuego...
—¿Ha observado usted atentamente el techo de la Sixtina? ¿Puede
decirme cuál es la figura central?
—¿El pecado original?
—No, gracias a Dios.
—Entonces, la creación del hombre.
—Tampoco.
—Me rindo.
—Es la creación de Eva.
—No recuerdo esa pintura.
—Es la más bella de todas, señor presidente, y no sé por qué no se
casi nunca, hasta el punto de que es desconocida, en comparación
elementos de este prodigioso conjunto. Adán está acostado desnud
izquierda de la pintura, dormido con un sueño misterioso, apoyado
arbusto cruciforme. En el centro, Eva. Acaba de surgir de la costilla
llamada del Dios creador. Éste, Padre todopoderoso, se encuentra a
los pies apoyados en el suelo, tronco de vigor y savia de bondad. T
de su pequeña maravilla, mira a la mujer con grandes ojos benévol
preocupación paternal.
—Es inaudito que haya ignorado esto hasta hoy.
231
—Yo, señor presidente, siento no haber amado lo suficiente.
—La belleza nos embriaga, nos da el sentimiento de vivir y nos hac
aquellos que amamos como símbolos vivos de ideales sin los cuales
es polvo y ceniza.
NOTAS

1
«La tercera posibilidad no se da» (nde).
232
DONDE NUESTRA CONVERSACIÓN TOMA UN NUEVO RUM
DONDE SE PUEDE VER LO QUE SIGNIFICA LA COMUNIÓN
LOS SANTOS
Mitterrand se calló e hizo un gesto con el que daba a entender que
mí continuar. San Pedro asintió con un movimiento de cabeza y re
el momento más dramático de nuestras conversaciones.
—¡El juicio, señor presidente, el juicio!
—¿Seré condenado, Guitton?
—Muchas veces me he preguntado: «Guitton, ¿serás condenado?».
—Si usted lo es, ya sé lo que me espera.
—Dios no razona a fortiori. Relea usted el Evangelio. «No he venid
justos, sino a los pecadores».
—Guitton, ¿somos aquello que la gente cree que somos?
—Lo que me gusta de Dios es que ve a la gente como es y que es co
—El juicio de la gente sobre mí como mucho me rebela y me irrita.
tengo un gesto de bondad, los compadezco.
—¿Nunca se ha justificado usted ante los ojos de los demás, señor p
—No. Cuando me han herido, siempre me he vengado. Justificado,
—Es Dios quien justifica.
—Maestro, nunca he visto a Dios.
—Yo tampoco.
—Nunca me he encontrado con él.
233
—Yo, nunca he hecho otra cosa que eso.
—¿Cómo puede uno encontrarse con él, si no lo ve?
—¿Y si fuera en este momento mismo lo que le está ocurriendo?
—No es usted Dios.
—Cristo da a conocer a Dios.
—No es usted Cristo.
—La Iglesia prolonga a Cristo y lo comunica.
—La Iglesia es el clero. Usted no es la Iglesia, Guitton.

—La Iglesia es el cuerpo de Cristo.
—¿Es usted el Cuerpo de Cristo?
—Sí, si estoy en gracia.
—¿Y lo está?
—¿Qué sé yo?
—Asegúrese de ello.
—¡El juicio, señor presidente! ¡El juicio!
—No se repita. Dígame más bien cómo ha de prepararse uno para e
—Dejando de justificarse. Dejando caer las máscaras.
—¿Qué medios tenemos?
—Volverse un niño.
—¿Por qué?
—«Cuanto más débil es uno, sin deseos ni virtudes, más apto es par
este amor que transforma y consume».
—Su madre ofreció su muerte por su salvación.
234
—Lo sé, maestro.
—No, no lo sabe usted. No sabe usted todo.
—¿Qué más sabe usted?
—Estaba atormentada, señor presidente. El sacerdote que la asistió
como se le habla a un alma fuerte.
—No le gustaba otra cosa. ¿Qué le dijo?
—Le cuento. El sacerdote: Señora, sométase a la voluntad de Dios.
acepto morir, pero estoy angustiada. Él: ¿Le tiene miedo a la muert
lo peor para el alma de mi hijo François. El sacerdote juntó las man
para recibir la inspiración del Espíritu y, al abrir la boca, dijo: Seño
muerte por la salvación de su hijo y, cuando lo haya hecho, no pien
más que en abandonarse por entero en las manos de Dios. Ella cerr
abrió las manos y dijo: Jesús misericordioso, tuya es mi vida y mi m
salvación de mi hijo François. Un poco más tarde añadió: En tus ma
pongo mi espíritu. Y expiró.
—¿Cómo sabe usted todo eso, maestro?
—Por el sacerdote que la asistió en sus últimos momentos.
—¿Por qué faltó a su deber de secreto?

—Dios lo permitió.
—¿Por qué lo permitió?
—Con el fin de que llegase el día —hoy es ese día— en que esta mu
narrada.
Apenas pronunciadas estas palabras, Jesús en persona dijo:
—François, te damos las gracias. Puedes retirarte.
Mitterrand salió.
San Pedro, emocionado, retomó la palabra.
—Jean, ¿qué pasó después de estas conversaciones?
235
—Creo saber que, seis meses antes de su muerte, el presidente Mitt
de su cargo desde hacía poco tiempo, tocó con su mano amarilla y
apergaminada, en la calle Frédéric-Le Play, las reliquias de santa Te
Lisieux. Más tarde concibió el proyecto de escribir un libro sobre la
forma de diálogo con un obispo francés. Por fin, menos de tres sem
su muerte, el presidente Mitterrand acudió a Lisieux. Lo que hizo lo
—Pero yo lo sé —dijo entonces Teresa, con voz fuerte.
Todos los ojos se volvieron hacia ella. San Pedro intercambió una m
Cristo y le dijo a Teresa:
—Testifique.
Teresa se adelantó y dijo:
—Cuando lo vi llegar a Lisieux, todo roto, tan viejo y tan enfermo,
llevé en espíritu hasta la enfermería del carmelo. La misma en que
muerto cien años antes. La habitación es casi cuadrada, no muy gra
ángulo, mi lecho de muerte. En la pared, bastante arriba, frente a la
estatua de la Virgen de la sonrisa. Mitterrand se situó en la cabecer
Miró la estatua. Me aparecí entonces, bajo la estatua de María. Le d
—Señor presidente, en este año del decimoquinto centenario del ba
Clodoveo, convenía que la patrona de Francia se encontrase con el
nación, el sucesor de Clodoveo.
Tras saludarle de semejante manera, permanecí en silencio. Ni se s
se asustó. Siempre estuvo familiarizado con lo sobrenatural. Me rec
primer vistazo. Con una inclinación delicada de la cabeza, me devo
saludo.

—Hermana —dijo—, el sucesor de Clodoveo saluda a la patrona de
No manifestaba extrañeza alguna, dio dos pasos en mi dirección y s
—Así, pues, hermana, no he podido escapar de usted. ¿Qué quiere?
—Regalarle un poema que escribí. Se titula Vivir de Amor. Éste es.
Recibió el poema de muy buena gana y me dijo:
—Me gustan los poemas. Leeré el suyo con gusto. Me hace usted un
236
—También quería darle un puñado de pétalos de rosa.
Abrí la mano. Alargó la suya y recibió de mí los pétalos que cubrían
En ese momento, hubo una ráfaga de aire y algunos pétalos cayeron
—Son —me dijo— pétalos de rosas de té.
—También me gustan los lirios malvas —le dije.
—Entonces tenemos los mismos gustos, hermana.
Y mientras decía esas palabras, desaparecí de sus ojos. No se turbó.
enfermería, todo alrededor suyo: la ventana que daba al jardín, la c
dolores, mi fotografía, la mesa de madera, la estatua de la Virgen. Y
caer la mirada sobre la hoja de papel que tenía en la mano. Leyó m
Podrían haberle oído murmurar. A veces hablaba más alto, añadía
como comentario.
—«Vivir de Amor. Bonito título para un poema. Por desgracia, esto
Estoy encarcelado. ¿Dónde se esconde Dios?
Oh Trinidad, eres prisionera
de mi Amor...
¡Qué solo estoy! A las puertas de la muerte sueño todavía con la fel
esto es extraño.
A los amantes les hace falta la soledad...
sólo tu mirada hace mi beatitud
Me duele.
Vivir de Amor es sufrir el calvario...
¡Rechazo el sufrimiento! Por desgracia, ¿quién puede comprenderlo
Al corazón divino, todo lo he dado...
Locura... ya no tengo nada. ¿Tengo miedo?
Desterrar todo recuerdo de las faltas del pasado
Extraño amor el de esta niña por este Dios incomprensible.

237
Morir de Amor, ésa es mi esperanza.
Cuando vea quebrarse mis lazos,
mi Dios será mi Gran Recompensa,
no quiero poseer otros bienes.
De su Amor quiero ser abrasada,
quiero verle, unirme a Él siempre;
éste es mi cielo, éste mi destino:
vivir de Amor
¿Quién puede comprenderlo?».
Iba a marcharse. Se dio la vuelta, fue hacia atrás, recogió los pocos
en tierra y salió.
El presidente volvió a París, viajó a Egipto, volvió aún peor y murió
238
DONDE SOY JUZGADO
Cristo se quedó pensativo, la cabeza inclinada. San Pedro no decía
los santos rezaban.
Entonces Jesús me preguntó:
—Jean, ¿tiene algo que añadir?
Le respondí:
—Me encuentro ante vos, Jesús, mi Creador, mi Salvador y mi Juez
Mientras decía estas palabras, intentaba sacar un papel de mi bolsil
conseguí, pero estaba demasiado emocionado y el papel cayó a tier
instante Teresa saltó, no sin antes lanzar una mirada a Cristo, que h
imperceptiblemente la cabeza. Todo ello en menos de un minuto. T
el papel. Yo estaba muy cansado. Le dije a Teresa, con voz neutra:
—Lea esto usted misma. Es de Ruysbroek el Admirable. Así es cómo
gustado vivir y morir.
Teresa leyó entonces: «Cuando el hombre considera en el fondo de
quemados por el amor la inmensidad de Dios... cuando el hombre c
mismo, cuenta sus atentados contra el inmenso y fiel Señor... no co
suficientemente profundo para satisfacerse... Cae en un estupor ext
poder menospreciarse con la suficiente profundidad... Se resigna en
de Dios... y, en la abnegación íntima, encuentra la paz verdadera...
Nuestros pecados mismos se han convertido para nosotros en fuent

amor... estar inmerso en la humildad es estar inmerso en Dios, ya q
del abismo... La humildad obtiene las cosas que son demasiado alta
alcanza y posee lo que la palabra no alcanza».
Tras leer esto, Teresa se retiró a un lado. Entonces dije:
—He vivido. Amén.
239
Cristo se levantó. El tribunal hizo lo mismo, menos Teresa, que cay
alzando las manos hacia la Madre de Dios, que acababa de entrar c
su lado. El Papa cerró los ojos. La Virgen hizo a Teresa un signo im
Cristo levantó la mano derecha con ese gesto augusto que Miguel Á
profeta, le había visto y que atestiguó, cuando pintó el Juicio Final
Sixtina. La luz de Dios disecaba mi ser. La mirada de Cristo penetra
corazón. Toda grandeza se había derretido como una montaña de c
bendijo a su Padre. Y luego abrió la boca y pronunció el fallo.
240
241
Índice

PRIMERA PARTE: MI MUERTE
8
De cómo un extraño visitante vino a sembrar la turbación en mi esp
9
De cómo Blaise Pascal vino a mi lecho de enfermo a preguntarme s
razones para creer en Dios
19
45
70
Donde, al volver a encontrarme con Bergson después de sesenta añ
con él lo que valen mis razones para ser cristiano
Donde vemos cómo Pablo VI intenta hacerme confesar mis buenas
razones para ser católico
SEGUNDA PARTE: MI ENTIERRO
86
Mi último viaje a Toledo y mi encuentro con el Greco
87
Cómo me instalo en la tribuna de los Inválidos, a fin de seguir más

cómodamente la ceremonia de mi funeral
91
Donde Senghor se reúne conmigo en la tribuna de los Inválidos y d
continúa mi asombro
94
98
Cómo De Gaulle y yo meditamos sobre el mal y otros cuantos tema
Donde se pronuncia mi oración fúnebre y los comentarios que tuvie
durante la misma
114
Donde descubro que en la Sorbona enseñé muchas tonterías y dond
embargo, me deleito con la conversación de Sócrates
128
142
158
Donde Sócrates me habla del filósofo Maurice Blondel y me fuerza
con él sobre el hombre y sobre su alma
Donde, al haber ridiculizado dos individuos mis amores, mi mujer
expresamente a devolverme la serenidad
Donde hablo con Dante sobre el amor y la poesía
165
169
Cómo el extraño visitante hace un último intento y donde ya no sé
TERCERA PARTE: MI JUICIO
174
Cómo dos huéspedes del infierno vienen en el momento preciso a r
una escena de exposición
175
Donde se me ve en gran peligro y donde santa Teresa de Lisieux ba
favor
180
186
196
Donde se produce la sorpresa de ver citado a François Mitterrand c
de descargo
Donde se cuenta cómo conversé con el presidente Mitterrand de los
importantes referentes al destino del hombre
Donde nuestra conversación toma un nuevo rumbo y donde se pue

242
significa la comunión de los santos
Donde soy juzgado
239
243